

ROMANERO GENERAL

8

PG5196

.R6

C-1

000

R758

SOY DE  
HECTOR GONZALEZ.



1080003843

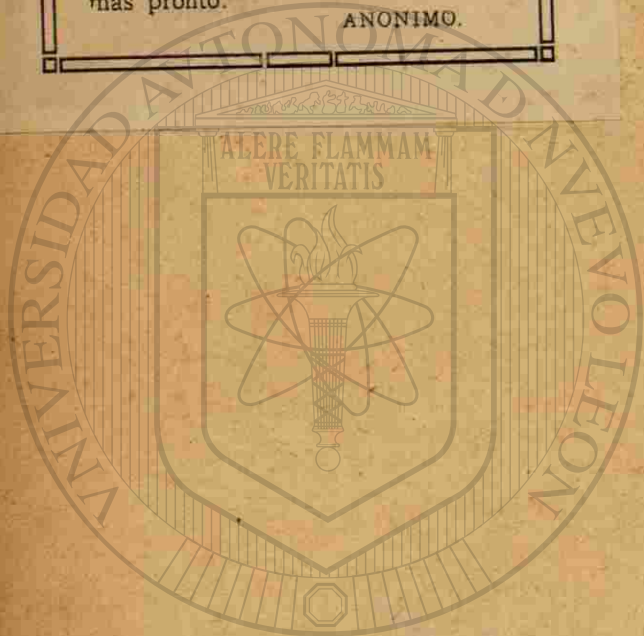
"Cuando caiga algún libro en tus  
manos léelo pronto, y dáselo pronto  
á su dueño; y si no lo lees dáselo  
más pronto."

ANONIMO.

"LA PROPAGANDA."

LIBRERIA Y PAPELERIA.  
Dr. Mier, 81.

-MONTEREY, MEX.-

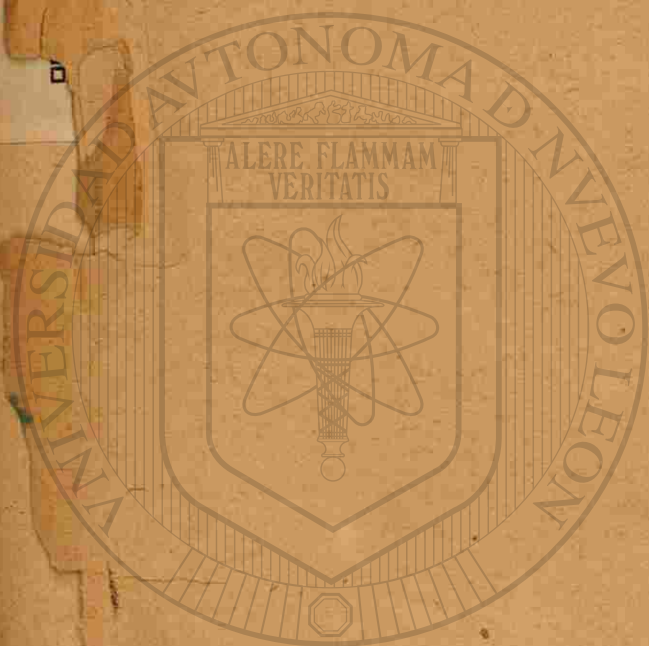


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ROMANCERO GENERAL

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

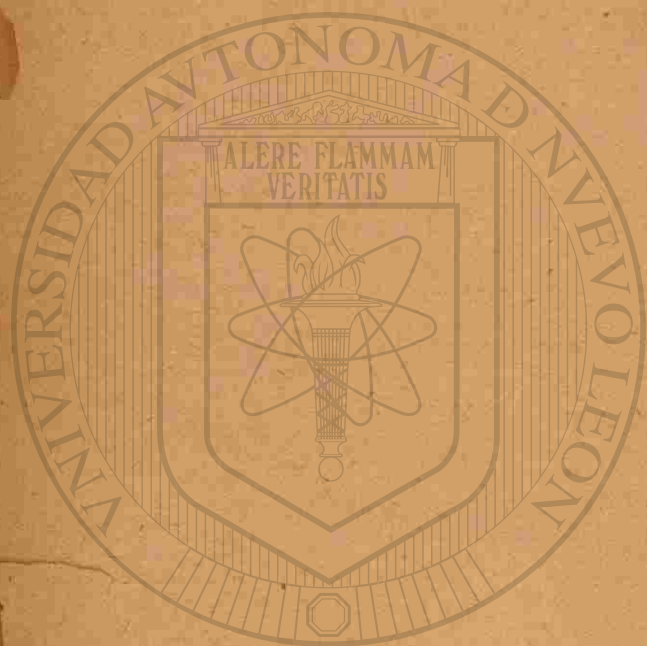
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# ROMANCERO GENERAL

SELECTO

CON UNA

ADVERTENCIA PRELIMINAR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA  
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.<sup>a</sup>, *Ausias March*, 95

1885

860  
R758

STC  
31-ENE-79



FSRM  
3843

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO y C.<sup>ª</sup>

Héctor González

1903

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Al estudio del *Romancero general* van unidos los más oscuros problemas que ofrece la literatura patria, desde que la crítica ha intentado descifrar uno por uno los enigmas que proponen los grandes monumentos literarios de un pueblo, de cualquier lado que se miren. De aquí resultó que pocas veces se ha publicado la colección de romances castellanos, el más sólido y venerable de todos, sin que, tomándolo por su cuenta los filósofos y eruditos, hayan cubierto sus ingentes muros de largas disertaciones. A tal punto ha llegado esta pasión, fecunda e interesantísima en un principio, pero convertida luego en indigesta manía, que ya hermosa fábrica, admiración del aficionado á la belleza, esfigurada, mutilada y llena de adesios, á todos da qué hablar menos al poeta. Cójase un libro de romances, con el solo intento de leer, y basta hojearlo para que se caiga de las manos. Los versos, que son después de todo lo que se busca y dese, lejos de campear limpios é integros en medio de la página aparecen ahogados, en espacio brevísimo, entre apretadas columnas de comentarios, variantes, enmiendas, conjeturas, llamadas y referencias, que, interrumpiendo la transcripción, distraen y abruma al lector. Este llega á preguntarse si se imprimió el libro para dar á conocer los romances ó para entresacarlos de otras colecciones para rellenar los huecos del libro.

Esta nueva edición ha sido concebida con un plan diametralmente opuesto, que obviará tales inconvenientes. ¿Qué desea el aficionado á la antigua y castiza poesía castellana? Sin duda conocer sus ejemplares sin ulterior intento. Pues

bien; basta ofrecérselos expurgados y limpios de todas aquellas cuestiones que, siendo interesantes en realidad, importan sólo al menor número. De igual modo deseará saborear, no aquellos cuyo valor es inapreciable en todos conceptos menos en el literario, sino los que reúnen superiores bellezas dentro del tipo general y genuino del romance castellano. Partiendo de este supuesto también, incluimos aquí los más selectos, á nuestro juicio. En esta elección estarán todos los errores que hayamos podido cometer. No es fácil entresacar de algunos miles los que fundada é infaliblemente puedan llamarse mejores. Los gustos serán tantos como las personas que lean y así sabemos de antemano que nadie dará en absoluto por buena la colección. Quién echará de menos el romance que aprendió de coro siendo niño y declara precioso de entonces; quién los que cabalmente por harto vulgarizados y comunes se retiraron; estos, algunos primitivos; otros, algunas imitaciones más artísticas. A todos les sobrará la razón; pero digámosles, ya que no en descargo nuestro, para prevenir toda clase de objeciones, que mientras cada lector juzgará desde un solo punto de vista, nosotros hemos debido pasar inquietos de uno á otro, atendiendo unas veces á la novedad, otras á la variedad, otras al interés dramático de la narración, otras á lo pintoresco y deslumbrante de las descripciones. Con esto y con adoptar la clasificación más obvia y menos presuntuosa, establecida por D. Agustín Durán, el eminente literato á quien se debe la colección más completa y el mayor caudal de doctrina acerca de nuestro *Romancero*, creemos haber realizado nuestro propósito: ofrecer una serie de poesías para diversión del lector, no acopio de documentos para el estudio.

J. Y.

## ROMANCES MORISCOS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

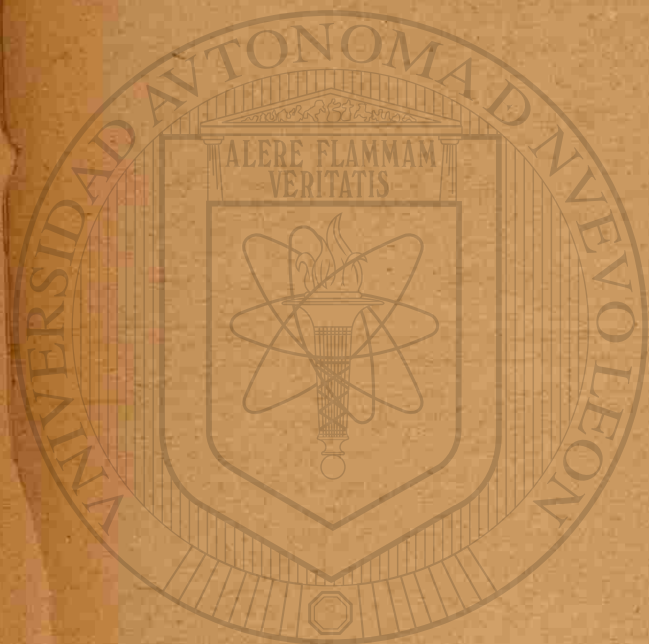
bien; basta ofrecérselos expurgados y limpios de todas aquellas cuestiones que, siendo interesantes en realidad, importan sólo al menor número. De igual modo deseará saborear, no aquellos cuyo valor es inapreciable en todos conceptos menos en el literario, sino los que reúnen superiores bellezas dentro del tipo general y genuino del romance castellano. Partiendo de este supuesto también, incluimos aquí los más selectos, á nuestro juicio. En esta elección estarán todos los errores que hayamos podido cometer. No es fácil entresacar de algunos miles los que fundada é infaliblemente puedan llamarse mejores. Los gustos serán tantos como las personas que lean y así sabemos de antemano que nadie dará en absoluto por buena la colección. Quién echará de menos el romance que aprendió de coro siendo niño y declara precioso de entonces; quién los que cabalmente por harto vulgarizados y comunes se retiraron; estos, algunos primitivos; otros, algunas imitaciones más artísticas. A todos les sobrará la razón; pero digámosles, ya que no en descargo nuestro, para prevenir toda clase de objeciones, que mientras cada lector juzgará desde un solo punto de vista, nosotros hemos debido pasar inquietos de uno á otro, atendiendo unas veces á la novedad, otras á la variedad, otras al interés dramático de la narración, otras á lo pintoresco y deslumbrante de las descripciones. Con esto y con adoptar la clasificación más obvia y menos presuntuosa, establecida por D. Agustín Durán, el eminente literato á quien se debe la colección más completa y el mayor caudal de doctrina acerca de nuestro *Romancero*, creemos haber realizado nuestro propósito: ofrecer una serie de poesías para diversión del lector, no acopio de documentos para el estudio.

J. Y.

## ROMANCES MORISCOS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





I

Bobalías el Pagano

(Anónimo)

Por las sierras de Moncayo  
ví venir un renegado:  
Bobalías há por nombre,  
Bobalías el Pagano.  
Siete veces fuera moro,  
y otras tantas mal cristiano;  
y al cabo de las ocho  
engañólo su pecado,  
que dejó la fe de Cristo,  
la de Mahoma ha tomado.  
Este fuera el mejor moro  
que de allende había pasado:  
cartas le fueron venidas  
que Sevilla está en un llano.  
Arma naos y galeras,  
gente de á pié y de á caballo:  
por Guadalquivir arriba  
su pendón llevan alzado.

En el campo de Tablada  
su real habían sentado,  
con trescientas de las tiendas  
de seda, oro y brocado.  
En medio de todas ellas  
está la del Renegado;  
encima en el chapitel  
estaba un rubi preciado:  
tanto relumbra de noche  
como el sol en día claro.

## II

## La morilla burlada

(Anónimo)

Yo m'era mora Moraina,  
morilla de un bel catar;  
cristiano vino á mi puerta,  
cuitada, por m'engañar.  
Hablóme en algarabía  
como aquel que bien la sabe:—  
—Abrasme las puertas, mora,  
si Alá te guarde de mal.—  
—¿Cómo t'abriré, mezquina,  
que no sé quién te serás?  
—Yo soy el moro Mazote,  
hermano de la tu madre,  
que un cristiano dejó muerto;  
tras mí venía el alcalde.  
Si no abres tú, mi vida,  
aquí me verás matar.

—Cuando esto oí, cuitada,  
comencéme á levantar,  
vistiérame una almeja  
no hallando mi brial,  
fuérame para la puerta  
y abríla de par en par.

## III

## La infanta mora y Alfonso Ramos

(Anónimo)

Estaba la linda Infanta  
á la sombra de una oliva,  
peine de oro en las sus manos,  
los sus cabellos bien cria.  
Alzó sus ojos al cielo  
en contra do el sol salía:  
vió venir un fuste armado  
por Guadalquivir arriba.  
Dentro venía Alfonso Ramos,  
almirante de Castilla.  
—Bien vengáis, Alfonso Ramos,  
buena sea tu venida:  
¿y qué nuevas me traedes  
de mi flota bien guarnida?  
—Nuevas te traigo, Señora,  
si me aseguras la vida.  
—Dieselas, Alfonso Ramos,  
que segura te sería.  
—Allá llevan á Castilla  
los moros de Berbería.

—Si no me fuese por qué  
la cabeza te cortaría.

—Si la mía me cortases,  
la tuya te costaría.

## IV

## Moriana y Galván—I

(Anónimo)

Moriana en un castillo  
juega con el moro Galvane;  
juegan los dos á las tablas  
por mayor placer tomare.  
Cada vez qu'el moro pierde  
bien perdía una cibdade;  
cuando Moriana pierde  
la mano le da á besare.  
Del placer qu'el moro toma  
adormescido se cae.  
Por aquellos altos montes  
caballero vió asomare:  
llorando viene y gimiendo,  
las uñas corriendo sangre  
de amores de Moriana  
hija del rey Moriane.  
Captiváronla los moros  
la mañana de Sant Juane,  
cogiendo rosas y flores  
en la huerta de su padre.  
Alzó los ojos Moriana,  
conociérale en mirarle:

lágrimas de los sus ojos  
en la faz del moro dane.  
Con pavor recuerda el moro  
y empezara de fablare:

—¿Qu'es esto, la mi señora?

¿Quién vos ha fecho pesare?

Si os enojaron mis moros  
luégo los faré matare,  
ó si las vuestas doncellas,  
farélas bien castigare;  
y si pesar los cristianos,  
yo los iré conquistare.

Mis arreos son las armas,  
mi descanso el pelear,  
mi cama, las duras peñas,  
mi dormir, siempre velare.

—Non me enojaron los moros,  
ni los mandedes matare,  
ni menos las mis doncellas  
por mi reciban pesare;  
ni tampoco á los cristianos  
vos cumple de conquistare;  
pero d'este sentimiento  
quiero vos decir verdade:  
que por los montes aquellos  
caballero ví asomare,

el cual pienso qu'es mi esposo,  
mi querido, mi amor grande.—

Alzó la su mano el moro,  
un bofetón la fué á dare;

teniendo los dientes blancos

de sangre vuelto los hae,

y mandó que sus porteros

lá lleven á degollare,

allí do viera á su esposo,

en aquel mismo lugare.

Al tiempo de la su muerte  
estas voces fué á fablare:  
—Yo muero como cristiana,  
y también sin confesare  
mi amores verdaderos  
de mi esposo naturale.

Moriana y Galván—II

(Anónimo)

○ Rodillada está Moriana,  
que la quieren degollare,  
de sus ojos envendados  
non cesando de llorare;  
atada de piés y manos,  
que era lástima mirare;  
los cabellos de oro puro  
que al suelo quieren llegare,  
y los pechos descubiertos,  
más blancos que non cristale.  
De ver el verdugo moro  
en ella tanta beldade,  
de su amor estando preso  
sin poderlo más celare,  
hablóle en algarabía  
como á aquella que la sabe:  
—Perdonédesme, Moriana,  
querásdesme perdonare,  
que mandado soy, Señora,

por el rey moro Galvane.  
¡Ojalá viesse mi alma  
cómo vos poder librare!  
Para libertar dos vidas  
que aquí las veo penare.—  
Moriana dijo:—Moro,  
lo que te quiero rogare  
es que cumplas con tu oficio  
sin un punto más tardare.—  
Estando los dos en esto  
el esposo fué á asomare  
matando y firiendo moros,  
que nadie le osa esperare.  
Caballero en su caballo  
junto d'ella fué á llegare.  
El verdugo la desata,  
y le ayuda á cabalgare:  
los tres van de compañía  
sin ningún contrario hallare;  
en el castillo de Breña  
se fueron á aposentare.

VI

Azarque el granadino—I

(Anónimo)

Ensillemme el pótro rucio  
del alcaide de los Vélez,  
dénme la adarga de Fez  
y la jacerina fuerte,

una lanza con dos hierros  
 entrambos de agudo temple:  
 y aquel acerado casco  
 con el morado bonete,  
 que tiene plumas pajizas  
 entre blancos martinetes,  
 y garzotas medio pardas,  
 antes que me vista dénme.  
 Pondréme la toca azul  
 que me dió para ponerme  
 Adalifa la de Baza,  
 hija de Celin Amete,  
 y aquella medalla en cuadro,  
 que dos ramos la guarnecen,  
 con las hojas de esmeraldas,  
 por ser los ramos laureles;  
 un Adonis que va á caza  
 de jabalíes monteses  
 dejando su diosa amada,  
 y dice la letra: *Muere*.  
 Esto dijo el moro Azarque  
 antes que á la guerra fuése,  
 á aquel discreto animoso,  
 á aquel galán y valiente  
 almorálife el de Baza,  
 de Zulema descendiente,  
 caballeros que en Granada  
 paseaban con los reyes.  
 Trajéronle la medalla,  
 y suspirando mil veces  
 del bello Adonis miraba  
 la gentileza y la suerte:  
 —Adalifa de mi alma,  
 no te aflijas ni lo pienses:  
 viviré para gozarte;  
 gozosa vendrás á verme.

Breve será mi jornada;  
 tu firmeza no sea breve:  
 procura, aunque eres mujer,  
 ser de todas diferente.  
 No te parezcas á Venus,  
 aunque en beldad te pareces,  
 en olvidar á su amante  
 y en no respetarle ausente.  
 Cuando sola te imagines,  
 mi retrato te consuele,  
 sin admitir compañía  
 que me ultraje y te desvele:  
 Que entre tristeza y dolor  
 suele amor entretenerse,  
 haciendo de alegres tristes,  
 como de tristes alegres.  
 Mira, amiga, mi retrato  
 que abiertos los ojos tiene,  
 y que es pintura encantada  
 que habla, que vive, y que siente:  
 Acuérdate de mis ojos,  
 que muchas lágrimas vierten,  
 ¡y á fe que lágrimas tuyas  
 pocas moras las merecen!—  
 En esto llegó Galvano  
 á decirle que se apreste,  
 que daban prisa en la mar  
 que se embarcase la gente.  
 Á vencer se parte el moro,  
 pues que gustos no le vencen;  
 honra y esfuerzo le animan,  
 cumplirá lo que promete.

## VII

## Azarque el granadino—II

(Anónimo)

—Recoge la rienda un poco;  
 pára el caballo que aguja  
 medroso del acicate  
 con que furioso le picas:  
 que, sin uso de razón,  
 á mi parecer te avisa  
 de aquel venturoso tiempo,  
 que tú desleal olvidas,  
 cuando ruabas mi calle,  
 midiendo de esquina á esquina  
 con sus corvetas el suelo,  
 mis ventanas con tu vista.  
 ¡Oh cruel á mi memoria,  
 pues por ella me castigas,  
 abrasando mis entrañas  
 con esas entrañas frías!  
 ¡Qué de prendas que fiaba  
 de tu voluntad fingida!  
 ¡Qué de verdades me debes!  
 Y yo á ti ¡qué de mentiras!  
 Ayer temiste á mis ojos,  
 hoy vences á quien temías:  
 que amor y tiempo, en mil años,  
 no están iguales un día.  
 Pensaba yo que en tu nombre  
 mi esperanza fuera rica,  
 en prendas de quien tú eres,  
 y de quien son mis caricias.

¿Adónde enseñan engaños?  
 Por merced que me lo digas:  
 defenderéme del tiempo,  
 y de ti no tendré envidia.  
 ¡Mas bien pudiera saberlo  
 si yo saberlo quería,  
 cuando escuché tus razones  
 y vi tus quejas escritas!  
 Disculpas pensabas darme:  
 no quiero que me las digas:  
 para la dama que engañas  
 será mejor que te sirvan.  
 Ya te cansas de escucharme,  
 bien será que te despidas  
 de mi alma y de mis ojos,  
 como de mis celosías.—  
 Esto dijo al moro Azarque  
 la bella Zaida de Olias,  
 y cerrando su balcón,  
 dió principio á sus desdichas.  
 El moro picó el caballo,  
 y hacia el terrero le guía,  
 murmurando de su estrella,  
 que á mil mudanzas le inclina.

## VIII

## Gazul—I

(Anónimo)

Por la plaza de Sanlúcar  
 galán paseando viene  
 el animoso Gazul,  
 de blanco, morado y verde.

Quiérese partir el moro  
 á jugar cañas á Gelves,  
 que hace fiestas el Alcaide  
 por las treguas de los reyes.  
 Adora una bella mora,  
 reliquia de los valientes  
 que mataron en Granada  
 los Cegries y Gomeles.  
 Por despedirse y hablarla  
 vuelve y revuelve mil veces,  
 penetrando con los ojos  
 las venturosas paredes;  
 y al cabo de un hora de años  
 de esperanzas impacientes,  
 vióla salir á un balcón  
 haciendo los años breves;  
 y arremetiendo al caballo  
 por ver el sol que amanece,  
 haciendo que se arrodille  
 y el suelo en su nombre bese,  
 con voz turbada la dice:  
 —No es posible sucederme  
 cosa triste en esta empresa,  
 habiéndote visto alegre.  
 Allá me llevan sin alma  
 obligación y parientes;  
 mas volverá mi cuidado  
 por ver si de mi le tienes.  
 Dame una empresa ó memoria,  
 y no para que me acuerde,  
 sino para que me adorne,  
 guarde, acompañe y esfuerce.—  
 Celosa estaba Celinda,  
 que envidiosos, como suelen,  
 á Zaida la de Jerez  
 dicen que de nuevo quiere.

Airada responde al moro:  
 —¡ Si en las cañas te sucede  
 como mi pecho desea  
 y el tuyo falso merece,  
 no volverás á Sanlúcar  
 tan ufano como sueles,  
 á los ojos que te adoran  
 y á los que más aborreces!  
 Mas plegue á Alá que en las cañas  
 los enemigos que tienes  
 te tiren secretas lanzas  
 porque mueras como mientes;  
 y que traigan fuertes jacos  
 debajo los alquiceres,  
 porque si quieres vengarte  
 acabes y no te vengues.  
 Tus amigos no te ayuden,  
 tus contrarios te atropellen,  
 porque muerto en hombros salgas  
 cuando á matar damas entres;  
 y que en lugar de llorarte  
 las que engañas y entretienes  
 con maldiciones te ayuden,  
 y de tu muerte se huelguen.—  
 El moro piensa que burla,  
 que es propio del inocente,  
 y alzándose en los estribos  
 tomarle la mano quiere:  
 —Miente, le dice, señora,  
 el moro que me revuelve,  
 á quien esa maldición  
 le caiga, porque me vengue.  
 Mi alma aborrece á Zaida,  
 y de su amor se arrepiente,  
 que su desdén y tu amor  
 han hecho mi fuego nieve.

¡ Malditos sean tres años  
que la serví por mi suerte,  
pues me dejó por un moro  
más rico de pobres bienes!—

Oyendo aquesto Celinda  
aquí la paciencia pierde,  
cerró la ventana airada,

y al moro el cielo que tiene.

Pasaba entonces un paje  
con sus caballos jinetes,  
que los llevaba gallardos  
de plumas y de jaeces.

La lanza con que ha de entrar  
toma, y furioso arremete,  
haciéndola mil pedazos  
contra las fuertes paredes,  
y manda que sus caballos,  
jaeces y plumas truequen,  
de verdes en leonadas,  
y parte furioso á Gelves.

## IX

## Gazul—II

(Anónimo)

Estando toda la corte  
de Almanzor, rey de Granada,  
celebrando del Bautista  
la fiesta entre moros santa,  
con ocho moros vestidos  
de negro y tela de plata,  
que llevan ocho rejonas  
y en ellos mil esperanzas,

seguros de su ventura,  
de muchas pruebas pasadas,  
y más en el fuerte brazo  
que ha dado al mundo fianzas,  
que algunas veces la suerte  
suele á los hombres de fama  
llevarlos por los cabellos  
á la fortuna contraria;  
entra el valiente Gazul  
señoreando la plaza,  
que con ir solo por ella  
toda la ocupa y levanta:  
hijo de sí por sus obras,  
para gloria de su fama,  
y para nobleza suya,  
es alcaide de la Algava.

Los ojos del pueblo lleva  
el caballo entre las plantas,  
y en los apacibles suyos  
los hermosos de las damas.  
Pasa delante del Rey,  
del príncipe y de la infanta,  
y haciendo su cortesía,  
el caballo y lanza pára.

Después del galán paseo  
en que fué vista su gala,  
los toros salen al coso  
y al riesgo de su pujanza.

El moro toma un rejón  
y el diestro brazo levanta:

furioso acomete y pica,  
uno encuentra y otro pasa.

Del toro el aliento frío  
el rostro al caballo espanta,  
y la espuma del caballo  
al toro ofende la cara.



Admirada está la corte  
 del airoso brío y gracia,  
 porque ningún lance pierde  
 y mil voluntades gana.  
 En este tiempo la suerte  
 á la postrera le llama,  
 porque sale un bravo toro,  
 famoso entre la manada,  
 no de la orilla del Betis,  
 ni Genil, ni Guadiana,  
 fué nacido en la ribera  
 del celebrado Jarama:  
 Bayo, el color encendido,  
 y los ojos como brasa,  
 arrugados frente y cuello,  
 la frente vellosa y ancha,  
 poco distantes los cuernos,  
 corta pierna y flaca anca,  
 espacioso el fuerte cuello,  
 á quien se junta la barba;  
 todos los extremos negros,  
 la cola revuelta y larga,  
 duro el lomo, el pecho crespo,  
 la piel sembrada de manchas.  
 Harpado llaman al toro  
 los vaqueros de Jarama.  
 conocido entre los otros  
 por la fiereza y la casta.  
 En cuatro brincos se pone  
 en la mitad de la plaza,  
 y casi en la blanda arena  
 el hendido pié no estampa.  
 Sale al encuentro Gazul,  
 como si fuera montaña,  
 alzando el brazo en el hombro  
 vibrando al rejón el asta:

saca el codo junto al pecho,  
 llega el puño, el brazo saca,  
 y picando el fuerte cuello,  
 cuero, carne y vida rasga.  
 El fiero toro derriba,  
 el suelo mide la espalda,  
 los piés que en la tierra herian  
 al cielo vuelven las plantas;  
 con el furor natural  
 vuelve á un lado, prueba y alza  
 la tierra, que el cuerpo herido  
 no tiene más que arrogancia;  
 de cuya herida en un punto  
 revuelta en la sangre, escapa  
 la vida, dejando á muchos  
 envidia de tal hazaña.  
 Juntóse el moro valiente,  
 á quien sigue y acompaña,  
 oyendo los parabienes  
 de caballeros y damas;  
 porque otra cosa no escucha  
 desde andamios y ventanas,  
 sino que fué grande suerte  
 de aquel famoso de Algava.

X

Zaide—I

(Anónimo)

Zaide ha prometido fiestas  
 á las damas de Granada,  
 porque dicen que su ausencia  
 de fiestas las tiene faltas;

y para poder cumplir  
lo que promete á las damas,  
concierta con sus amigos  
de hacerles fiestas y zambras.

Entre muchas que imagina,  
concierta una encamisada,  
para las damas secreta,  
y para el vulgo callada.

Y antes que la clara aurora  
el pecho se rasgue y abra,  
entra el venturoso moro  
con su ilustre camarada:

hecha escuadra de cincuenta  
va toda bien concertada.  
Cegries con los Gomeles,  
Azarques con los Audallas,

Vanegas y Portoloses,  
Abencerrajes y Mazas,  
Alfarries y Achapices,  
Fordaques con los Ferraras,

madrugan para coger  
á las damas descuidadas,  
deseosos de ver libre  
lo que encubren tocas blancas.

Cabezas y cuerpos ciñen  
de unas floridas guirnaldas;  
muchas cañas llevan verdes,  
y en las manos blancas hachas.

Ya los clarines comienzan,  
ya las trompas y dulzainas,  
ya los gritos y alaridos,  
ya las voces y algazara,

ya los añafles tocan,  
ya les responden las cajas,  
y el envidioso Albaicín  
con mil ecos acompaña.

Los azorados caballos  
con los cascabeles andan,  
moviendo tanto ruido,  
que á la ciudad amenazan.

Unos corren, otros gritan,  
otros dicen: Pára, pára,  
sigan orden, vayan todos  
la calle de la Alcazaba.

Otros dicen: La Gerea  
no se deje, ni su plaza;  
otros, de Vavataubín  
vuelvan luégo á la Alpujarra,

la calle de los Gomeles,  
la plaza de Vivarrambla.  
Corran toda la ciudad,  
viva Albolún, y el Alcázar.

Las damas que el dulce sueño  
las tiene muy descuidadas,  
al ruido despiertan todas,  
y acuden á sus ventanas.

Cuál muestra suelto el cabello  
preso de una mano blanca;  
cuál por descuido no cubre  
su blanco pecho y garganta.

Descuidadas salen todas  
al cuidado alborotadas,  
aunque del cuidado nacen  
á cada mora mil ansias.

De pechos y en pechos puesta  
á la ventana asomada,  
está tan bella una mora,  
que mil pechos abrasaba.

Miran las moras la fiesta,  
cómo corren, cómo paran,  
y tan sólo Zaida mira  
al aposento de su alma.

Zaide corre una carrera,  
y Muza su camarada;  
luégo todos á la folla  
corren la cascabelada.  
Tanto se enciende la fiesta,  
y con tantas veras anda,  
que no se viera la fin  
si el sol no les madrugara.  
Determinan recogerse,  
dejan la fiesta acabada,  
piden lugar á la gente,  
diciéndola: Aparta, aparta.

## XI

## Zaide—II

(Anónimo)

Mira, Zaide, que te aviso  
que no pases por mi calle,  
ni hables con mis mujeres,  
ni con mis cautivos trates,  
ni preguntes en qué entiendo,  
ni quién viene á visitarme,  
ni qué fiestas me dan gusto,  
ni qué colores me placen.  
Basta que son por tu causa  
las que en el rostro me salen,  
corrida de haber querido  
moro que tan poco sabe.  
Confieso que eres valiente,  
que rajas, hiendes y partes,  
y que has muerto más cristianos  
que tienes gotas de sangre;

que eres gallardo jinete,  
y que danzas, cantas, tañes,  
gentil hombre, bien criado,  
cuánto puede imaginarse;  
blanco, rubio por extremo,  
esclarecido en linaje,  
el gallo de las bravatas,  
la gala de los donaires;  
que pierdo mucho en perderte,  
que gano mucho en ganarte,  
y que si nacieras mudo  
fuera posible adorarte.  
Mas por este inconveniente  
determino de dejarte:  
que eres pródigo de lengua,  
y amargan tus libertades,  
y habrá menester ponerte  
quien quisiere sustentarte,  
un alcázar en el pecho,  
y en los labios un alcaide.  
¡Mucho pueden con las damas  
los galanes de tus partes!  
Porque los quieren briosos,  
que hiendan y que desgarran;  
y con esto, Zaide amigo,  
si algún banquete les haces,  
el plato de tus favores  
quieres que coman y callen.  
¡Costoso fué el que me hiciste!  
¡Venturoso fueras, Zaide,  
si conservarme supieras  
como supiste obligarme!  
Pero no saliste apenas  
de los jardines de Tarfe,  
cuando hiciste de tus dichas  
y de mi desdicha alarde,

y á un morillo mal nacido  
 me dijeron que enseñaste  
 la trenza de mis cabellos,  
 que te puse en el turbante.  
 No pido que me la vuelvas,  
 ni tampoco que la guardes :  
 mas quiero que entiendas, moro,  
 que en mi desgracia la traes.  
 También me certificaron  
 cómo le desafiaste  
 por las verdades que dijo,  
 ¡ que nunca fueran verdades !  
 De mala gane me río :  
 ¡ qué donoso disparate !  
 Tú no guardas tu secreto,  
 ¿ y quieres que otro lo guarde ?  
 No quiero admitir disculpa,  
 otra vez vuelvo á avisarte:  
 esta será la postrera  
 que me veas y te hable.—  
 Dijo la discreta mora  
 al altivo Abencerraje,  
 y al despedirle replica :  
 « Quien tal hace que tal pague ».

## XII

## \* Zaide—III

(Anónimo)

Si tienes el corazón,  
 Zaide, como la arrogancia,  
 y á medida de las manos  
 dejas volar las palabras ;

si en la vega escaramuzas  
 como entre las damas hablas,  
 y en el caballo revuelves  
 el cuerpo, como en las zambras;  
 si el aire de los bohordos  
 tienes en jugar la lanza,  
 y como danzas la toca  
 con la cimitarra danzas ;  
 si eres tan diestro en la guerra  
 como en pasear la plaza  
 y como á fiestas te aplicas,  
 te aplicas á la batalla ;  
 si como el galán ornato  
 usas la lucida malla,  
 y oyes el són de la trompa  
 como el són de la dulzaina ;  
 si como en el regocijo  
 tiras gallardo las cañas,  
 y en el campo al enemigo  
 le atropellas y maltratas ;  
 si respondes en presencia,  
 como en ausencia te alabas,  
 sal á ver si te defiendes  
 como en el Alhambra agravias.  
 Y si no osas salir solo,  
 como lo está el que te aguarda,  
 algunos de tus amigos  
 para que te ayuden saca.  
 Que los buenos caballeros,  
 no en palacio, ni entre damas,  
 se aprovechan de la lengua,  
 pues es do las manos callan ;  
 pero aquí que hablan las manos,  
 ven, y verás cómo habla  
 el que delante del Rey,  
 por su respeto callaba.

Esto el moro Tarfe escribe,  
con tanta cólera y rabia,  
que donde pone la pluma  
el delgado papel rasga.  
Y llamando á un paje suyo,  
le dijo: «Vete á la Alhambra,  
y en secreto al moro Zaide  
da de mi parte esta carta;  
y dirásle que le espero  
donde las corrientes aguas  
del cristalino Genil  
al Generalife bañan.»

XIII

Tarfe

(Anónimo)

—Católicos caballeros,  
los que estáis sobre Granada,  
y encima del lado izquierdo  
os ponéis la cruz de grana;  
si en los juveniles pechos  
os toca de amor la brasa,  
como del airado Marte  
la fiereza de las armas;  
si por las soberbias torres  
sabéis volar una caña  
como soléis en la vega  
furiosos volar las lanzas;  
si como en ella las veras  
os place el burlar de plaza,  
y os cubris de blanda seda  
como de ásperas corazas:

seis sarracenas cuadrillas,  
con otras tantas cristianas,  
el día que os diere gusto  
podremos jugar las cañas;  
que no es justo que la guerra,  
aunque nos quemáis las casas,  
llegue á quemar los deseos  
de nuestras hermosas damas;  
pues por vosotros están  
con nosotros enojadas,  
por vuestro cerco prolijo  
y vuestra guerra pesada.  
Y si tras tantos enojos  
queréis gozar de su gracia,  
como á la guerra dais treguas,  
dadlas á nuestras desgracias:  
que es grande alivio del cuerpo  
y regalo para el alma,  
arrimar la adarga y cota,  
y echarse plumas y banda;  
y al que mejor lo hiciere  
doy desde aquí mi palabra,  
en señal de su valor,  
para que viva su fama,  
de atar á su diestro brazo  
una empresa de mi dama,  
dada de su blanca mano,  
que es tan bella como blanca.—  
Esto firmó en un cartel,  
y lo fijó en una adarga  
el valiente moro Tarfe,  
gran servidor de Daraja,  
en las treguas que el Maestre  
de la antigua Calatrava  
hizo por mudar de sitio  
y mejorarse de estancia;

y con seis moros mancebos,  
 de su propia sangre y casa,  
 y algunos Abencerrajes,  
 se le envió á la campaña.  
 Recíbenlos en las tiendas,  
 y sabida su demanda,  
 dando el Maestre licencia  
 se aceptó para la Pascua.  
 Y respondiéndolo al cartel  
 con razones cortesanias,  
 hasta salir del real  
 á los moros acompañan.  
 Cesan las trazas de guerra,  
 y los que del juego tratan  
 cierran la puerta al acero,  
 y ábrenla al damasco y galas.  
 Moros y moras se ocupan,  
 mientras el plazo se pasa,  
 ellos en correr caballos,  
 y ellas en bordarles mangas:  
 y los dos competidores  
 de la pendencia pasada,  
 hacen paces entre sí,  
 y olvidan cosas pasadas.  
 Viendo Almoradí, el galán,  
 que Tarfe se le aventaja,  
 y que es señor de la mora  
 que es señora de su alma,  
 porque en público ó secreto  
 cien mil favores le daba,  
 dando á entender que le quiere  
 más que á su vida y su alma,  
 una noche muy oscura,  
 para el caso aparejada,  
 se salió el gallardo moro  
 al terrero de la Alhambra.

Y en llegando, que llegó,  
 vió una mora á la ventana,  
 á quien con joyas tenía  
 de muy atrás granjeada:  
 hablóla, y dijo: — «¿Señora,  
 es posible que Daraja,  
 aunque no me canse yo,  
 de maltratarme no cansa?  
 Aquellos ojos que tienen  
 más que el cielo estrellas, almas,  
 cuya luz mata más moros  
 que el Maestre con su espada,  
 ¿cuándo los volverá mansos?  
 ¿Ó cuándo volverá mansa,  
 dejando á Tarfe que tiene  
 menos manos que palabras?  
 Que no soy yo como él,  
 tan cumplido de arrogancias;  
 pues lo que él gasta en decirlas,  
 gasto yo en ejecutarlas.  
 Bien saben en la ciudad  
 que por mi brazo y mi lanza  
 ha sido mil veces libre  
 de la potencia cristiana. —  
 Esto Almoradí decía,  
 cuando Tarfe, que llegaba,  
 dió el oído á las razones,  
 y el brazo á la cimitarra.  
 Figurósele al valiente  
 alguna cristiana escuadra,  
 y dejando la marlota  
 volvió al moro las espaldas.  
 Salió Daraja al ruido,  
 conoció á Tarfe en el habla,  
 el cual le dió la marlota,  
 que era azul, con oro y plata.

## XIV

## Reduán

(Anónimo)

«¡Diamante falso y fingido,  
 engastado en pedernal!  
 ¡Alma fiera en duro pecho,  
 que ninguna fiera es más!  
 ¡Ligero como los vientos,  
 mudable como la mar!  
 ¡Inquieto como el fuego  
 hasta hallar su natural!  
 ¡Si las lágrimas que vierto  
 fueran lenguas para hablar,  
 injurias me faltarían  
 para culpar tu maldad!  
 ¡Qué injurias podré decirte!  
 Mas no te quiero injuriar;  
 porque al fin quien dice injurias  
 cerca está de perdonar.  
 Á todas dices que son  
 las que contento te dan,  
 para tu gusto mentira,  
 y que yo soy tu verdad;  
 y con esto piensan todos  
 que debo á tu voluntad  
 cuantos caminos emprendes  
 para que te deba más.  
 ¡Si como yo conociesen  
 tu condición natural,  
 á otro blanco mirarían,  
 adonde tus flechas van!  
 Yo sé, traidor, que estas quejas

muy poca pena te dan,  
 porque al fin quien dice injurias  
 cerca está de perdonar.  
 Cansado estoy, enemigo,  
 de sufrir y de llorar  
 causa agena y propios daños,  
 tu placer y mi pesar.  
 Mis enemigos acoges,  
 porque al fin conoces ya  
 que cuando no puedan obras,  
 palabras me matarán.  
 Sospechas dudosas fueron  
 causa de todo mi mal;  
 y celos averiguados  
 convaleciéndome van.  
 Al cielo quiero dar voces;  
 pero mejor es callar,  
 porque al fin quien dice injurias  
 cerca está de perdonar.»  
 Así Fátima se queja  
 al valiente Reduán,  
 en el jardín de la Alhambra  
 al pié de un verde arrayán.  
 El moro que está sin culpa,  
 aunque no sin pena está,  
 asíóle la blanca mano,  
 y así la comienza á hablar:  
 —Gesad, hermosas estrellas,  
 que no es bien que lloréis más,  
 que si á mí me llamáis piedra,  
 en piedras hacéis señal;  
 y no penséis que me agravio  
 de injurias que me digáis,  
 porque al fin quien dice injurias  
 cerca está de perdonar.

## XV

## Boabdil y Zara

(Anónimo)

La mañana de San Juan  
salen á coger guirnaldas,  
Zara, mujer del rey Chico,  
con sus más queridas damas,  
que son Fátima y Jarifa,  
Celinda, Adalifa y Zaida,  
de fino cendal cubiertas,  
no con marlotas bordadas:  
sus almazales bordados,  
con muchas perlas sembradas,  
descalzos los albos piés,  
blancos, más que nieve blanca.  
Llevan sueltos los cabellos,  
no como suelen tocadas,  
y mas al desdén la Reina,  
por celosa y desdeñada;  
la cual llena de dolor  
no dice al Rey lo que pasa,  
ni quiere que en la ocasión  
su pena sea declarada.  
Estando de varias flores  
las moras ya coronadas,  
con lágrimas y suspiros  
á todas la Reina habla:  
—Quise, Fátima, juntaros,  
porque sois amigas caras,  
para quejarme á las tres  
de cómo me trata Zaida,  
cuya hermosura pluguiera  
á Alá que no la criara,

pues en ella está mi daño  
presente de cara á cara.  
Sabréis cómo el Rey la quiere  
más que á la vida y el alma,  
de dó resulta mi daño,  
pues veis con él soy casada;  
el cual no creo que sabe  
que sé de esto lo que pasa,  
antes entiendo lo sufre  
receloso de enojalla.—  
Responde sin detenerse  
Zaida, perdida y turbada  
y á veces con el color  
que tiene la fina grana:  
—Si acaso no se supiera  
quién soy por toda Granada,  
dañáranme tus locuras,  
mujer inconsiderada.  
Jamás, Reina, me has creído  
antes escudriñas causas,  
más para mi mal durables,  
que lo son para tus ansias.  
Doyte bastantes razones,  
y tan bastantes, que basta  
creer que no son creídas,  
aunque las ponga en la plaza:  
y en ellas te digo, Reina,  
que no fueras coronada,  
que no me es más ver al Rey  
de que á ti celosa airada.  
Si piensas que tu corona  
codicio, estás engañada;  
Déjame ya si te place,  
ó saldréme de Granada.—  
Pero el Rey que no dormía,  
antes bien las escuchaba,



sale diciendo que callen,  
con voces muy alteradas.  
La Reina que lo conoce,  
encubrió el estar turbada,  
y con un aplauso afable  
le recibe, y así habla:

—Nunca suelen los galanes  
entrar donde están las damas  
sin que primero licencia  
por ellas le sea otorgada.—

El Rey le replicó luego:

—A mí nunca me es vedada,  
ni ha de ser donde estáis vos  
y donde están vuestras damas.—

—Los reyes todo lo pueden,  
respondió la Reina airada,  
y también sé yo que tienen  
algunos dobles palabras.—

El Rey gustó de callar  
porque la vido enojada,  
y metiendo otras razones  
se fueron para el Alhambra.

## XVI

## El alcaide de Molina

(Anónimo)

Batiéndole las ijadas  
con los duros acicates,  
y las riendas algo flojas,  
porque corra y no se pare,  
en un caballo tordillo,  
que tras de sí deja el aire,  
por la plaza de Molina

viene diciendo al Alcaide:

«¡Alarma, capitanes,  
suenen clarines, trompas y atabales!»

Dejad los dulces regalos,  
y el blando lecho dejadle:  
socorred á vuestra patria,  
y librad á vuestros padres.  
No se os haga cuesta arriba,  
dejad el amor suave,  
porque en los honrados pechos  
en tales tiempos no cabe.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Anteponed el honor  
al gusto, pues menos vale,  
que aquel que no le tuviere,  
hoy aquí podrá alcanzalle;  
que en honradas ocasiones,  
y peligros semejantes,  
se suelen premiar las armas  
conforme el brazo pujante.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Dejad la seda y brocado,  
vestid la malla y el ante,  
embrasad la adarga al pecho,  
tomad lanza y corvo alfange:

haced rostro á la fortuna;  
tal ocasión no se escape;  
mostrad el robusto pecho  
al furor del fiero Marte.

«¡Al arma, capitanes, etc.»

Á la voz mal entonada,  
los ánimos más cobardes,  
del honor estimulados,  
ardiendo en cólera salen  
con mil penachos vistosos  
adornados los turbantes,

y siguiendo las banderas  
 van diciendo sin pararse:  
 «¡Al arma, capitanes, etc.»  
 Cual tímidas ovejuelas,  
 que ven el lobo delante,  
 las bellas y hermosas moras  
 llenan de quejas el aire;  
 y aunque con femenil pecho  
 la que más puede más hace:  
 pidiendo favor al cielo  
 van diciendo por las calles:  
 «¡Al arma, capitanes, etc.»  
 Acudieron al asalto  
 los moros más principales,  
 formándose un escuadrón  
 del vulgo y particulares;  
 contra doce mil cristianos,  
 que están talando sus panes,  
 toman las armas furiosos,  
 repitiendo en su lenguaje:  
 «¡Al arma, capitanes,  
 »suenen clarines, trompas y atabales!»

## XVII

## Zulema

(Anónimo)

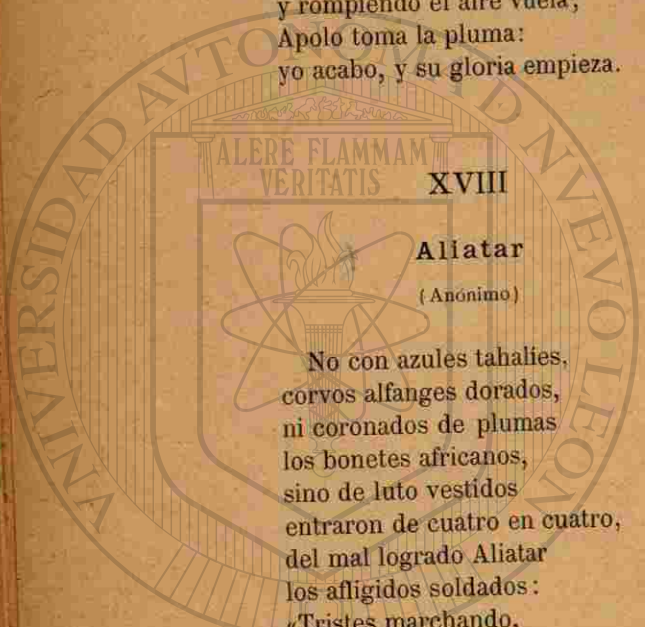
Aquel valeroso moro,  
 rayo de la quinta esfera,  
 aquel nuevo Apolo en paces,  
 y nuevo Marte en la guerra;  
 aquel que dejó en memoria  
 de mil hazañas diversas,

antes de apuntalle el bozo  
 por punta de lanza hechas;  
 aquel que es tal en el mundo  
 por su esfuerzo y por su fuerza  
 que sus mismos enemigos  
 le bendicen y le tiemblan;  
 aquel por quien á la fama  
 le importa que se prevenga,  
 para contar sus hazañas,  
 de más alas y más lenguas:  
 Zulema al fin, el valiente,  
 hijo del fuerte Zulema,  
 que dejó en la gran Toledo  
 fama y memoria perpetua;  
 no armado, sino galán,  
 aunque armado más lo era,  
 fué á ver en Ávila un día  
 las fiestas como de fiesta.  
 En viéndole, la gran plaza  
 toda se alegra y se altera,  
 que ver en fiestas al moro  
 les parece cosa nueva.  
 En los andamios reales  
 los Adalifes le ruegan,  
 que se asiente, aunque se temen  
 que á todos les escurezca.  
 Bendiciéndole mil veces  
 su venida y su presencia,  
 le dan las damas asiento  
 dentro en sus entrañas mismas;  
 pero al fin Zulema en medio  
 de los alcaldes se sienta,  
 que lo fueron por entonces  
 de la mayor fortaleza:  
 cuando más breve que el viento,  
 y más veloz que cometa,

del celebrado Jarama  
 un toro en la plaza sueltan,  
 de aspecto bravo y feroz,  
 vista enojosa y soberbia,  
 ancha nariz, corto cuello,  
 cuerno ofensible, piel negra.  
 Desocúpale la plaza  
 toda la más gente de ella;  
 sólo algunos de á caballo  
 aunque le temen le esperan;  
 piensan hacer suerte en él,  
 mas fuéles la suya adversa,  
 pues siempre que el toro embiste  
 los maltrata y atropella.  
 No osan mirar á las damas  
 de pura vergüenza dellas,  
 aunque ellas tienen los ojos  
 en otra fiera más fiera.  
 Á Zulema miran todas,  
 y una disfrazada entre ellas,  
 que hace á todas la ventaja  
 que el sol claro á las estrellas,  
 le hizo señas con el alma,  
 de quien son los ojos lengua,  
 que esquite aquellos azares  
 con alguna suerte buena.  
 La suya bendice el moro,  
 pues gusta de que se ofrezca  
 algo en que á la bella mora  
 de sus deseos dé muestra:  
 salta del andamio luégo,  
 mas no salta, sino vuela,  
 que amor le prestó sus alas,  
 como es suya aquesta empresa;  
 cuando ve que á un hombre el toro  
 con piés y manos le huella,

y siendo sujeto al hombre  
 agora al hombre sujeta.  
 Á pié se parte á librarle,  
 y aunque todos le vocean,  
 no lo deja, porque sabe,  
 que su victoria está cierta.  
 Llega al toro cara á cara,  
 y con la indomable diestra  
 esgrime el agudo alfanje  
 haciéndole mil ofensas:  
 retirase el toro atrás,  
 líbrase el que estaba en tierra,  
 grita el pueblo, brama el toro,  
 vuelve á aguardarle Zulema.  
 Otra vez vuelve á embestille,  
 y mejor que la primera  
 le acierta, y riega la plaza  
 con la sangre de sus venas:  
 brama, bufá, escarba, huele,  
 anda alrededor, pateá,  
 vuelve á mirar quien le ofende  
 y de temelle dá muestras.  
 Tercera vez le acomete,  
 echando por boca y lengua  
 blanca y colorada espuma,  
 de coraje y sangre hecha;  
 pero ya cansado el moro  
 de verle durar, le acierta  
 un golpe, por dó á la muerte  
 le abrió una anchurosa puerta:  
 levanta la voz el vulgo,  
 cae el toro muerto en tierra,  
 envidianle los más fuertes,  
 bendicénle las más bellas;  
 con abrazos le reciben  
 los Azarques y Vanegas;

las damas le envían el alma  
 á darle la enhorabuena;  
 la fama toca su trompa,  
 y rompiendo el aire vuela;  
 Apolo toma la pluma:  
 yo acabo, y su gloria empieza.



**Aliatar**

(Anónimo)

No con azules tahalies,  
 corvos alfanges dorados,  
 ni coronados de plumas  
 los bonetes africanos,  
 sino de luto vestidos  
 entraron de cuatro en cuatro,  
 del mal logrado Aliatar  
 los afligidos soldados:  
 «Tristes marchando,  
 »Las trompas roncacas, los tambores destemplados.»

La gran empresa del Fénix  
 que en la bandera volando  
 apenas la trató el viento  
 temiendo el fuego tan alto,  
 ya por señas de dolor  
 barre el suelo y deja el campo,  
 arrastrado entre la seda  
 que el Alferez va arrastrando:  
 «Tristes, etc.»

Salió el gallardo Aliatar  
 con cien moriscos gallardos  
 en defensa de Motril

y socorro de su hermano.  
 Á caballo salió el moro,  
 y otro día desdichado  
 en negras andas le vuelven  
 por donde salió á caballo.

«Tristes, etc.»

Caballeros del Maestre,  
 que en el camino encontraron,  
 encubiertos de unas cañas  
 furiosos le saltaron;  
 hiriéronle malamente,  
 murió Aliatar mal logrado,  
 y los suyos, aunque rotos,  
 no vencidos se tornaron:

«Tristes, etc.»

¡ Oh cómo lo siente Zaida!  
 ¡ Y cómo vierten, llorando  
 mas que las heridas sangre,  
 sus ojos aljófar blanco!  
 Dílo tú, Amor, si lo viste:  
 más ¡ ay que de lastimado  
 diste otro nudo á la venda,  
 por no ver lo que ha pasado!

«Tristes, etc.»

No sólo le lloró Zaida;  
 pero acompañanla cuantos  
 del Albaicín á la Alhambra  
 beben de Genil y Darro;  
 las damas como á galán,  
 los valientes como á bravo,  
 los alcaldes como á igual,  
 los plebeyos como á amparo:  
 «Tristes marchando

»Las trompas roncacas, los tambores destemplados.»

## XIX

## Azarque de Ocaña

(Anónimo)

Ocho á ocho y diez á diez  
 Sarracinos y Aliatares  
 juegan cañas en Toledo  
 contra Adalifes y Azarques.  
 Publicó fiestas el Rey  
 por las ya juradas paces  
 de Zaide, rey de Belchite,  
 y del valenciano Tarfe.  
 Otros dicen que estas nuevas  
 al Rey sirvieron de achaque,  
 y que Celindaja ordena  
 sus fiestas y sus pesares.  
 Entraron los Sarracinos  
 en caballos alazanes,  
 de naranjado y de verde  
 marlotas y capellares:  
 en las adargas traían  
 por empresas sus alfanjes  
 hechos arcos de Cupido,  
 y por letra: «Fuego y sangre.»  
 Iguales en las parejas  
 les siguen los Aliatares,  
 con encarnadas libreas  
 llenas de blancos follajes.  
 Llevan por divisa un cielo  
 sobre los hombros de Atlante,  
 y un moro Aliatar diciendo:  
 «Tendréle cuando se canse.»  
 Los Adalifes siguieron

muy costosos y galanes,  
 de encarnado y amarillo,  
 y por mangas almaizares.  
 Era su divisa un mundo  
 que le deshace un salvaje,  
 y un mote sobre un bastón  
 en que dice: «Fuerzas valen.»  
 Los ocho Azarques siguieron  
 más que todos arrogantes,  
 de azul, morado y pajizo  
 y unas higas por plumajes.  
 Sacaron adargas verdes  
 y un cielo azul en que se arden  
 dos manos, y el mote dice:  
 «En lo verde todo cabe.»  
 No pudo sufrir el Rey  
 que á sus ojos le mostrasen  
 burladas sus diligencias,  
 y su pensamiento al traste;  
 y mirando la cuadrilla,  
 le dijo á Celín, su alcaide:  
 —Aquel sol yo le pondré,  
 pues contra mis ojos sale.—  
 Azarque tira bohordos  
 que se pierden por el aire,  
 sin que conozca la vista  
 á dó suben ni á dó caen.  
 Como en ventanas comunes  
 las damas particulares,  
 sacan el cuerpo por verle  
 las de los andamios reales.  
 Si se alarga ó se retira  
 de mitad del vulgo sale  
 un gritar: —Alá te gufe;—  
 y del Rey, un —muera, dadle.—  
 Celindaja sin respeto

al pasar, por rocialle  
 un pomo de agua quebró,  
 y el Rey gritó:—Paren, paren.—  
 Creyeron todos que el juego  
 paraba por ser ya tarde,  
 y repite el Rey celoso:  
 —Prendan al traidor Azarque.—

Las dos primeras cuadrillas,  
 dejando cañas aparte,  
 piden lanzas, y ligeros  
 á prender al moro salen;  
 «que no hay quien baste  
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

Las otras dos resistían,  
 si no les dijera Azarque:  
 —Aunque amor no guarda leyes,  
 hoy es justo que las guarde:  
 rindan lanzas mis amigos,  
 mis contrarios lanzas alcen,  
 y con lástima y victoria  
 lloren unos y otros canten:  
 «que no hay quien baste  
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

Prendieron en fin al moro,  
 y el vulgo para librarle  
 en corrillos diferentes  
 se divide y se reparte;  
 mas como falta caudillo  
 que los incite y los llame,  
 deshácense los corrillos,  
 y su motín se deshace:  
 «que no hay quien baste  
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

Sola Celindaja grita:  
 —¡Libradle, moros, libradle!—  
 Y de su balcón quería

para librarle arrojarse:  
 su madre se abraza de ella,  
 diciendo:—Loca, ¿qué haces?  
 Muere sin dallo á entender,  
 pues por tu desdicha sabes,  
 «que no hay quien baste  
 »contra la voluntad de un Rey amante.»  
 Llegó un recado del Rey  
 en que manda que señale  
 una casa de sus deudos,  
 y que la tenga por cárcel.  
 Dijo Celindaja:—Digan  
 al Rey, que por no trocarme,  
 escojo para prisión  
 la memoria de mi Azarque;  
 «y habrá quien baste  
 »contra la voluntad de un Rey amante.»  
 ¡Ay Toledo, que otros días  
 te llamaban los Alarbes  
 venganza de alevos pechos,  
 y hoy lo has sido de leales!  
 Murmure Tajo en sus ondas  
 hasta que en el mar se lance;—  
 Y sin que dijese más  
 la llevó presa el alcaide;  
 «que no hay quien baste  
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

## XX

## El español de Orán—1

(De D. Luis de Góngora)

Servía en Orán al Rey  
 un español con dos lanzas  
 y con el alma y la vida

á una gallarda africana,  
 tan noble como hermosa,  
 tan amante como amada,  
 con quien estaba una noche  
 cuando tocaron al arma.  
 Trecientos cenetes eran  
 deste rebato la causa,  
 que los rayos de la luna  
 descubrieron las adargas;  
 las adargas avisaron  
 á las mudas atalayas;  
 las atalayas los fuegos;  
 los fuegos á las campanas,  
 y ellas al enamorado  
 que, en los brazos de su dama,  
 oyó el militar estruendo  
 de las campanas y cajas.  
 Espuelas de honor le pican,  
 y freno de amor le para:  
 no salir es cobardía,  
 ingratitud es dejarla.  
 Del cuello pendiente ella,  
 viéndole tomar la espada,  
 con lágrimas y suspiros  
 le dice aquestas palabras:  
 —Salid al campo, señor,  
 bañen mis ojos la cama,  
 que ella me será también  
 sin vos, campo de batalla.  
 Vestíos, salid apriesa,  
 que el general os aguarda,  
 y os hago á vos mucha sobra,  
 y vos á él mucha falta.  
 Bien podéis salir desnudo,  
 pues mi llanto no os ablanda,  
 que tenéis de acero el pecho,

y no habéis menester armas.—  
 Viendo el español brioso  
 cuánto le detiene y habla,  
 le dice así: —Mi señora,  
 tan dulce como enojada,  
 porque con honra y amor  
 yo me quede, cumpla, y vaya,  
 vaya á los moros el cuerpo,  
 y quede con vos el alma.  
 Concededme, dueño mío,  
 licencia para que salga  
 al rebato, en vuestro nombre,  
 y en vuestro nombre combata.—

## XXI

## El español de Orán—II

(De D. Luis de Góngora)

Entre los sueltos caballos  
 de los vencidos cenetes  
 que por el campo buscaban  
 entre lo rojo, lo verde,  
 aquel español de Orán,  
 un suelto caballo prende,  
 por sus relinchos lozano  
 y por sus cernejas fuerte,  
 para que lo lleve á él,  
 y á un moro cautivo lleve,  
 que es uno que ha cautivado  
 capitán de cien cenetes.  
 En el ligero caballo  
 suben ambos, y él parece,  
 de cuatro espuelas herido,  
 que cuatro vientos le mueven.

Triste camina el alarbe,  
 y lo más bajo que puede  
 ardientes suspiros lanza  
 y amargas lágrimas vierte.  
 Admirado el español  
 de ver, cada vez que vuelve,  
 que tan tiernamente llore  
 quien tan duramente hiere,  
 con razones le pregunta  
 comedidas y corteses  
 de sus suspiros la causa,  
 si la causa lo consiente.  
 El cautivo, como tal,  
 sin excusarse obedece,  
 y á su piadosa demanda  
 satisface desta suerte.  
 —Valiente eres, capitán,  
 y cortés como valiente;  
 por tu espada y por tu trato  
 me has cautivado dos veces.  
 Preguntado me has la causa  
 de mis suspiros ardientes,  
 y débote la respuesta,  
 por quien soy, y por quien eres.  
 Yo nací en Gelves, el año  
 que os perdisteis en los Gelves,  
 de una berberisca noble  
 y de un turco matasiete.  
 En Tremecén me crié  
 con mi madre y mis parientes.  
 Después que murió mi padre,  
 corsario de tres bajeles,  
 junto á mi casa vivía,  
 porque más cerca muriese,  
 una dama del linaje  
 de los nobles Melioneses,

extremo de las hermosas,  
 cuando no de las crueles;  
 hija al fin destas arenas  
 engendradoras de sierpes.  
 Era tal su hermosura  
 que se hallarían claveles  
 más ciertos en sus dos labios,  
 que en los dos floridos meses.  
 Cada vez que la miraba  
 salía el sol por su frente  
 de tantos rayos vestido  
 cuantos cabellos contiene.  
 Mas ya la razón sujeta  
 con palabras me requiere  
 que su crueldad le perdone  
 y de su beldad me acuerde.  
 Juntos así nos criamos,  
 y amor en nuestras niñeces  
 hirió en nuestros corazones  
 con arpones diferentes.  
 Labró el oro en mis entrañas  
 dulces lazos, tiernas redes,  
 mientras el plomo en las tuyas  
 libertades y desdenes.  
 Esta, español, es la causa  
 que á llanto pudo moverme:  
 ¡mira si es razón, que llore  
 tantos males juntamente!—  
 Conmovido el capitán  
 de las lágrimas que vierte,  
 parando el veloz caballo,  
 que paren sus males quiere.  
 —¡Gallardo moro, le dice,  
 si adoras como refieres,  
 y si como dices amas  
 dichosamente padeces!



¿Quién pudiera imaginar,  
 viendo tus golpes crueles,  
 que cupiera alma tan tierna  
 en pecho tan duro y fuerte?  
 Si eres del amor cautivo,  
 desde aquí puedes volverte,  
 que me pedirán por robo  
 lo que entendí que era suerte.  
 Y no quiero por rescate  
 que tu dama me presente  
 ni las alfombras más finas,  
 ni las granas más alegres.  
 Anda con Dios, sufre y ama,  
 y vivirás si lo hicieres,  
 con tal que cuando la veas,  
 pido que de mi te acuerdes.  
 Apeóse del caballo,  
 y el moro tras él descende,  
 y por el suelo postrado  
 la boca á sus piés ofrece.  
 —Vivas mil años, le dice,  
 noble capitán valiente,  
 que ganas más en librarme  
 que ganaste con prenderme.  
 Alá se quede contigo,  
 y te dé victoria siempre,  
 para que extiendas tu fama  
 con hechos tan excelentes.  
 Apenas vide trocada  
 la dureza desta sierpe,  
 cuando tú me cautivaste.  
 ¡Mira si es bien que lamente!

## XXII

## El cautivo—I

(De D. Luis de Góngora)

Según vuelan por el agua  
 tres galeotas de Argel,  
 un aquilón africano  
 las engendró á todas tres.  
 Y según los vientos pisa  
 un bergantín ginovés,  
 si no viste el temor alas,  
 de plumas tiene los piés.  
 Mortal caza vienen dando  
 al fugitivo bajel,  
 en que á Nápoles pasaba  
 en conserva del virrey,  
 un español con dos hijas,  
 una sol y otra clavel,  
 que tuvieron á León  
 por oriente y por vergel.  
 Derrotóle un temporal,  
 y ya que no dió al través,  
 á vista dió de Morato,  
 renegado calabrés.  
 El tagarote africano  
 que la español garza ve,  
 en su noble sangre piensa  
 esmaltar el cascabel.  
 Peinándole va las plumas,  
 mas el viento burla dél  
 interpuesto entre las alas,  
 y entre la garra cruel.  
 Ya surcan el mar de Denia,  
 ya sus altas torres ven,

grandeza de un duque ahora,  
título ya de marqués.

De sus torres los descubren,  
y en distinguiendo después  
la cruz en el tafetán,  
la luna en el alquicel,  
ocho ó diez piezas disparan,  
que en ocho globos, ó diez,  
envuelve de negro humo  
al corsario su interés.

Los brazos del cuerpo ocupa  
con fatiga y con placer  
el bergantín destrozado  
desde la quilla al garcés.

El leonés agradecido  
al cielo de tanto bien,  
de libertad coronado  
dice, si no de laurel:

— ¡ Oh puerto, templo del mar !

cuya húmeda pared  
antes faltará que tablas  
señas de naufragios dén.

Fortaleza imperiosa,  
terror de África, y desdén,  
yugo fuerte y real espada

que reprime y que da ley,  
defensa os debo, y abrigo ;

mi libertad vuestra es,  
y mi lengua desatada  
en alabanzas también.

Con tus altos muros viva  
tu inclito dueño, á quien,  
como á ti el Mediterráneo,  
la envidia le bese el pié.

Inmortal sea su memoria  
en la gracia de su Rey,

por galardón proseguida,  
si comenzó por merced :  
que servicios tan honrados,  
y de Acates tan fiel,  
inmortalidad merecen,  
sino de vida, de fe. —

## XXIII

## El cautivo—II

(Anónimo)

Ageno de tener guerra  
está el valeroso Arnaldo,  
capitán de una frontera  
por el inclito Fernando.  
Gozando está de su Celia  
con quietud y sin cuidado,  
cuando Muley Terráez,  
de Argel astuto corsario,  
viene á pagar el tributo,  
como quedó concertado,  
y porque viene de paz  
dan voces los de su bando :

« Lanza ferro,  
» á terra, á terra. »  
Y los de la fortaleza,  
para seguro, disparan  
« apriosa, apriosa una pieza. »

Poco le duró el contento  
á aquel capitán gallardo ;  
pues que en trueque del rescate  
se le llevó el renegado  
á su bella esposa un día,

cuando vió que asegurado  
de su gran traición vivía,  
y ella salió por el campo.  
De que la metió en su fusta,  
con silencio y con recato  
á los marineros dice :

«alza el ferro, ó corta el cabo.»

Y al cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

Hagan grandes luminarias,

dice Arnaldo alborotado ;

aunque en vano es trabajar,  
porque van el mar surcando.

De su fuerza se despide  
confuso y desesperado,

y siendo libre, se hizo

de un moro sujeto esclavo ;

el cual le llevó cautivo

á Argel, do fué rematado

tres veces en almoneda,

hasta ser del Rey comprado ;

y el cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

El capitán reconoce

á su cara esposa bella,

y aunque con las lenguas callan,

los ojos sirven de lenguas.

Servía Celia al Rey de paje,

el cual namorado de ella,

dice : —Si como eres sol,

fueras, Celia, luna bella,

de contino me alumbrara

el claro de tal estrella. —

Celia respondió : — Señor,

no fué mi dicha tan buena. —

Y el cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

Y como vido ocasión,

al rey le dice una siesta

cómo es Arnaldo su hermano,

que se hizo esclavo por ella.

El rey le replica y dice :

—Celia, gran mentira es esa,

porque nunca amor de hermano

hizo tal prueba y fineza.

Pero si dices verdad

haré con ti una franqueza,

de dar á ambos libertad

para que os vais á tu tierra. —

Y el cómitre silba y dice :

«leva, leva ;»

y los de la fortaleza,

«guerra, guerra,

»dispara apriesa una pieza.»

Celia le dijo : — Señor,

la verdad del caso es esta :

que es Arnaldo mi marido,

y yo fio en tu clemencia

que nos darás libertad. —

Dijo el rey : — Concédoos esa,

porque entendáis que entre moros

hay sangre, virtud, nobleza. —

Con esto los despidió,

dándoles mucha riqueza,  
y á Muley Terráez quitó  
por su traición la cabeza :  
por lo que todos los suyos  
muestran dolor y tristeza ;  
y los de la fortaleza,  
regocijados dan voces :  
«dispara apriesa una pieza.»

## XXIV

## El forzado de Dragut—I

(De D. Luis de Góngora)

Amarrado al duro banco  
de una galera turquesca,  
ambas manos en el remo,  
y ambos ojos en la tierra,  
un forzado de Dragut  
en la playa de Marbella  
se quejaba al ronco són  
del remo y de la cadena.  
—¡Oh sagrado mar de España,  
hermosa playa y serena,  
teatro donde se han hecho  
cien mil navales tragedias!  
Pues eres el mismo mar,  
que con tus crecientes besas  
las murallas de mi patria  
coronadas y soberbias,  
dame nuevas de mi esposa,  
y dime si han sido ciertas  
las lágrimas y suspiros,  
que me escribe por sus letras ;  
porque si es verdad que llora

mi cautiverio en tu arena,  
¡bien puedes al mar del Sur  
vencer en lucientes perlas!  
Mas pues que no me responde,  
sin duda alguna que es muerta ;  
pero no lo podrá ser,  
pues que yo vivo en su ausencia.  
Pues he vivido diez años  
sin libertad y sin ella,  
siempre al remo condenado,  
á nadie mataron penas.  
Dame pues, sagrado mar,  
á mi demanda respuesta,  
si cual dicen es verdad  
que las aguas tienen lenguas.—  
En esto se descubrieron  
de la religión seis velas,  
y el cómitre manda usar  
al torzado de su fuerza.

## XXV

## El forzado de Dragut—II

(De D. Luis de Góngora)

Levantando blanca espuma  
galeras de Barba-roja,  
ligeras le daban caza  
á una pobre galeota,  
en que alegre el mar surcaba  
un mallorquín con su esposa,  
dulcísima valenciana,  
bien nacida y muy hermosa.  
Del amor agradecido,

se la llevaba á Mallorca,  
tanto á celebrar las Pascuas,  
cuanto á celebrar las bodas.  
Y cuanto á los sordos remos  
más se humillaban las olas,  
más se ajustaba á la vela  
el blando viento que sopla.

Espiándola de atrás  
de una cala insidiosa,  
estaba el fiero terror  
de las playas españolas.  
Sobresaltóla en un punto,  
que por una parte y otra  
sus cuatro enemigos leños  
tristemente la coronan.

Crece en ellos la codicia,  
y en estotros la congoja,  
mientras se queja la dama  
derramando tierno aljófár.

—Favorable y fresco viento,  
si eres el galán de Flora,  
válgasme en este peligro  
por el regalo que gozas.  
Tú que embravecido puedes  
los bajeles que te enojan,  
embestilles en la arena

con más daño que en las rocas:  
tú que con la misma fuerza  
cuando al humilde perdonas,  
sueles de armadas reales  
escapar barquillas rotas;  
salga esta vela á lo menos  
destas manos rigurosas,  
cual de garras de falcón  
blancas alas de paloma.—

## ROMANCES CABALLERESCOS

se la llevaba á Mallorca,  
tanto á celebrar las Pascuas,  
cuanto á celebrar las bodas.  
Y cuanto á los sordos remos  
más se humillaban las olas,  
más se ajustaba á la vela  
el blando viento que sopla.

Espiándola de atrás  
de una cala insidiosa,  
estaba el fiero terror  
de las playas españolas.  
Sobresaltóla en un punto,  
que por una parte y otra  
sus cuatro enemigos leños  
tristemente la coronan.

Crece en ellos la codicia,  
y en estotros la congoja,  
mientras se queja la dama  
derramando tierno aljófár.

—Favorable y fresco viento,  
si eres el galán de Flora,  
válgasme en este peligro  
por el regalo que gozas.

Tú que embravecido puedes  
los bajeles que te enojan,  
embestilles en la arena

con más daño que en las rocas:

tú que con la misma fuerza  
cuando al humilde perdonas,  
sueles de armadas reales

escapar barquillas rotas;

salga esta vela á lo menos  
destas manos rigurosas,

cual de garras de falcón  
blancas alas de paloma.—

## ROMANCES CABALLERESCOS

*Néctor González 1903*



I

El conde Arnaldos

(Anónimo)

¡Quién hubiese tal ventura  
sobre las aguas del mar,  
como hubo el conde Arnaldos  
la mañana de San Juan!  
Con un falcón en la mano  
la caza iba á cazar,  
y venir vió una galera  
que á tierra quiere llegar.  
Las velas traía de seda,  
la jarcía de un cendál,  
marinero que la manda  
diciendo viene un cantar  
que la mar ponía en calma,  
los vientos hace amainar,  
los peces que andan al hondo  
arriba los hace andar,  
las aves que andan volando  
las hace á el mástil posar:

—Galera, la mi galera,  
 Dios te me guarde de mal,  
 de los peligros del mundo  
 sobre aguas de la mar,  
 de los llanos de Almería,  
 del estrecho de Gibraltar,  
 y del golfo de Venecia,  
 y de los bancos de Flandes,  
 y del golfo de León,  
 donde suelen peligrar.—  
 Allí habló el conde Arnaldos,  
 bien oiréis lo que dirá:  
 —Por Dios te ruego, marinero,  
 digáisme ora ese cantar.—  
 Respondióle el marinero,  
 tal respuesta le fué á dar:  
 —Yo no digo esta canción  
 sino á quien conmigo va.—

## II

## El Soldán de Babilonia y el conde de Narbona

(Anónimo)

Del Soldán de Babilonia,  
 de ese os quiero decir,  
 que le dé Dios mala vida  
 y á la postre peor fin.  
 Armó naves y galeras,  
 pasan de sesenta mil,  
 para ir á dar combate  
 á Narbona la gentil.  
 Allá van á echar áncoras,  
 allá al puerto de Sant Gil,

donde han capturado al conde,  
 al conde Benalmeniquí.  
 Deciédenlo de una torre,  
 cabálganlo en un rocín,  
 la cola le dan por riendas  
 por más deshonrado ir.  
 Cient azotes dan al conde  
 y otros tantos al rocín;  
 al rocín porque anduviese,  
 y al conde por lo rendir.  
 La condesa que lo supo  
 sáleselo á recibir:

—Pésame de vos, señor  
 conde, de veros así,  
 daré yo por vos, el conde,  
 las doblas sesenta mil,  
 y si no bastaren, conde,  
 á Narbona la gentil.  
 Si esto no bastare, el conde,  
 tres hijas que yo parí:  
 yo las pariera, buen conde,  
 vos las hubisteis en mí;  
 y si no bastare, conde,  
 señor, védesme aquí á mí.

—Muchas mercedes, condesa,  
 por vuestro tan buen decir:  
 no dedes por mí, señora,  
 tan solo un maravedí,  
 que heridas tengo de muerte,  
 dellas no puedo guarir:  
 adiós, adiós, la condesa,  
 que me mandan ir de aquí.  
 —Váyades con Dios, el conde,  
 y con gracia de Sant Gil:  
 Dios os eche en vuestra suerte  
 á ese Soldán paladín.



## III

## El Palmero

(Anónimo)

De Mérida sale el Palmero,  
de Mérida, esa ciudade:  
los piés llevaba descalzos,  
las uñas corriendo sangre.  
Una esclavina trae rota,  
que no valia un reale,  
y debajo traia otra,  
¡bien valia una ciudade!  
Que ni rey ni emperador  
no alcanzaba otra que tale.  
Camino lleva derecho  
de Paris, esa ciudade;  
ni pregunta por mesón  
ni menos por hospitale:  
pregunta por los palacios  
del rey Carlos á dó estaen.  
Un portero está á la puerta,  
empezóle de hablare:  
—Digadesme tú, el portero,  
el rey Carlos ¿dónde estae?—  
El portero, que lo vido,  
mucho maravillado se hae,  
cómo un romero tan pobre  
por el rey va á preguntare.  
—Digadesmelo, señor,  
deso no tengáis pesare.  
—En misa está, buen Palmero,  
allá en Sant Juan de Letrane:  
dice misa un arzobispo,

y la oficia un cardenale.—  
El Palmero que lo oyera  
ibase para Sant Juane:  
en entrando por la puerta  
bien veréis lo que harae.  
Humillóse á Dios del cielo  
y á Santa Maria su Madre,  
humillóse al arzobispo,  
humillóse al cardenale  
porque decia la misa,  
no porque merecia mase:  
humillóse al emperador  
y á su corona reale,  
humillóse á los doce  
que á una mesa comen pane.  
No se humilla á Oliveros,  
ni menos á don Roldane,  
porque un sobrino que tienen  
en poder de moros estae,  
y pudiéndolo hacer  
no lo van á rescatare.  
De que aquesto vió Oliveros,  
de que aquesto vió Roldane,  
sacan ambos las espadas,  
para el Palmero se vane.  
Con su bordón el Palmero  
su cuerpo va á mamparare.  
Allí hablara el buen rey,  
bien oiréis lo que dirae:  
—Tate, tate, Oliveros,  
tate, tate, don Roldane,  
ó este Palmero es loco,  
ó viene de sangre reale.—  
Tomárale por la mano,  
y empiézale de hablare:  
—Dígame tú, el Palmero,

no me niegues la verdade,  
 ¿en qué año y en qué mes  
 pasaste aguas de la mare?  
 —De Mayo en el mes, señor,  
 yo las fuera á pasare.  
 Porque yo me estaba un día  
 á orillas de la mare  
 en el huerto de mi padre  
 por haberme de holgare:  
 captiváronme los moros,  
 pasáronme allende el mare.  
 Á la infanta de Sansueña  
 me fueron á presentare;  
 la infanta cuando me vido  
 de mí se fué á enamorare.  
 La vida que yo tenía,  
 rey, quiéroosla yo contare.  
 En la su mesa comía,  
 y en su cama me iba á echare.—  
 Allí hablara el buen rey,  
 bien oiréis lo que diráe.  
 —Tal captividad como esa  
 quien quiera la tomarae:  
 dígame tú, el Palmerico,  
 ¿si la iría yo á ganare?  
 —No vades allá, el buen rey,  
 buen rey, no vades allae,  
 porque Mérida es muy fuerte,  
 bien se vos defenderae.  
 Trescientos castillos tiene,  
 que es cosa de los mirare,  
 que el menor de todos ellos  
 bien se os defenderae.—  
 Allí hablara Oliveros,  
 allí habló don Roldane:  
 —Miente, señor, el Palmero,

miente, y no dice verdade,  
 que en Mérida no hay cien castillos,  
 ni noventa á mi pensare,  
 y estos que Mérida tiene  
 no tien quien los defensare,  
 que ni tenían señor,  
 ni menos quien los guardare.—  
 Desque aquesto oyó el Palmero  
 movido con gran pesare,  
 alzó su mano derecha,  
 dió un bofetón á Roldane.  
 Allí hablara el rey  
 con furia y con gran pesare:  
 —Tomalde, la mi justicia,  
 y llevédeslo á ahorcare.—  
 Tomádolo ha la justicia  
 para habello de justiciare;  
 y aun allí al pié de la horca  
 el Palmero fuera hablare:  
 —¡Oh mal hubieses, rey Carlos!  
 Dios te quiera hacer male,  
 que un hijo solo que tienes  
 tú le mandas ahorcare.—  
 Oídolo había la reina  
 que se lo paró á mirare:  
 —Dejédeslo, la justicia,  
 no le queráis hacer male,  
 que si él era mi hijo  
 encubrir no se podrae,  
 que en un lado ha de tener  
 un extremado lunare.—  
 Ya le llevan á la reina,  
 ya se lo van á llevare:  
 desnúdanle una esclavina  
 que no valia un reale;  
 ya le desnudaban otra

que valia una ciudade:  
halládole han al infante,  
halládole han la señaie.  
Alegrías que se hicieron  
no hay quien las pueda contare.

## IV

## El infante vengador

(Anónimo)

Helo, helo por do viene  
el infante vengador,  
caballero á la jineta  
en caballo corredor,  
su manto revuelto al brazo,  
demudada la color,  
y en la su mano derecha  
un venablo cortador.  
Con la punta del venablo  
sacaría un arador.  
Siete veces fué templado  
en la sangre de un dragón,  
y otras tantas fué afilado  
porque cortase mejor:  
el hierro fué hecho en Francia,  
y el asta en Aragón:  
perfiládoselo iba  
en las alas de su halcón.  
Iba á buscar á don Cuadros,  
á don Cuadros el traidor,  
y allá le fuera á hallar  
junto del emperador.  
La vara tiene en la mano,  
que era justicia mayor.

Siete veces lo pensaba,  
si le tiraría ó no,  
y al cabo de las ocho  
el venablo le arrojó.  
Por dar al dicho don Cuadros  
dado ha al emperador:  
pasado le ha manto y sayo  
que era de un tornasol,  
por el suelo ladrillado  
más de un palmo le metió.  
Allí le habló el rey,  
bien oiréis lo que habló:  
—¿Por qué me tiraste, infante?  
¿Por qué me tiras, traidor?  
—Perdóneme tu alteza,  
que no tiraba á ti, no:  
tiraba al traidor de Cuadros;  
ese falso engañador,  
que de siete hermanos que tenía,  
no ha dejado, si á mí no:  
por eso delante ti,  
buen rey, lo desafío yo.—  
Todos fian á don Cuadros,  
y al infante no fian, no,  
si no fuera una doncella,  
hija es del emperador,  
que los tomó por la mano,  
y en el campo los metió.  
Á los primeros encuentros  
Cuadros en tierra cayó.  
Apeárase el infante,  
la cabeza le cortó,  
y tomárala en su lanza,  
y al buen rey la presentó.  
De que aquesto vido el rey  
con su hija le casó.

## V

## La infanta encantada

(Anónimo)

Á cazar va el caballero,  
 á cazar como solía;  
 los perros lleva cansados,  
 el falcón perdido había,  
 arrimárase á un roble,  
 alto es á maravilla:  
 en una rama más alta,  
 viera estar una infantina;  
 cabellos de su cabeza  
 todo aquel roble cobrían.  
 —No te espantes, caballero,  
 ni tengas tamaña grima,  
 hija soy yo del buen rey  
 y la reina de Castilla:  
 siete fadas me fadaron  
 en brazos de una ama mía,  
 que andase los siete años  
 sola en esta montaña.  
 Hoy se cumplan los siete años,  
 ó mañana en aquel día:  
 por Dios te ruego, caballero,  
 llévesme en tu compañía,  
 si quisieres por mujer,  
 si no, sea por amiga.  
 —Esperáisme vos, señora,  
 hasta mañana, aquel día  
 iré yo á tomar consejo  
 de una madre que tenía.—  
 La niña le respondiera,  
 y estas palabras decía:

—¡Oh mal haya el caballero  
 que sola deja la niña!—  
 Él se va á tomar consejo,  
 y ella queda en la montaña.  
 Aconsejóle su madre  
 que la tome por amiga.  
 Cuando volvió el caballero  
 no hallara la infantina:  
 vidola que la llevaban  
 con muy gran caballería.  
 El caballero que la vido  
 en el suelo se caja:  
 Desde que en sí hubo tornado  
 estas palabras decía:  
 —Caballero que tal pierde,  
 muy gran pena merecía:  
 yo mesmo seré el alcalde,  
 yo me seré la justicia:  
 que me corten piés y manos  
 y me arrastren por la villa.

## VI

## El adúltero castigado

(Anónimo)

Blanca sois, señora mía,  
 más que no el rayo del sol:  
 ¿si la dormiré esta noche  
 desarmado y sin pavor?  
 que siete años había, siete  
 ¡que no me desarmo, no!  
 más negras tengo mis carnes  
 que no un tiznado carbón.

—Dormidla, señor, domidla,  
desarmado sin temor,  
que el conde es ido á la caza  
á los montes de León.

—Rabia le mate los perros,  
y águilas el su halcón,  
y del monte hasta casa  
á él arrastre el morón.—

Ellos en aquesto estando  
su marido que llegó:

—¿Qué hacéis, la blanca niña,  
hija de padre traidor?

—Señor, peino mis cabellos,  
peínolos con gran dolor,  
que me dejáis á mi sola  
y á los montes os vais vos.

—Esas palabras, la niña,  
no eran sino traición:

¿Cuyo es aquel caballo  
que allá bajo relinchó?

—Señor, era de mi padre,  
y enviélo para vos.

—¿Cuyas son aquellas armas  
que están en el corredor?

—Señor, eran de mi hermano,  
y hoy vos las envió.

—¿Cuya es aquella lanza  
que desde aquí la veo yo?

—Tomadla, conde, tomadla,  
matadme con ella vos,  
que aquesta muerte, buen conde,  
bien os la merezco yo.

## VII

## El baño en el Jordán

(Anónimo)

—Malas mañas habéis, tío,  
no las podéis olvidar :  
más precias matar un puerco  
que ganar una ciudade.

Vuestros hijos y mujer  
en poder de moros vane,  
los hijos en una cebra,  
y la madre en un cordale.

La mujer dice:—¡ay marido!—  
Los hijos dicen:—¡ay padre!—

De lástima que les hube  
yo se los fuera á quitare ;  
heridas traigo de muerte,  
dellas no puedo escapare.

Apretádmelas, mi tío,  
con tocas de caminar.—  
Ya le aprieta las heridas,  
comienzan de caminar.

Á vuelta de su cabeza  
caído lo vido estare,  
allá se le fué á caer  
dentro del río Jordane :  
como fué dentro caído,  
sano le vió levantare.

## VIII

## El amor filial

(De Juan de Ribera)

Paseábase el buen conde  
 todo lleno de pesar,  
 cuentas negras en sus manos  
 dó suele siempre rezar;  
 palabras tristes diciendo,  
 palabras para llorar.  
 —Véos, hija, crecida,  
 y en edad para casar;  
 el mayor dolor que siento  
 es no tener que os dar.  
 —Calledes, padre, calledes,  
 no debéis tener pesar,  
 que quien buena hija tiene  
 rico se debe llamar;  
 y el que mala la tenía,  
 viva la puede enterrar,  
 pues amengua su linaje  
 que no debiera amenguar,  
 y yo, si no me casare,  
 en religión puedo entrar.

## IX

## La esposa fiel

(De Juan de Ribera)

—Caballero de lejas tierras,  
 llegaos acá, y paréis,  
 hinquedes la lanza en tierra,

vuestro caballo arrendéis,  
 preguntaros he por nuevas  
 si mi esposo conocéis.  
 —Vuestro marido, señora,  
 decid, ¿de qué señas es?  
 —Mi marido es mozo y blanco,  
 gentil hombre y bien cortés,  
 muy gran jugador de tablas,  
 y también del ajedrez.  
 En el pomo de su espada  
 armas trae de un marqués,  
 y un ropón de brocado  
 y de carmesí al envés:  
 cabe el fierro de la lanza  
 trae un pendón portugués,  
 que ganó en unas justas  
 á un valiente francés.  
 —Por esas señas, señora,  
 tu marido muerto es:  
 en Valencia le mataron  
 en casa de un ginovés:  
 sobre el juego de las tablas  
 lo matara un milanés.  
 Muchas damas lo lloraban,  
 caballeros con arnés,  
 sobre todo lo lloraba  
 la hija del ginovés;  
 todos dicen á una voz  
 que su enamorada es:  
 si habéis de tomar amores,  
 por otro á mi no dejéis.  
 —No me lo mandéis, señor,  
 señor, no me lo mandéis,  
 que antes que eso hiciese,  
 señor, monja me veréis.  
 —No os metáis monja, señora,

pues que havello no podéis,  
que vuestro marido amado  
delante de vos lo tenéis.

## X

## El conde Sol

(Anónimo)

Grandes guerras se publican  
entre España y Portugale:  
pena de la vida tiene  
quien no se quiera embarcare.  
Al conde Sol le nombran  
por capitán generale;  
del Rey se fué á despedir  
de su esposa otro que tale.  
La condesa quera niña,  
todo se le va en llorare.  
—Dime, conde, ¿cuántos años  
tienes de echar por alláe?  
—Si á los seis años no vuelvo,  
condesa, os podéis casare. —  
Pasan los seis, y los ocho,  
pasan diez y pasan más,  
y el conde Sol no tornaba  
ni nuevas suyas fué á dare.  
Estando en su estancia sola,  
fuéla el padre á visitare:  
—¿Qué tienes, hija querida,  
que no cesas de llorare?  
—Padre de toda mi alma,  
por la santa Trinitade,  
que me queráis dar licencia  
para al conde ir á encontrare.

—Mi licencia tenéis, hija,  
haced vuestra voluntad.—  
La condesa al otro día  
al conde se fué á buscare,  
triste por Italia y Francia,  
por la tierra y por la mare.  
Ya estaba desesperada,  
ya se torna para acáe,  
cuando gran vacada un día  
devisó allá en un pinare.  
—Vaquerito, vaquerito,  
por la santa Trinitade,  
que me niegues la mentira  
y me digas la verdad:  
¿De quién son estas vaquitas  
que en estos montes estare?  
—Del conde Sol son, señora,  
que manda en este lugare.  
—¿Y de quién son esos trigos  
que cerca están de segare?  
—Señora, del mismo conde,  
porque los hizo sembrare.  
—¿Y de quién tantas ovejas  
que á corderos dan mamare?  
—Señora, del conde Sol,  
porque los hizo criare.  
—¿De quién, dime, esos jardines  
y ese palacio reale?  
—Son del mismo caballero,  
porque allí suele habitare.  
—¿De quién, de quién los caballos  
que se oyen relinchare?  
—Del conde Sol, que suele  
sobre ellos ir á cazare.  
—¿Y quién es aquella dama  
que un hombre abrazando estae?

—La desposada señora  
con que el conde va á casare.  
—Vaquerico, vaquerito,  
por la santa Soledade:  
toma mi ropa de seda,  
y vísteme tu sayale,  
que ya hallé lo que buscaba,  
no lo quiero, no, dejare;  
agárrame de la mano  
y á su puerta me pondrás,  
que á pedirle voy limosna,  
por Dios, si la quiere dare.  
Desdeque estuvo la condesa  
del palacio en el umbrale,  
una limosnica pide  
que se la den por piedade,  
y fué tanta su ventura,  
aún más que era de esperare,  
que la limosna demanda  
y el conde se la fué á dare.  
—¿De dónde eres, peregrina?  
—Soy de España naturale.  
—¿Cómo llegastes aquí?  
—Vine mi esposo á buscare,  
por tierra pisando abrojos,  
pasando riesgos en mare,  
y cuando le hallé, señor,  
supe que se iba á casare,  
supe que olvidó á su esposa,  
su esposa que fué leale,  
su esposa que por buscallo  
cuerpo y alma fué á arriesgare.  
—¡Romerica, romerica,  
callede, no digas tale,  
que eres el diablo sin duda  
que me vienes á tentare!

—No soy el diablo, buen conde,  
ni yo te quiero enojare;  
soy tu mujer verdadera,  
y así te vine á buscare.—  
El conde cuando esto oyera,  
sin un punto más tardare,  
un caballo muy ligero  
ha mandado aparejare  
con cascabeles de plata  
guarnido todo el pretale;  
con los estribos de oro,  
las espuelas otro tale,  
y cabalgando de un salto,  
á su esposa fué á tomare,  
que de alegría y contento  
no cesaba de llorare.  
Corriendo iba, corriendo,  
corriendo va sin parare,  
hasta que llegó al castillo  
donde es señor naturale.  
Quedádose ha la novia  
vestidica y sin casare,  
que quien de lo ageno viste,  
desnudo suele quedare.

## XI

El traidor Marquillos, y Blanca-Flor

(Anónimo)

¡Cuán traidor eres, Marquillos!  
¡cuán traidor de corazón!  
por dormir con tu señora  
degollaste á tu señor.  
Desdeque lo tuviste muerto



quitástele el chapirón ;  
fuéaste al castillo fuerte  
donde está la Blanca-Flor.

— Abridme, linda señora,  
que aquí viene mi señor ;  
si no lo queréis creer,  
veis aquí su chapirón. —

Blanca-Flor desque lo viera  
las puertas luégo le abrió :  
echóle brazos al cuello,  
allí luégo la besó ;  
abrazándola y besando  
en un secreto la entró.

— Marquillos, por Dios te ruego  
que me concedas un dón :  
que no durmieses conmigo  
hasta que rayase el sol. —

Marquillos, como es hidalgo,  
el dón luégo le otorgó,  
y como venía cansado  
en llegando se durmió.  
Levantóse muy ligera  
la hermosa Blanca-Flor ;  
tomara un cuchillo en mano  
y á Marquillos degolló.

## XII

## Lanzarote del Lago

(Anónimo)

Tres hijuelos había el Rey,  
tres hijuelos, que no más ;  
por enojo que hubo de ellos  
todos malditos los ha.

El uno se tornó ciervo,  
el otro se tornó can,  
el otro que se hizo moro,  
pasó las aguas del mar.  
Andábase Lanzarote  
entre las damas holgando,  
grandes voces dió la una :  
— Caballero, estad parado :  
si fuese la mi ventura,  
cumplido fuese mi hado  
que yo casase con vos,  
y vos conmigo de grado,  
y me diésedes en arras  
aquel ciervo del pié blanco.

— Dáoslo he yo, mi señora,  
de corazón y de grado,  
si supiese yo las tierras  
donde el ciervo era criado. —  
Ya cabalga Lanzarote,  
ya cabalga y ya su via  
delante de sí llevaba  
los sabuesos por la trailla.

Llegado había á una ermita,  
donde un ermitaño había :  
— Dios te salve, el hombre bueno.

— Buena sea tu venida :  
cazador me parecéis  
en los sabuesos que traía.

— Dígame tú, el ermitaño,  
tú que haces santa vida,  
ese ciervo del pié blanco  
¿ dónde hace su manida ?

— Quedaos aquí, mi hijo,  
hasta que sea de día,  
contaros he lo que vi,  
y todo lo que sabía.

Por aquí pasó esta noche  
 dos horas antes del día,  
 siete leones con él  
 y una leona parida.  
 Siete condes deja muertos,  
 y mucha caballería.  
 Siempre Dios te guarde, hijo.  
 Por do quier que fuer tu ida,  
 que quien acá te envió  
 no te quería dar la vida.  
 ¡Ay dueña de Quintañones,  
 del mal fuego seas ardida,  
 que tanto buen caballero  
 por ti ha perdido la vida! —

## XIII

## Romance del conde Alarcos

(De Pedro de Riaño)

Retraida está la Infanta,  
 bien así como solía,  
 viviendo muy descontenta  
 de la vida que tenía,  
 viendo que ya se pasaba  
 toda la flor de su vida,  
 y que el Rey no la casaba,  
 ni tal cuidado tenía.  
 Entre sí estaba pensando  
 á quien se descubriría,  
 y acordó llamar al Rey  
 como otras veces solía,  
 por decirle su secreto  
 y la intención que tenía.  
 Vino el Rey siendo llamado,

que no tardó su venida :  
 vidola estar apartada,  
 sola está sin compañía ;  
 su lindo gesto mostraba  
 ser más triste que solía.  
 Conociera luego el Rey  
 el enojo que tenía.  
 — ¿ Qué es aquesto, la Infanta ?  
 ¿ Qué es aquesto, hija mía ?  
 Contadme vuestros enojos,  
 no toméis malenconía,  
 que sabiendo la verdad  
 todo se remediaría.  
 — Menester será, buen Rey,  
 remediar la vida mía,  
 que á vos quedé encomendada  
 de la madre que tenía.  
 Dédesme, buen Rey, marido,  
 que mi edad ya lo pedía :  
 con vergüenza os lo demando,  
 no con gana que tenía,  
 que aquestos cuidados tales  
 á vos, Rey, pertenecían. —  
 Escuchada su demanda,  
 el buen Rey la respondía :  
 — Esa culpa, la Infanta,  
 vuestra era, que no mía,  
 que ya fuéradés casada  
 con el príncipe de Hungría.  
 No quisistes escuchar  
 la embajada que venía,  
 pues acá en las nuestras cortes,  
 hija, mal recaudo había,  
 porque en todos los mis reinos  
 vuestro par igual no había,  
 sino era el conde Alarcos,

que hijos y mujer tenía.  
 —Convidadlo vos, el Rey,  
 al conde Alarcos un día,  
 y después que hayáis comido  
 decilde de parte mía,  
 decilde que se acuerde  
 de la fe que dél tenía,  
 la cual él me prometiera,  
 que yo no se la pedía,  
 de ser siempre mi marido,  
 y yo que su mujer sería.  
 Yo fui d'ello muy contenta  
 y que no me arrepentía.  
 Si la Condesa es burlada,  
 que mirara lo que hacía,  
 que por él no me casé  
 con el Príncipe de Hungría:  
 si casó con la Condesa,  
 dél es culpa, que no mía.—  
 Perdiera el Rey en la oír  
 el sentido que tenía,  
 mas después en sí tornado  
 con enojo respondía:  
 —¡No son estos los consejos,  
 que vuestra madre os decía!  
 ¡Muy mal mirastes, Infanta,  
 dó estaba la honra mía!  
 Si verdad es todo eso  
 vuestra honra es ya perdida:  
 no podéis vos ser casada  
 mientras la Condesa viva.  
 Si se hace el casamiento  
 por razón ó por justicia,  
 en el decir de las gentes  
 por mala seréis tenida.  
 Dadme vos, hija, consejo,

que el mio no bastaría,  
 que es ya muerta vuestra madre  
 á quien consejo pedía.  
 —Yo vos lo daré, buen Rey,  
 d'este poco que tenía:  
 mate el Conde á la Condesa,  
 que nadie no lo sabría,  
 y eche fama que ella es muerta  
 de un cierto mal que tenía,  
 y tratarse ha el casamiento  
 como cosa no sabida.  
 D'esta manera, buen Rey,  
 mi honra se guardaría.—  
 De allí se salía el Rey,  
 no con placer que tenía;  
 lleno va de pensamientos  
 con la nueva que sabía;  
 vido estar al conde Alarcos  
 entre muchos, que decía:  
 —¿Qué aprovecha, caballeros,  
 amar y servir amiga,  
 que son servicios perdidos  
 donde firmeza no había?  
 No pueden por mí decir  
 aquesto que yo decía,  
 que en el tiempo que servi  
 una que tanto quería,  
 si muy bien la quise entonces,  
 agora más la quería;  
 mas por mí pueden decir  
 quien bien ama tarde olvida.—  
 Estas palabras diciendo  
 vido al buen Rey que venía,  
 y hablando con el Rey  
 de entre todos se salía.  
 Dijole el buen Rey al Conde

hablando con cortesía:  
 —Convidaros quiero, Conde,  
 por mañana en aquel día,  
 que queráis comer conmigo  
 por tenerme compañía.  
 —Que se haga de buen grado  
 lo que su Alteza decía:  
 beso sus manos reales  
 por la buena cortesía:  
 detenerme he aquí mañana,  
 aunque estaba de partida,  
 que la Condesa me espera  
 según carta que me envía.—  
 Otro día de mañana  
 el Rey de misa salía;  
 luego se asentó á comer,  
 no por gana que tenía,  
 sino por hablar al Conde  
 lo que hablarle quería.  
 Allí fueron bien servidos  
 como á Rey pertenecía.  
 Después que hubieron comido,  
 toda la gente salida,  
 quedóse el Rey con el Conde  
 en la tabla dó comía.  
 Empezó el Rey de hablar  
 la embajada que traía:  
 —Unas nuevas traigo, Conde,  
 que d'ellas no me placía,  
 por las cuales yo me quejo  
 de vuestra descortesía.  
 Prometistes á la Infanta  
 lo que ella no os pedía,  
 de siempre ser su marido,  
 y á ella que le placía.  
 Si á otras cosas pasaste

no entro en esa porfía.  
 Otra cosa os digo, Conde,  
 de que más os pesaría:  
 que matéis á la Condesa,  
 que así cumple á la honra mía:  
 echéis fama de que es muerta  
 de cierto mal que tenía,  
 y tratarse ha el casamiento  
 como cosa no sabida,  
 porque no sea deshonrada  
 hija que tanto quería.—  
 Oidas estas razones  
 el buen Conde respondía:  
 —No puedo negar, el Rey,  
 lo que la Infanta decía,  
 sino que otorgo, es verdad  
 todo cuanto me pedía.  
 Por miedo de vos, el Rey,  
 no casé con quien debía,  
 ni pensé que vuestra Alteza  
 en ello consentiría.  
 De casar con la Infanta  
 yo, señor, bien casaría,  
 mas matar á la Condesa,  
 señor Rey, no lo haría,  
 porque no debe morir  
 la que mal no merecía.  
 —De morir tiene, buen Conde,  
 por salvar la honra mía,  
 pues no mirastes primero  
 lo que mirar se debía.  
 Si no muere la Condesa  
 á vos costará la vida,  
 que por la honra de los reyes  
 muchos sin culpa morían,  
 que muera pues la Condesa

no es mucha maravilla.  
 —Yo la mataré, buen Rey,  
 mas no sea la culpa mía:  
 vos os avendréis con Dios  
 en el fin de vuestra vida,  
 y prometo á vuestra Alteza,  
 á fe de caballería,  
 que me escriba por traidor  
 si lo dicho no cumplía  
 de matar á la Condesa,  
 aunque mal no merecía.  
 Buen Rey, si me dáis licencia  
 luégo yo me partiría.  
 —Vades con Dios, el buen Conde,  
 ordenad vuestra partida.—  
 Llorando se parte el Conde,  
 llorando sin alegría;  
 llorando por la Condesa,  
 que más que á sí la quería.  
 Lloraba también el Conde  
 por tres hijos que tenía,  
 el uno era de teta,  
 que la Condesa lo cria,  
 que no quería mamar  
 de tres amas que tenía  
 si no era de su madre  
 porque bien la conocía;  
 los otros eran pequeños,  
 poco sentido tenían.  
 Antes que el Conde llegase  
 estas razones decía:  
 —¿Quién podrá mirar, Condesa,  
 vuestra cara de alegría,  
 que saldréis á recibirme  
 á la fin de vuestra vida?  
 Yo soy el triste culpado,

esta culpa toda es mía.—  
 En diciendo estas palabras  
 ya la Condesa salía,  
 que un paje le había dicho  
 cómo el Conde ya venía.  
 Vido la Condesa al Conde  
 la tristeza que tenía,  
 vióle los ojos llorosos  
 que hinchados los tenía  
 de llorar por el camino  
 mirando el bien que perdía.  
 Dijo la Condesa al Conde:  
 —¡Bien vengáis, bien de mi vida!  
 ¿Qué habéis, el conde Alarcos?  
 ¿Por qué lloráis, vida mía,  
 que venis tan demudado  
 que cierto no os conocía?  
 No parece vuestra cara  
 ni el gesto que ser solía;  
 dadme parte del enojo  
 como dáis de l'alegría.  
 ¡Decídmelo luégo, Conde,  
 no matéis la vida mía!  
 —Yo vos lo diré, Condesa,  
 cuando la hora sería.  
 —Si no me lo decís, Conde,  
 cierto yo reventaría.  
 —No me fatiguéis, señora,  
 que no es la hora venida.  
 Cenemos luégo, Condesa,  
 d'aqueso que en casa había.  
 —Aparejado está, Conde,  
 como otras veces solía.—  
 Sentose el Conde á la mesa,  
 no cenaba ni podía,  
 con sus hijos al costado,

que muy mucho los quería.  
 Echóse sobre los hombros ;  
 hizo como que dormía ;  
 de lágrimas de sus ojos  
 toda la mesa corria.  
 Mirábalo la Condesa  
 que la causa no sabía ;  
 no le preguntaba nada,  
 que no osaba ni podía.  
 Levantóse luego el Conde,  
 dijo que dormir quería ;  
 dijo también la Condesa  
 que ella también dormiría ;  
 mas entre ellos no había sueño,  
 si la verdad se decía.  
 Vanse el Conde y la Condesa  
 á dormir donde solían :  
 dejan los niños de fuera,  
 que el Conde no los quería :  
 lleváronse el más chiquito,  
 el que la Condesa cria.  
 El Conde cierra la puerta,  
 lo que hacer no solía.  
 Empezó de hablar el Conde  
 con dolor y con mancilla ;  
 — ¡ Oh desdichada Condesa,  
 grande fué la tu desdicha !  
 — No soy desdichada, Conde,  
 por dichosa me tenía  
 sólo en ser vuestra mujer :  
 esta fué gran dicha mía.  
 — ¡ Si bien lo miráis, Condesa,  
 esa fué vuestra desdicha !  
 Sabed que en tiempo pasado  
 yo amé á quien bien servía,  
 la cual era la Infanta.

Por desdicha vuestra y mía  
 prometí casar con ella ;  
 y á ella que le placía,  
 demándame por marido  
 por la fe que me tenía.  
 Puédelo muy bien hacer  
 por razón y por justicia :  
 dijomelo el Rey su padre  
 porque d'ella lo sabía.  
 Otra cosa manda el Rey  
 que toca en el alma mía :  
 manda que muráis, Condesa,  
 á la fin de vuestra vida,  
 que no puede tener honra  
 siendo vos, Condesa, viva.  
 De qu'esto oyó la Condesa  
 cayó en tierra mortecida:  
 mas después en si tornada  
 estas palabras decía :  
 — ¡ Pagos son de mis servicios,  
 Conde, con que yo os servía !  
 Si no me matáis, el Conde,  
 yo bien os aconsejaría :  
 enviédesme á mis tierras  
 que mi padre me ternía ;  
 yo criaré vuestros hijos  
 mejor que la que vernía,  
 y os mantendré castidad  
 como siempre os mantenía.  
 — De morir habéis, Condesa,  
 en antes que venga el día.  
 — ¡ Bien parece, conde Alarcos,  
 yo ser sola en esta vida ;  
 porque tengo el padre viejo,  
 mi madre ya es fallecida,  
 y mataron á mi hermano

el buen conde Don García,  
que el Rey lo mandó matar  
por miedo que dél tenía!

No me pesa de mi muerte,  
que yo de morir tenía,  
mas pésame de mis hijos,  
que pierden mi compañía:  
hacéme los venir, Conde,  
y verán mi despedida.

—No los veréis más. Condesa,  
en días de vuestra vida:  
abrazad ese chiquito,  
que aqueste es el que os perdía.  
Pésame de vos, Condesa,  
cuanto pesar me podía.

No os puedo valer, señora,  
que más me va que la vida;  
encomendaos á Dios,  
qu' esto de hacerse tenía.

—Dejéisme decir, buen Conde,  
una oración que sabía.

—Decila presto, Condesa,  
antes que amanezca el día.

—Presto la habré dicho, Conde,  
no estaré un Ave María.—

Hincó rodillas en la tierra  
y esta oración decía:

«En las tus manos, Señor,  
»encomiendo el alma mía:  
»no me juzgues mis pecados  
»según que yo merecía,  
»mas según tu gran piedad  
»y la tu gracia infinita.

—Acabada es ya, buen Conde,  
la oración que yo sabía;  
encomiándoos esos hijos

que entre vos y mi había,  
y rogad á Dios por mi  
mientrasuviéredes vida,  
que á ello sois obligado  
pues que sin culpa moria.  
Dédesme acá ese chiquito,  
mamará por despedida.

—No le despertéis, Condesa,  
dejadlo estar, que dormía,  
sino que os pido perdón  
porque ya se viene el día.

—Á vos yo perdono, Conde,  
por amor que vos tenía;  
mas yo no perdono al Rey,  
ni á la Infanta la su hija,  
sino que queden citados  
delante la alta justicia,  
que allá vayan á juicio  
dentro de los treinta días.—

Estas palabras diciendo  
el Conde se apercibía:  
echóle por la garganta  
una toca que tenía,  
apretó con las dos manos  
con la fuerza que podía:

no le afloja la garganta  
mientras que vida tenía.  
Cuando ya la vido el Conde  
traspasada y fallecida,  
desnudóle los vestidos  
y las ropas que tenía:  
echóla encima la cama,  
cubrióla como solfa;  
desnudóse á su contado,  
obra de un Ave María:  
levantóse dando voces

á la gente que tenia.  
 — ¡ Socorred, mis caballeros,  
 que la Condesa se fina !  
 Hallan la Condesa muerta  
 los que á socorrer venian.  
 Así murió la Condesa,  
 sin razón y sin justicia ;  
 mas también todos murieron  
 dentro de los treinta dias.  
 Los doce dias pasados  
 la Infanta ya se moria ;  
 el Rey á los veinte y cinco,  
 el Conde al treinteno día,  
 allá fueron á dar cuenta  
 á la justicia divina.  
 Acá nos dé Dios su gracia,  
 y allá la gloria cumplida.

## XIV

## Gayferos—I

(Anónimo)

Estábase la condesa,  
 en el su estrado asentada,  
 tisericas de oro en mano :  
 su hijo afeitando estaba.  
 Palabras le está diciendo,  
 palabras de gran pesar :  
 las palabras tales eran  
 que al niño hacen llorar.  
 — Dios te dé barbas en rostro,  
 y te haga barragane ;  
 déte Dios ventura en armas,

como el paladín Roldane,  
 porque vengases, mi hijo,  
 la muerte de vuestro padre :  
 matáronlo á traición  
 por casar con vuestra madre.  
 Ricas bodas me hicieron  
 en las cuales Dios no há parte ;  
 ricos paños me cortaron,  
 la reina no los há tales. —  
 Magüera pequeño el niño  
 bien entendido lo hae.  
 Allí respondió don Gayferos,  
 bien oiréis lo que diráe :  
 — Ruégole así á Dios del cielo  
 y á Santa María su Madre. —  
 Oído lo había el conde  
 en los palacios do estáe :  
 — ¡ Calles, calles, la condesa,  
 boca mala sin verdade !  
 Que yo no matare el conde,  
 ni lo hiciera matare ;  
 mas tus palabras, condesa,  
 el niño las pagarae. —  
 Mandó llamar escuderos,  
 criados son de su padre,  
 para que lleven al niño,  
 que lo lleven á matare.  
 La muerte que él les dijera  
 mancilla es de la escuchare :  
 — Córtenle el pié del estribo,  
 la mano del gavilane,  
 sáquenle ambos los ojos  
 por más seguro andare,  
 y el dedo, y el corazón  
 traédmelo por señale. —  
 Ya lo llevan á Gayferos,



ya lo llevan á matare ;  
hablan los escuderos  
con mancilla que dél hane.

— ¡ Oh válasme Dios del cielo  
y Santa Maria su madre !

Si á este niño matamos  
¿ qué galardón nos darane ?

Ellos en aquesto estando,  
no sabiendo qué harane,

vieron venir una perrita  
de la condesa su madre.

Allí habló el uno de ellos,  
bien oiréis lo que diré :

— Matemos esta perrita  
por nuestra seguridade,  
saquémosle el corazón

y llevémoslo á Galvane,  
cortemos el dedo al chico  
por llevar mejor señale. —

Ya tomaban á Gayferos,  
para el dedo le cortare ;

— Venid acá vos, Gayferos,  
y querednos escuchare ;

vos idos de aquesta tierra  
y en ella no parezcáis mase. —

Ya le daban entre señas  
el camino que harae :

— Iros heis de tierra en tierra  
á do vuestro tió estae. —

Gayferos desconsolado  
por ese mundo se vae ;

los escuderos se volvieron  
para do estaba Galvane.

Danle el dedo, y corazón  
y dicen que muerto lo hane.

La condesa qu' esto oyera

empezara á gritos dare :

lleraba de los sus ojos

que quería reventare.

Dejemos á la condesa,

que muy grande llanto hace,

y digamos de Gayferos

del camino por do vae,

que de día ni de noche

no hace sino caminar,

hasta que llegó á la tierra

adonde su tió estae.

Dícele d' esta manera,

y empezóle de hablare :

— Manténgaos Dios, el mi tió.

— Mi sobrino, bien vengáises :

¿ qué buena venida es esta ?

Vos me la queréis contare.

— La venida que yo vengo

triste es y con pesare,

que Galván con grande enojo

mandado me había matare :

mas lo que os ruego, mi tió,

y lo que os vengo á rogare,

vamos á vengar la muerte

de vuestro hermano, mi padre.

Matáronlo á traición

por casar con la mi madre.

— Sosegáos, el mi sobrino,

vos os queráis sosegare,

que la muerte de mi hermano

bien la iremos á vengare. —

Ellos así se estuvieron

dos años y aun mase,

hasta que dijo Gayferos

y empezara de hablare.

## XV

## Gayferos—II

(Anónimo)

—Vámonos, dijo, mi tío,  
 á París esa ciudade  
 en figura de romeros,  
 no nos conozca Galvane,  
 que si Galván nos conoce  
 mandaría nos matare.  
 Encima ropas de seda  
 vistamos las de sayale,  
 llevemos nuestras espadas  
 por más seguros andare;  
 llevemos sendos bordones  
 por la gente asegurar.—  
 Ya se parten los romeros,  
 ya se parten, ya se vane,  
 de noche por los caminos,  
 de día por los jarales.  
 Andando por sus jornadas  
 á París llegado hane;  
 las puertas hallan cerradas,  
 no hallan por donde entrare.  
 Siete vueltas la rodean  
 por ver si podrán entrare,  
 y al cabo de las ocho  
 un postigo van á hallare.  
 Ellos que se vieron dentro  
 empiezan á demandare;  
 no preguntan por mesón,  
 ni menos por hospitale,  
 preguntan por los palacios  
 donde la condesa estae,

y á las puertas del palacio  
 allí van á demandare.  
 Vieron estar la condesa,  
 y empezaron de hablare:  
 —Dios te salve, la condesa.  
 —Los romeros, bien vengades.  
 —Mandedes nos dar limosna  
 por honor de caridade.  
 —Con Dios vades, los romeros,  
 que no os puedo nada dare,  
 qu'el conde me había mandado  
 á romeros no albergare.  
 —Dadnos limosna, señora,  
 qu'el conde no lo sabrae;  
 así la dén á Gayferos  
 en la tierra donde estae.—  
 Así como oyó Gayferos  
 comenzó de sospirare:  
 mandábales dar del vino,  
 mandábales dar del pané.  
 Ellos en aquesto estando  
 el conde llegado hae:  
 —¿Qu'es aquesto, la condesa?  
 aquesto ¿qué puede estare?  
 ¿No os tenía yo mandado  
 á romeros no albergare?—  
 Dijo y alzara su mano,  
 puñada le fuera á dare,  
 que sus dientes menudicos  
 en tierra los fuera á echare.  
 Allí hablaran los romeros,  
 y empezáronle de hablare:  
 —¡Por hacer bien la condesa,  
 cierto no merece male!  
 —¡Callede vos, los romeros,  
 no hayades vuestra parte!—

Alzó Gayferos su espada,  
 un golpe le fué á dare  
 que la cabeza de sus hombros  
 á tierra la fuera á echare:  
 allí habló la condesa  
 llorando con gran pesare:  
 —¿Quién érades, los romeros,  
 que al conde fuistes matare?—  
 Allí respondió el romero,  
 tal respuesta le fué á dare:  
 —Yo soy Gayferos, señora,  
 vuestro hijo naturale.  
 —Aquesto no puede ser,  
 ni era cosa de verdade,  
 qu'el dedo, y el corazón  
 yo los tengo por señale.  
 —El corazón que vos tenéis  
 en persona no fué á estare,  
 el dedo bien es aqueste,  
 aquí lo veréis faltare.—  
 La condesa qu'esto oyera  
 comenzóle de abrazare:  
 la tristeza que tenía  
 en placer se fué á tornare.

## XVI

## Gayferos—III

(Anónimo)

Asentado está Gayferos  
 en el palacio reale;  
 asentado está al tablero  
 para las tablas jugare.

Los dados tiene en la mano,  
 que los quiere arrojare,  
 cuando entró por la sala  
 don Carlos el emperante.  
 De que así jugar lo vido  
 empezóle de mirare;  
 hablándole está hablando  
 palabras de gran pesare:  
 —Si así fuédeses, Gayferos,  
 para las armas tomare,  
 como sois para los dados,  
 y para tablas jugare,  
 vuestra esposa tienen moros,  
 iriadesla á buscare:  
 pésame á mi por ello  
 porque es mi hija carnale.  
 De muchos fué demandada,  
 y á nadie quiso tomare:  
 pues con vos casó por amores,  
 amores la han de sacare;  
 si con otro fuera casada  
 no estuviera en catividade.—  
 Gayferos cuando esto vido,  
 movido de gran pesare  
 levantóse del tablero  
 no queriendo más jugare,  
 y tomáralo en las manos  
 para haberlo de arrojare,  
 si no por quien con él juega,  
 que era hombre de linaje:  
 jugaba con él Guarinos,  
 almirante de la mare.  
 Voces da por el palacio,  
 que al cielo quieren llegare;  
 preguntando va, preguntando  
 por su tío don Roldane.

Halláralo en el patín,  
que quería cabalgare :  
con él era Oliveros  
y Durandarte el galane,  
con él muchos caballeros  
de los de los doce pares :  
Gayferos desde que lo vido  
empezóle de hablare :

—Por Dios os ruego, mi tío,  
por Dios os quiero rogare,  
vuestras armas y caballo  
vos me lo queráis prestare,  
que mi tío el Emperante  
tan mal me quiso tratare,  
diciendo que soy para juego  
y no para armas tomare.  
Bien lo sabéis vos, mi tío,  
bien sabéis vos la verdade,  
que pues busqué á mi esposa  
culpa no me deben dare.  
Tres años anduve triste  
por los montes y los valles  
comiendo la carne cruda,  
bebiendo la roja sangre,  
trayendo los piés descalzos,  
las uñas corriendo sangre.  
Nunca yo hallarla pude  
en cuanto pude buscare :  
ahora sé que está en Sansueña,  
en Sansueña, esa ciudade.  
Sabéis que estoy sin caballo,  
sin armas otro que tale,  
que las tiene Montesinos,  
que es ido á festejare  
allá á los reinos de Hungría  
para torneos armare,

y yo sin caballo y armas  
mal la podré libertare ;  
por esto os ruego, mi tío,  
las vuestras me queráis dare. —  
Don Roldán de qu' esto oyó  
tal respuesta le fué á dare :  
—Callad, sobrino Gayferos,  
no querades hablar tale ;  
siete años vuestra esposa  
há que está en captividade ;  
siempre os he visto con armas  
y caballo otro que tale,  
agora que no las tenéis  
la queréis ir á buscare.  
Sacramento tengo hecho  
allá en San Juan de Letrane  
á ninguno prestar armas,  
no me las hagan cobardes :  
mi caballo está bien vezado,  
no lo querria mal vezare. —  
Gayferos que esto oyó  
la espada fuera á sacare ;  
con una voz muy sañosa  
empezara de hablare :  
—¡ Bien parece, don Roldán,  
siempre me quisiste male !  
Si otro me lo dijera  
mostrara si soy cobarde ;  
mas quien á mí ha injuriado  
no lo váis por mí á vengare ;  
si vos tío no me fuédes  
con vos querria pelear. —  
Los grandes que allí se hallan  
entre los dos puestos se hane  
hablado le ha don Roldán,  
empezóle de hablare :

—¡ Bien parece, don Gayferos,  
 que sois de muy poca edade!  
 Bien oístes un ejemplo,  
 que conocéis ser verdade,  
 que aquel que bien os quiere  
 ese os quiere castigare.  
 Si fuérades mal caballero  
 no os dijera yo esto tale;  
 mas porque sé que sois bueno,  
 por eso os quise así hablare,  
 que mis armas y caballo  
 á vos no se han de negare,  
 y si queréis compañía  
 yo os querría acompañare.  
 —Mercedes, dijo Gayferos,  
 de la buena voluntade;  
 solo me quiero ir, solo,  
 para haberla de sacare:  
 nunca me dirá ninguno  
 que me vido ser cobarde.—  
 Luégo mandó don Roldán  
 sus armas aparejare;  
 él encubierta el caballo  
 por mejor lo encubertare;  
 él mesmo pone las armas  
 y le ayudaba á armare.  
 Luégo cabalgó Gayferos  
 con enojo y con pesare.  
 Pésale á don Roldán,  
 también á los doce pares,  
 y más al emperador  
 de que solo le vió andare;  
 y desde ya se salía  
 del gran palacio reale,  
 con una voz amorosa  
 llamáralo don Roldane:

—Esperá un poco, sobrino;  
 pues solo queréis andare,  
 dejédemes vuestra espada,  
 la mía queráis tomare,  
 y aunque vengan dos mil moros  
 nunca les volváis la haze:  
 al caballo dadle rienda  
 y haga á su voluntade,  
 que si él ve la suya  
 bien os sabrá ayudare,  
 y si ve demasia  
 d'ella os sabrá sacare.—  
 Ya le daba su espada,  
 y toma la de Roldane;  
 da de espuelas al caballo,  
 sálese de la ciudade.  
 Don Beltrán desde que ir lo vido  
 empezóle de hablare:  
 —Tornad acá, hijo Gayferos,  
 pues que me tenéis por padre,  
 tan solamente que os vea  
 la condesa vuestra madre,  
 tomará con vos consuelo,  
 que tan tristes llantos hace,  
 y daráos caballeros  
 los que hayáis necesidad.  
 —Consoladla vos, mi tío,  
 vos la queráis consolare,  
 acuérdesse que me perdió  
 chiquito y de poca edade;  
 haga cuenta que de entonces  
 no me ha visto jamase,  
 que ya sabéis que en los doce  
 corren malas voluntades,  
 y no dirán vuelvo por ruego,  
 más que vuelvo por cobarde,

que yo no volveré en Francia  
 sin Melisendra tornare.—  
 Don Beltrán de que lo oyera  
 tan enojado hablare,  
 vuelve riendas al caballo  
 y entróse en la ciudade.  
 Gayferos en tierra de moros  
 empieza de caminar; ;  
 jornada de quinze días  
 en ocho la fué á andare.  
 Por las sierras de Sansueña  
 Gayferos mal airado vae;  
 las voces que iba dando  
 al cielo quieren llegare.  
 Maldiciendo iba el vino,  
 maldiciendo iba el pane,  
 el pan que comían los moros,  
 mas no de la cristiandade:  
 maldiciendo iba la dueña  
 que tan solo un hijo pare;  
 si enemigos se lo matan  
 no tiene quien lo vengare:  
 maldiciendo iba al caballero  
 que cabalga sin un paje;  
 si se le cae la espuela  
 no tiene quien se la calce:  
 maldiciendo iba el árbol  
 que solo en el campo nasce,  
 que todas las aves del mundo  
 en él van á quebrantare,  
 que de rama ni de hoja  
 al triste dejan gozare.  
 Dando estas voces y otras  
 á Sansueña fué á llegare.  
 Viernes era en aquel día  
 los moros su fiesta hacen:

el rey iba á la mezquita  
 para la zala rezare,  
 con todos sus caballeros  
 cuantos él pudo llevare.  
 Cuando llegó Gayferos  
 á Sansueña, esa ciudade,  
 miraba si vería alguno  
 á quien poder demandare:  
 vido un cativo cristiano  
 que andaba por los adarves;  
 desque lo vido Gayferos  
 empezóle de hablare:  
 —Dios te salve, el cristiano,  
 y te torne en libertade,  
 nuevas que pedirte quiero  
 no me las quieras negare.  
 ¿Tú que andas con los moros  
 dime si oiste hablare  
 si hay aquí alguna cristiana,  
 que sea de alto linaje?—  
 El cativo que lo oyera  
 empezara de llorare:  
 —¡Tantos tengo de mis duelos,  
 de otros non puedo curare!  
 Que todo el día caballos  
 del rey me hacen pensare,  
 y de noche en honda sima  
 me hacen aquí aprisionare.  
 Bien sé que hay muchas cativas  
 cristianas de gran linaje,  
 especialmente hay una  
 qu'es de Francia naturale:  
 el rey Almanzor la trata  
 como á su hija carnale:  
 sé que muchos reyes moros  
 con ella quieren casare:

por eso idos, caballero,  
 por esa calle adelante,  
 veréislas á las ventanas  
 del gran palacio reale.—  
 Derecho se va á la plaza,  
 á la plaza la más grande.  
 Allí estaban los palacios  
 donde el rey solía estare:  
 alzó los ojos en alto  
 por los palacios mirare,  
 vido estar á Melisendra  
 en una ventana grande  
 con otras damas cristianas,  
 qu'están en captividade.  
 Melisendra que lo vido  
 empezara de llorare,  
 no porque lo conociese  
 en el gesto ni en el traje,  
 mas en verlo con armas blancas  
 acordóse de los pares,  
 acordóse de los palacios  
 del emperador su padre,  
 de justas, galas, torneos,  
 que por ella solían armare.  
 Con voz triste y muy llorosa  
 le empezara de llamare:

—Por Dios os ruego, caballero,  
 queráisos á mí llegare;  
 si sois cristiano ó moro  
 no me lo queráis negare;  
 daros he unas encomiendas,  
 bien pagadas os serane:  
 caballero, si á Francia ides  
 por Gayferos preguntade,  
 decidle que la su esposa  
 se le envía á encomendare,

que ya me parece tiempo  
 que la debía sacare.  
 Si no me deja por miedo  
 de con los moros peleare,  
 debe tener otros amores,  
 de mí no lo dejan acordare:  
 ¡ los ausentes por los presentes  
 ligeros son de olvidare!  
 Aun le diréis, caballero,  
 por darle mayor señale,  
 que sus justas y torneos  
 bien las supimos acae.  
 Y si estas encomiendas  
 no recibe con solace,  
 daréislas á Oliveros,  
 daréislas á don Roldane,  
 daréislas á mi señor  
 el emperador mi padre:  
 diréis como está en Sansueña,  
 en Sansueña esa ciudade;  
 que si presto no me sacan  
 mora me quieren tornare:  
 casarme han con el rey moro  
 que está allende la mare:  
 de siete reyes de moros  
 reina me hacen coronare;  
 según los reyes me acuitan  
 mora me harán tornare;  
 mas amores de Gayferos  
 no los puedo yo olvidare.—  
 Gayferos que esto oyera  
 tal respuesta le fué á dare:  
 —No lloréis vos, mi señora,  
 no queráis asi llorare,  
 porque esas encomiendas  
 vos mesma las podéis dare,

que á mí allá dentro en Francia  
 Gayferos suelen nombrare.  
 Soy el infante Gayferos  
 señor de París la grande,  
 primo hermano de Oliveros,  
 sobrino de don Roldane,  
 amores de Melisendra  
 son los que acá me traen.—  
 Melisendra qu'esto vido  
 conociólo en el hablare,  
 tiróse de la ventana,  
 la escalera fué á tomare,  
 salióse para la plaza  
 donde lo vido estare.  
 Gayferos cuando la vido  
 presto la fué á tomare;  
 abrázala con sus brazos  
 para haberla de besare.  
 Allí estaba un perro moro  
 por los cristianos guardare;  
 las voces daba tan altas  
 que al cielo quieren llegare.  
 Al alarido del moro  
 la ciudad mandan cerrare;  
 siete veces la rodean,  
 no hallan por do escapare.  
 Presto sale el rey Almanzor  
 de la mezquita rezare:  
 veréis tocar la trompeta  
 aprieta y no de vagare,  
 veréis armar caballeros  
 y en caballos cabalgare,  
 tantos se arman de los moros  
 que gran cosa es de mirare.  
 Melisendra que lo vido  
 en una priesa tan grande,

con una voz delicada  
 le empezara de hablare:  
 —Esforzado don Gayferos  
 no querades desmayare,  
 que los buenos caballeros  
 son para necesidad:  
 ¡si d'esta escapáis, Gayferos,  
 harto tenéis que contare!  
 ¡Ya quisiera Dios del cielo  
 y Santa María su madre  
 fuese tal vuestro caballo  
 como el de don Roldane!  
 Muchas veces le oí decir  
 en el palacio imperiale,  
 que si se hallaba cercado  
 de moros en algún lugare,  
 al caballo aprieta la cincha,  
 y aflojábale el pretale,  
 hincábale las espuelas  
 sin ninguna piedade:  
 el caballo es esforzado,  
 de otra parte va á saltare.—  
 Gayferos de qu'esto oyó  
 presto se fuera á apeare;  
 al caballo aprieta la cincha,  
 y aflojábale el pretale;  
 sin poner pié en el estribo  
 encima fué á cabalgare,  
 y Melisendra á las ancas,  
 que presto las fué tomare.  
 El cuerpo le da y cintura  
 porque lo pueda abrazare  
 al caballo hinca la espuela  
 sin ninguna piedade.  
 Corriendo venían los moros  
 aprieta y no de vagare;



las grandes voces que daban  
 al caballo hacen saltare.  
 Cuando fueron cerca los moros  
 la rienda le fué á largare ;  
 el caballo era ligero,  
 púsolo de la otra parte.  
 El rey moro qu'esto vido  
 mandó abrir la ciudade ;  
 siete batallas de moros  
 todos de zaga le vane.  
 Volviéndose iba Gayferos,  
 no cesaba de mirare ;  
 de que vido que los moros  
 le empezaban de cercare,  
 volviöse á Melisendra,  
 empezóle de hablare :  
 —No os enojéis, mi señora,  
 seráos fuerza aquí apeare,  
 y en esta grande espesura  
 podéis, señora, aguardare,  
 que los moros son tan cerca,  
 de fuerza nos han de alcanzare,  
 vos, señora, no traéis armas  
 para haber de pelear ;  
 yo, pues que las traigo buenas,  
 quiérolas ejercitare. —  
 Apeóse Melisendra  
 no cesando de rezare,  
 las rodillas puso en tierra,  
 las manos fué á levantare,  
 los ojos puestos al cielo  
 no cesando de rezare :  
 sin que Gayferos volviese  
 el caballo fué á aguijare.  
 Cuando huía de los moros  
 parece no puede andare,

y cuando iba hacia ellos  
 iba con furor tan grande,  
 que del rigor que llevaba  
 la tierra hacia temblare.  
 Donde vido la morisma  
 entre ellos fuera á entrare :  
 si bien pelea Gayferos,  
 el caballo mucho mase.  
 Tantos mata de los moros  
 que no hay cuento ni pare ;  
 de la sangre que salía  
 el campo cubierto se hae.  
 El rey Almanzor qu'esto vido  
 empezara de hablare :  
 —¡Oh válasme tú, Alá!  
 ¿Esto qué podía estare ?  
 ¡Que tal fuerza de caballero  
 en pocos se puede hallare!  
 Debe ser el encantado  
 ese paladín Roldane,  
 ó debe ser el esforzado  
 Renaldos de Montalvane,  
 ó es Urgel de la Marcha  
 esforzado y singulare ;  
 no hay ninguno de los doce  
 que bastase hacer lo tale.  
 Gayferos que esto oyó  
 tal respuesta le fué á dare :  
 —Calles, calles, el rey moro,  
 calles, y no digas tale,  
 muchos otros hay en Francia,  
 que tanto como estos valen ;  
 yo no soy ninguno d'ellos,  
 mas yo me quiero nombrare :  
 soy el infante Gayferos,  
 señor de Paris la grande,

primo hermano de Oliveros,  
 sobrino de don Roldane.—  
 El rey Almanzor que lo oyera  
 con tal esfuerzo hablare,  
 con los más moros que pudo  
 se entrara en la ciudade.  
 Solo quedaba Gayferos,  
 no halló con quien pelear;  
 volvió riendas al caballo  
 por Melisendra buscare:  
 Melisendra que lo vido  
 á recibir se lo sale;  
 vídole las armas blancas,  
 tintas en color de sangre.  
 Con voz muy triste y llorosa  
 le empezó de preguntare:  
 —Por Dios os ruego, Gayferos,  
 por Dios os quiero rogare,  
 si traéis alguna herida  
 querásmela vos mostrare,  
 que los moros eran tantos  
 quizá os habrán hecho male.  
 Con las mangas de mi camisa  
 os la quiero yo apretare,  
 y con la mi rica toea  
 yo os las entiendo sanare.  
 —Callede, dijo Gayferos,  
 infanta, no digáis tale,  
 por más que fueran los moros  
 no me podían hacer male,  
 qu'estas armas y caballo  
 son de mi tío don Roldane;  
 caballero que las trujere  
 no podía peligrare.  
 Cabalgad presto, señora,  
 que no es tiempo de aquí estare;

antes que los moros tornen  
 los puertos hemos pasare.—  
 Ya cabalga Melisendra  
 en un caballo alazane;  
 razonando van de amores,  
 de amores, que no de al;  
 ni de los moros han miedo  
 ni d'ellos nada se dane:  
 con el placer de ambos juntos  
 no cesan de caminar,  
 de noche por los caminos,  
 de día por los jarales,  
 comiendo las yerbas verdes  
 y agua si pueden hallare,  
 hasta que entraron en Francia  
 y en tierra de cristiandade:  
 si hasta allí alegres fueron,  
 mucho más de allí adelante.  
 Á la entrada de un monte,  
 y á la salida de un valle,  
 caballero de armas blancas  
 de lejos vieron asomare:  
 Gayferos desque lo vido  
 la sangre vuelto se le hae,  
 diciendo á su señora:  
 —¡Esto es más de recelare,  
 que aquel caballero que asoma  
 gran esfuerzo es el que trae!  
 Que sea cristiano ó moro,  
 fuerza será pelear:  
 apeaos vos, mi señora,  
 y vení de mí á la pare.—  
 De la mano le traía  
 no cesando de llorare.  
 Lleganse los caballeros,  
 comienzan aparejare

las lanzas y los escudos  
 en són de bien pelear.  
 Los caballos ya de cerca  
 comienzan de relinchare;  
 mas conoció Gayferos  
 y empezara de hablare:  
 — Perded cuidado, señora,  
 y tornad á cabalgare,  
 que el caballo que allí viene  
 mío es en verdade;  
 yo le dí mucha cebada  
 y más le entiendo de dare;  
 las armas según que veo  
 mías son otro que tale,  
 y aun aquel es Montesinos  
 que á mí me viene á buscare,  
 que cuando yo me parti  
 no estaba en la ciudade.—  
 Plugo mucho á Melisendra  
 que aquello fuese verdade.  
 Ya que se van acercando  
 cuasi juntos á la pare,  
 con voz alta y crecida  
 empiézanse de interrogare.  
 Conóscense los dos primos  
 entonces en el hablare;  
 apeáronse á gran priesa,  
 muy grandes fiestas se hacen.  
 De que hubieron hablado  
 tornaron á cabalgare:  
 razonando van de amores,  
 de otro no quieren hablare.  
 Andando por sus jornadas  
 en tierra de cristiandade,  
 cuantos caballeros hallan  
 todos los van compañare,

y dueñas á Melisendra,  
 doncellas otro que tale.  
 Al cabo de pocos dias  
 á París van á llegare:  
 siete leguas de la ciudad  
 el emperador les sale;  
 con él sale Oliveros,  
 con él sale don Roldane,  
 con él el infante Guarinos,  
 almirante de la mare,  
 con él sale don Bermúdez  
 y el buen viejo don Beltrane,  
 con él muchos de los doce  
 que á su mesa comen pane,  
 y con él iba doña Alda,  
 la esposa de Roldane;  
 con él iba Julianesa,  
 la hija del rey Juliane;  
 dueñas, damas y doncellas  
 las más altas de linaje.  
 El emperador abraza su hija  
 no cesando de llorare;  
 palabras que le decía  
 dolor eran de escuchare.  
 Los doce á don Gayferos  
 gran acatamiento le hacen  
 tiénenlo por esforzado  
 mucho más de allí adelante,  
 pues que sacó á su esposa  
 de muy gran captividade:  
 las fiestas que le hacian  
 no tienen cuento ni pare.

## XVII

## El nacimiento de Montesinos—1

(Anónimo)

Muchas veces oí decir  
y á los antiguos contar,  
que ninguno por riqueza  
no se debe de ensalzar,  
ni por pobreza que tenga  
se debe menospreciar.  
Miren bien, tomando ejemplo,  
dó buenos suelen mirar,  
cómo el conde, á quien Grimaltos  
en Francia suelen llamar,  
llegó en las cortes del Rey  
pequeño y de poca edad.  
Fué luego paje del Rey  
del más secreto lugar;  
porque él era muy discreto,  
y de él se podía fiar:  
y después de algunos tiempos,  
cuando más entró en edad,  
le mandó ser camarero  
y secretario real:  
y después le dió un condado,  
por mayor honra le dar;  
y por darle mayor honra  
y estado en Francia sin par  
lo hizo gobernador,  
que el reino pueda mandar.  
Por su virtud y nobleza,  
y grande esfuerzo sin par  
le quiso tomar por hijo,

y con su hija le casar.  
Celebráronse las fiestas  
con placer y sin pesar.  
Ya después de algunos días  
de sus honras y holgar,  
el Rey le mandó al conde  
que le fuese á gobernar  
y poner cobro en las tierras  
que le fuera á encomendar.  
Pláceme, dijera el conde,  
pues no se puede excusar.  
Ya se ordena la partida,  
y el Rey manda aparejar  
sus caballeros y damas  
para haber de acompañar.  
Ya se partía el buen conde  
con la condesa á la par,  
y caballeros y damas  
que no le quieren dejar.  
Por la gran virtud del conde  
no se pueden apartar:  
de Paris hasta León  
le fueron á acompañar.  
Vuélvense para Paris  
después de placer tomar:  
las nuevas que dan al Rey  
es descanso de escuchar,  
de cómo rige á León  
y le tiene á su mandar,  
y el estado de su Alteza  
como lo hacía acatar.  
De tales nuevas el Rey  
gran placer fuera á tomar.  
No prosigo más del Rey,  
sino que lo dejo estar.  
Tornemos á Don Grimaltos

cómo empieza á gobernar,  
 bien querido de los grandes,  
 sin la justicia negar,  
 trata á todos de tal suerte,  
 que á ninguno da pesar.  
 Cinco años él estuvo  
 sin al buen Rey ir á hablar,  
 ni del conde á él ir quejas,  
 ni de sentencia apelar;  
 mas fortuna que es mudable,  
 y no puede sosegar,  
 quiso serle tan contraria  
 por su estado le quitar.  
 Fué el caso que Don Tomillas  
 quiso en traición tocar:  
 revolvióle con el Rey  
 por más le escandalizar,  
 diciéndole que su yerno  
 se le quiere rebelar,  
 y que en villas y ciudades  
 sus armas hace pintar,  
 y por señor absoluto  
 él se manda intitular,  
 y en las villas y lugares  
 guarnición quiere dejar.  
 Cuando el Rey aquesto oyera  
 tuvo d'ello gran pesar,  
 pensando en las mercedes  
 que al conde le fuera á dar.  
 ¡ Sólo por buenos servicios  
 le pusiera en tal lugar,  
 y después por galardón  
 tal traición le ordenar!  
 Él ha determinado  
 de hacerle justiciar.  
 Dejemos lo de la corte,

y al conde quiero tornar,  
 que estando con la condesa  
 una noche á bel folgar,  
 adurmióse el buen conde,  
 recordara con pesar;  
 las palabras que decía  
 son de dolor y pesar:  
 —¿ Qué te hice, vil fortuna?  
 ¿ Por qué te quieres mudar  
 y quitarme de mi silla  
 en que el Rey me fué á sentar?  
 ¡ Por falsedad de traidores  
 causarme tanto de mal!  
 Que según yo creo y pienso  
 no lo puede otro causar. —  
 Á las voces que da el conde  
 su mujer fué á despertar;  
 recordó muy espantada  
 de verle así hablar,  
 y hacer lo que no solía,  
 y de condición mudar.  
 —¿ Que habéis, mi señor el conde?  
 ¿ En qué podéis vos pensar?  
 — No pienso en otro, señora,  
 sino en cosa de pesar,  
 porque un triste y mal sueño  
 alterado me hace estar.  
 Aunque en sueños no fíemos,  
 no sé á qué parte lo echar,  
 que parecía muy cierto  
 que ví una águila volar.  
 Siete halcones tras ella  
 mal aquejándola van,  
 y ella por guardarse d'ellos  
 retrújose á mi ciudad;  
 encima de una alta torre

allí se fuera á asentar;  
 por el pico echaba fuego,  
 por las alas alquitrán;  
 el fuego que d'ella sale  
 la ciudad hace quemar:  
 á mí quemaba las barbas,  
 y á vos quemaba el brial.

¡Cierto tal sueño como este  
 no puede ser sino mal!  
 Esta es la causa, condesa,  
 que me sentiste quejar.

—Bien lo merecéis, buen conde,  
 si d'ello os viene algún mal,  
 que bien há los cinco años,  
 que en corte no os ven estar,  
 y sabéis vos bien, el conde,  
 quién allí os quiere mal,  
 que es el traidor de Tomillas  
 que no suele reposar:

yo no lo tengo á mucho  
 que ordene alguna maldad.

Mas, señor, si me creéis,  
 mañana antes de yantar  
 mandad hacer un pregón  
 por toda esa ciudad,  
 que vengan los caballeros  
 que están á vuestro mandar,  
 y por todas vuestras tierras  
 también los mandéis llamar,  
 que para cierta jornada  
 todos se hayan de juntar.

Desde que todos estén juntos  
 decirles heis la verdad,  
 que queréis ir á París  
 para con el Rey hablar,  
 y que se aperciban todos

para en tal caso os honrar.  
 Según d'ellos sois querido,  
 creo no os podrán faltar:  
 iros heis con todos ellos  
 á París, esa ciudad,  
 besaréis la mano al Rey  
 como la soléis besar,  
 y entonces sabréis, señor,  
 lo que él os quiere mandar;  
 que si enojo de vos tiene  
 luego os lo demostrará,  
 y viendo vuestra venida  
 bien se le podrá quitar.

—Pláceme, dijo, señora,  
 vuestro consejo tomar.—

Partese el conde Grimaltos  
 á París, esa ciudad,  
 con todos sus caballeros  
 y otros que él pudo juntar.  
 Desde que fué cerca París  
 bien quince millas y más,  
 mandó parar á su gente,  
 sus tiendas mandó armar,  
 hizo aposentar los suyos  
 cada cual en su lugar.

Luego el Rey dél hubo cartas,  
 respuesta no quiso dar.  
 Cuando el conde aquesto vido  
 en París se fué á entrar;  
 fuérase para el palacio  
 donde el Rey solía estar;  
 saludó á todos los grandes,  
 la mano al Rey fué á besar  
 el Rey de muy enojado  
 nunca se la quiso dar,  
 antes más le amenazaba

por su muy sobrado osar,  
 que habiendo hecho tal traición  
 en París osase entrar;  
 jurando que por su vida  
 se debía maravillar  
 cómo, visto lo presente,  
 no lo hacia degollar;  
 y si no hubiera mirado  
 su hija no deshonrar,  
 que antes que el día pasara  
 lo hiciera justiciar:  
 mas por dar á él castigo,  
 y á otros escarmentar  
 le mandó salir del reino  
 y que en él no pueda estar.  
 Plazo le dan de tres días  
 para del reino vaciar  
 y el destierro es de esta suerte:  
 que gente no ha de llevar,  
 caballeros, ni criados  
 no le hayan de acompañar,  
 ni llevé caballo ó mula  
 en que pueda cabalgar:  
 moneda de plata y oro  
 deje, y aun la de metal.  
 Cuando el conde esto oyera  
 ¡ved cuál podía estar!  
 Con voz alta y rigurosa,  
 cercado de gran pesar,  
 como hombre desesperado  
 tal respuesta le fué á dar:  
 —Por desterrarme tu Alteza  
 consiento en mi desterrar;  
 mas quien de mí tal ha dicho,  
 miente y no dice verdad,  
 que nunca hice traición,

ni pensé en maldad usar;  
 mas si Dios me da la vida  
 yo haré ver la verdad.—  
 Ya se sale de Palacio  
 con doloroso pesar;  
 fuése á casa de Oliveros,  
 y allí halló á Don Roldán.  
 Contábales las palabras  
 que con el Rey fué á pasar;  
 despidiéndose está d'ellos,  
 pues les dijo la verdad,  
 jurando que nunca en Francia  
 lo verían asomar,  
 si no fuese castigado  
 quien tal cosa fué á ordenar.  
 Ya se despedía d'ellos;  
 por París comienza á andar  
 despidiéndose de todos  
 con quién solía conversar.  
 Despidióse de Valdovinos  
 y del romano Fincán,  
 y del gastón Angeleros,  
 y del viejo Don Beltrán,  
 y del duque Don Estolfo,  
 de Malgesí otro que tal,  
 y de aquel solo invencible  
 Reinaldos de Montalván.  
 Ya se despide de todos  
 para su viaje tomar.  
 La condesa fué avisada,  
 no tardó en París entrar:  
 derecha fué para el Rey,  
 sin con el conde hablar,  
 diciendo que de su Alteza  
 se quería maravillar,  
 cómo al buen conde Grimaltos

lo quisiese así tratar ;  
 que sus obras nunca han sido  
 de tan mal galardonar,  
 y que suplica á su Alteza  
 que en ello mande mirar,  
 y si el conde no es culpado  
 que al traidor haga pagar  
 lo que el conde merecía  
 si aquello fuese verdad,  
 y así será castigado  
 quien lo tal fué á ordenar.  
 Cuando el Rey aquesto oyera  
 luégo la mandó callar,  
 diciendo que si más habla  
 como á él la ha de tratar,  
 y que le es muy excusado  
 por el conde le rogar,  
 pues quien por traidores ruega  
 traidor se pueda llamar.  
 La condesa qu' esto oyera,  
 llorando con gran pesar,  
 descendióse del palacio  
 para el conde ir á buscar.  
 Viéndose ya con el conde  
 se llegó á lo abrazar ;  
 lo que el uno y el otro dicen  
 lástima era de escuchar :  
 —¿ Este es el descanso, conde,  
 que me habiades de dar ?  
 ¡ No pensé que mis placeres  
 tan poco habían de durar !  
 Mas en ver que sin razón,  
 por placer nos dan pesar,  
 quiero que cuando vais, conde  
 cuenta d'ello sepáis dar.  
 Yo os demando una merced,

no me la queráis negar,  
 porque cuando nos casamos  
 hartas me habiades de dar.  
 Yo nunca las he habido,  
 aún las tengo de cobrar,  
 ahora es tiempo, buen conde,  
 de haberlas de demandar.  
 —Excusado es, la condesa,  
 eso ahora demandar,  
 porque jamás tuve cosa  
 fuera de vuestro mandar,  
 que cuánto vos demandéis  
 por mi fe de lo otorgar.  
 —Es, señor, que donde fuéredes  
 con vos me hayáis de llevar.  
 —Por la fe que yo os he dado  
 no se os puede negar ;  
 mas de las penas que siento  
 esta es la más principal,  
 porque perderme yo solo  
 este perder es ganar,  
 y en perderos vos, señora,  
 es perder sin más cobrar ;  
 mas pues así lo queréis,  
 no queramos dilatar.  
 ¡ Mucho me pesa, condesa,  
 porque no podáis andar,  
 que siendo niña y preñada  
 podriades peligrar !  
 Mas pues fortuna lo quiere  
 recibidlo sin pesar,  
 que los corazones fuertes  
 se muestran en tal lugar. —  
 Tómanse mano por mano,  
 sálense de la ciudad ;  
 con ellos sale Oliveros,



y ese paladín Roldán,  
 también el Dardín Dardeña,  
 y ese romano Fincán,  
 y ese gastón Angeleros,  
 y el fuerte Meridán:  
 con ellos va Don Reinaldos,  
 y Valdovinos el galán,  
 y ese duque Don Estolfo,  
 y Malgesí otro que tal;  
 las dueñas y las doncellas  
 también con ellos se van:  
 cinco millas de Paris  
 los hubieron de dejar.  
 El conde y condesa solos  
 tristes se habian de quedar:  
 cuando partirse tenían  
 no se podían hablar.  
 Llorá el conde y la condesa,  
 sin nadie les consolar,  
 porque no hay grande ni chico  
 que estuviere sin llorar.  
 ¡Pues las damas y doncellas,  
 que allí hubieron de llegar,  
 hacen llantos tan extraños,  
 que no los oso contar,  
 porque mientras pienso en ellos  
 nunca me puedo alegrar!  
 Mas el conde y la condesa  
 vanse sin nada hablar:  
 los otros caen en tierra  
 con la sobra del pesar:  
 otros crecen más sus lloros  
 viendo cuán tristes se van.  
 Dejo de los caballeros  
 que á Paris quieren tornar;  
 vuelvo al conde y la condesa,

que van con gran soledad  
 por los yermos y asperezas  
 do gente no suele andar.  
 Llegado el tercero día,  
 en un áspero bosque  
 la condesa de cansada  
 triste no podía andar.  
 Rasgáronse sus servillas,  
 no tiene ya que calzar:  
 de la aspereza del monte  
 los piés no podía alzar;  
 do quiera que el pié ponía  
 bien quedaba la señal.  
 Cuando el conde aquesto vido,  
 queriéndola consolar,  
 con gesto muy amoroso  
 la comenzó de hablar:  
 —No desmayedes, condesa,  
 mi bien, queráis esforzar,  
 que aquí está una fresca fuente  
 do el agua muy fría está:  
 reposaremos, condesa,  
 y podremos refrescar.—  
 La condesa que esto oyera  
 algo el paso fué á alargar,  
 y en llegando á la fuente  
 las rodillas fué á hincar.  
 Dió gracias á Dios del cielo,  
 que la trujo en tal lugar,  
 diciendo:—¡Buen agua es esta  
 para quien tuviese pan!  
 Estando en estas razones  
 el parto le fué á tomar,  
 y allí pariera un hijo,  
 que es lástima de mirar  
 la pobreza en que se hallan

sin poderse remediar.  
 El conde cuando vió el hijo  
 comenzóse de esforzár;  
 con el sayo que traía  
 al niño fué á cobijar;  
 también se quitó la capa  
 por á la madre abrigar;  
 la condesa tomó el niño  
 para darle de mamar.  
 El conde estaba pensando  
 qué remedio le buscar,  
 que pan ni vino no tienen,  
 ni cosa con que pasar.  
 La condesa con el parto  
 no se puede levantar;  
 tomóla el conde en los brazos  
 sin ella el niño dejar,  
 súbelos á una alta sierra  
 para más lejos mirar.  
 En unas breñas muy hondas  
 grande humo vió estar,  
 tomó su mujer y hijo,  
 para allá les fué á llevar.  
 Entrando en la espesura  
 luégo al encuentro le sale  
 un virtuoso ermitaño  
 de reverencia muy grande:  
 el ermitaño que los vido  
 comenzóles de hablar:  
 —¡Oh valgame Dios del cielo!  
 ¿Quién aquí os fué á aportar?  
 Porque en tierra tan extraña  
 gente no suele habitar,  
 sino yo que por penitencia  
 hago vida en este valle.—  
 El conde le respondió

con angustia y con pesar:  
 —Por Dios te ruego, ermitaño,  
 que uses de caridad,  
 que después habremos tiempo  
 de cómo vengo, á contar;  
 mas para esta triste dueña  
 dame que la pueda dar,  
 que tres días con sus noches  
 há que no ha comido pan,  
 que allá en esa fuente fria  
 el parto le fué á tomar.—  
 El ermitaño que esto oyera,  
 movido de gran piedad  
 llevóles para la ermita  
 dó él solia habitar.  
 Dióles del pan que tenía,  
 y agua, que vino no hay:  
 recobró algo la condesa  
 de su flaqueza muy grande.  
 Allí le rogó el conde  
 quiera el niño bautizar.  
 —Pláceme, dijo, de grado;  
 ¿mas cómo le llamarán?  
 —Como quisiéredes, padre,  
 el nombre le podréis dar.  
 —Pues nació en ásperos montes  
 Montesinos le dirán.—  
 Pasando y viniendo días,  
 todos vida santa hacen;  
 bien pasaron quince años,  
 que el conde de allí no parte.  
 Mucho trabajó el buen conde  
 en haberle de enseñar  
 á su hijo Montesinos  
 todo el arte militar,  
 la vida de caballero

cómo la había de usar,  
 cómo ha de jugar las armas,  
 y qué honra ha de ganar,  
 cómo vengará el enojo  
 que al padre fueron á dar.  
 Muéstrale en leer y escribir  
 lo que le puede enseñar,  
 muéstrale jugar á tablas,  
 y cebar un gavilán.  
 Á veinte y cuatro de junio,  
 día era de San Juan,  
 padre y hijo paseando  
 de la ermita se van;  
 encima de una alta sierra  
 su suben á razonar.  
 Cuando el conde alto se vido,  
 vido á Paris la ciudad.  
 Tomó al hijo por la mano,  
 comenzóle de hablar,  
 con lágrimas y sollozos  
 no deja de suspirar.

## XVIII•

## Montesinos se vengá de Tomillas—II

(Anónimo)

Cata Francia, Montesinos,  
 cata Paris la ciudad,  
 cata las aguas de Duero,  
 dó van á dar en la mar;  
 cata palacios del Rey,  
 cata los de Don Beltrán,  
 y aquella que ves más alta

y que está en mejor lugar  
 es la casa de Tomillas,  
 mi enemigo mortal.  
 Por su lengua difamada  
 me mandó el Rey desterrar,  
 y he pasado á causa d'esto  
 mucha sed, calor y hambre,  
 trayendo los piés descalzos,  
 las uñas corriendo sangre.  
 Á la triste madre tuya  
 por testigo puedo dar,  
 que te parió en una fuente  
 sin tener en qué te echar.  
 Yo triste quité mi sayo  
 para haber de cobijarte;  
 ella me dijo llorando  
 por te ver tan mal pasar:  
 —Tomes este niño, conde,  
 y lléveslo á cristianar;  
 Llamédesle Montesinos,  
 Montesinos le llamad.—  
 Montesinos que lo oyera  
 los ojos volvió á su padre;  
 las rodillas por el suelo  
 empezóle de rogar  
 le quisiese dar licencia,  
 que en Paris quiere pasar,  
 y tomar sueldo del Rey  
 si se lo quisiere dar,  
 por vengarse de Tomillas,  
 su enemigo mortal;  
 que si sueldo del Rey toma  
 todo se puede vengar.  
 Ya que despedirse quieren  
 á su padre fué á rogar  
 que á la triste de su madre

él la quiera consolar,  
 y de su parte le diga  
 que á Tomillas va buscar.  
 —Pláceme, dijera el conde,  
 hijo, por te contentare. —  
 Ya se parte Montesinos  
 para en París entrare,  
 y en entrando por las puertas  
 luego quiso preguntar  
 por los palacios del Rey  
 que se los quieran mostrar.  
 Los que se lo oían decir  
 dél se empiezan á burlar;  
 viéndolo tan mal vestido  
 piensan que es loco, ó truhán:  
 en fin, muéstranle el palacio,  
 entró en la sala real,  
 halló que comía el Rey,  
 don Tomillas á la par.  
 Mucha gente está en la sala,  
 por él no quieren mirar.  
 Desde hubieron ya comido  
 al jedrez van á jugar  
 solos el Rey y Tomillas  
 sin nadie á ellos hablar,  
 si no fuera Montesino  
 que llegó á los mirar;  
 mas el falso Don Tomillas,  
 en quien nunca hubo verdad,  
 jugara una treta falsa,  
 donde no pudo callar  
 el noble de Montesinos,  
 y publica su maldad.  
 Don Tomillas qu' esto oyera,  
 con muy gran riguridad  
 levantando la su mano

un bofetón le fué á dar.  
 Montesinos con el brazo  
 el golpe le fué á tomar,  
 y echando mano al tablero  
 á Don Tomillas fué á dar  
 un tal golpe en la cabeza,  
 que le hubo de matar.  
 Murió el perverso dañado,  
 sin valerle su maldad.  
 Alborótanse los grandes  
 cuantos en la sala están:  
 prendieron á Montesinos  
 y queríanlo matar,  
 sino qu' el Rey mandó á todos  
 que no le hiciesen mal,  
 porque él quería saber  
 quién le dió tan grande osar;  
 que no sin algún misterio  
 él no osaría tal obrar.  
 Cuando el Rey le interrogara,  
 él dijera la verdad.  
 —Sepa tu real Alteza  
 soy tu nieto natural;  
 hijo soy de vuestra hija,  
 la que hicisteis desterrar  
 con el conde Don Grimaltos,  
 vuestro servidor leal,  
 y por falsa acusación  
 le quisiste maltratar:  
 mas agora vuestra Alteza  
 puédese d' ello informar;  
 qu' el falso de Don Tomillas  
 sepan si dijo verdad,  
 y si pena yo merezco,  
 buen Rey, mándamela dar,  
 y también si no la tengo

mandédesme de soltar,  
y al buen conde y la condesa  
los mandéis ir á buscar,  
y los tornéis á sus tierras  
como solian estar. —

Cuando el Rey aquesto oyera  
no quiso más escuchar.

Aunque veía ser su nieto,  
quiso saber la verdad,  
y supo que Don Tomillas  
ordenó aquella maldad  
por envidia que les tuvo  
al ver su prosperidad.

Cuando el Rey la verdad supo  
al buen conde hizo llamar:  
gente de á pié y de á caballo  
iban por le acompañar,  
y damas por la condesa  
como solía llevar.

Llegado junto á París  
dentro no quería entrar,  
porque cuando dél salieron  
los dos fueron á jurar  
que las puertas de París  
nunca las vieran pasar.

Cuando el Rey aquello supo  
luégo mandó derribar  
un pedazo de la cerca  
por dó pudiesen pasar  
sin quebrar el juramento  
qu'ellos fueron á jurar:  
llévanlos á los palacios  
con mucha solemnidad,  
y hácenlos muy ricas fiestas  
cuantos en la corte están.  
Caballeros, dueñas, damas

les vienen á visitar,  
y el Rey delante de todos  
por mayor honra les dar,  
les dijo que había sabido  
cómo era todo maldad,  
lo que dijo Don Tomillas  
cuando lo hizo desterrar;  
y porque sea más creído  
allí les tornó á firmar  
todo lo que antes tenían,  
y el gobierno general,  
y que después de sus días  
el reino haya de heredar  
el noble de Montesinos,  
y así lo mandó firmar.

## XIX

Durandarte moribundo recomienda á Montesinos  
que lleve su corazón á Belerma

(Anónimo)

¡Oh Belerma! ¡oh Belerma!  
Por mi mal fuiste engendada,  
que siete años te servi  
sin de ti alcanzar nada;  
agora que me querías  
muero yo en esta batalla.  
No me pesa de mi muerte  
aunque temprano me llama;  
más pésame que de verte  
y de servirte dejaba.  
¡Oh mi primo Montesinos!  
Lo que agora yo os rogaba,

que cuando yo fuere muerto  
y mi ánima arrancada,  
vos llevéis mi corazón  
adonde Belerma estaba.  
y servidla de mi parte,  
como de vos yo esperaba,  
y traedle mi memoria  
dos veces cada semana;  
y diréisle que se acuerde  
cuán cara que me costaba;  
y dadle todas mis tierras  
las que yo señoreaba;  
pues que yo á ella pierdo,  
todo el bien con ella vaya.  
¡Montesinos, Montesinos!  
¡Mal me aqueja esta lanzada!  
El brazo traigo cansado,  
y la mano del espada:  
traigo grandes las heridas,  
mucha sangre derramada,  
los extremos tengo fríos,  
y el corazón me desmaya;  
que ojos que nos vieron ir  
nunca nos verán en Francia.  
Abracéisme, Montesinos,  
que ya se me sale el alma.  
De mis ojos ya no veo,  
la lengua tengo turbada;  
á vos doy todos mis cargos,  
en vos yo los traspasaba.  
— El Señor en quien creéis  
él oiga vuestra palabra. —  
Muerto yace Durandarte  
al pié de una alta montaña:  
llorábalo Montesinos,  
que á su muerte se hallara:

quitándole está el almete,  
desciéndole el espada;  
hácele la sepultura  
con una pequeña daga:  
sacábale el corazón,  
como él se lo jurara,  
para llevarlo á Belerma,  
como allí se lo mandara.  
Las palabras que le dice  
de allá le salen del alma:  
— ¡Oh mi primo Durandarte!  
¡Primo mío de mi alma!  
¡Espada nunca vencida!  
¡Esfuerzo dó esfuerzo estaba!  
¡Quien á vos mató, mi primo,  
no sé por qué me dejara!

## XX

## Batalla contra Marsín

(Anónimo)

Domingo era de Ramos,  
la Pasión quieren decir,  
cuando moros y cristianos  
todos entran en la lid.  
Ya desmayan los franceses,  
ya comienzan de huir,  
¡oh cuán bien los esforzaba  
ese Roldán paladín!  
— ¡Vuelta, vuelta, los franceses,  
con corazón, á la lid!  
¡Más vale morir por buenos,  
que deshonorados vivir! —  
Ya volvían los franceses

con corazón á la lid;  
 á los encuentros primeros  
 mataron sesenta mil.  
 Por las sierras de Altamira  
 hnyendo va el rey Marsin,  
 caballero en una cebra,  
 no por mengua de rocin.  
 La sangre que dél corria  
 las yerbas hace teñir;  
 las voces que iba dando  
 al cielo quieren subir.  
 —¡Reniego de ti, Mahoma,  
 y de cuánto hice por ti!  
 Hicete cuerpo de plata,  
 piés y manos de un marfil;  
 hicete casa de Meca  
 donde adorasen en ti,  
 y por más te honrar, Mahoma,  
 cabeza de oro te fiz.  
 Sesenta mil caballeros  
 á ti te los ofrecí;  
 mi mujer la reina mora  
 te ofreció otros treinta mil.

## XXI

## Muerte de D. Beltrán en Roncesvalles

(Anónimo)

En los campos de Alventosa  
 mataron á don Beltrán,  
 nunca lo echaron menos  
 hasta los puertos pasar.  
 Siete veces echan suertes  
 quién lo volverá á buscar;

todas siete le cupieron  
 al buen viejo de su padre;  
 las tres fueron por malicia,  
 y las cuatro con maldad.  
 Vuelve riendas al caballo,  
 y vuélveselo á buscar  
 de noche por el camino,  
 de día por el jaral.  
 Por la matanza va el viejo,  
 por la matanza adelante;  
 los brazos lleva cansados  
 de los muertos rodear:  
 no hallaba al que buscaba,  
 ni menos la su señal;  
 vido todos los franceses  
 y no vido á don Beltrán.  
 Maldiciendo iba el vino,  
 maldiciendo iba el pan,  
 el que comían los moros,  
 que no el de la cristiandad:  
 maldiciendo iba el árbol  
 que solo en el campo nasce,  
 que todas las aves del cielo  
 allí se vienen á asentar,  
 que de rama ni de hoja  
 no le dejaban gozar:  
 maldiciendo iba el caballero,  
 que cabalgaba sin paje;  
 si se le cae la lanza  
 no tiene quien se la alce,  
 y si se le cae la espuela  
 no tiene quien se la calce:  
 maldiciendo iba la mujer  
 que tan solo un hijo pare;  
 si enemigos se lo matan  
 no tiene quién lo vengar.

Á la entrada de un puerto,  
 saliendo de un arenal,  
 vido en esto estar un moro  
 que velaba en un adarve:  
 hablóle en algarabía,  
 como aquel que bien la sabe:  
 —Por Dios te ruego, el moro,  
 me digas una verdad:  
 caballero de armas blancas  
 si lo viste acá pasar,  
 y si tú lo tienes preso,  
 á oro lo pesarán,  
 y si tú lo tienes muerto,  
 désmelo para enterrar,  
 pues que el cuerpo sin el alma  
 solo un dinero no vale.  
 —Ese caballero, amigo,  
 dime tú qué señas trae.  
 —Blancas armas son las tuyas,  
 y el caballo es alazán,  
 en el carrillo derecho  
 él tenía una señal,  
 que siendo niño pequeño  
 se la hizo un gavilán.  
 —Este caballero, amigo,  
 muerto está en aquel pradal;  
 las piernas tiene en el agua,  
 y el cuerpo en el arenal:  
 siete lanzadas tenía  
 desde el hombro al calcañal,  
 y otras tantas su caballo  
 desde la cincha al pretal.  
 No le des culpa al caballo,  
 que no se la puedes dar;  
 siete veces lo sacó  
 sin herida y sin señal,

y otras tantas lo volvió  
 con gana de pelear.

## XXII

## Doña Alda llora la muerte de Roldán

(Anónimo)

En París está doña Alda,  
 la esposa de don Roldán,  
 trescientas damas con ella  
 para la acompañar:  
 todas visten un vestido,  
 todas calzan un calzar,  
 todas comen á una mesa,  
 todas comían de un pan,  
 si no era sola doña Alda,  
 que era la mayoral.  
 Las ciento hilaban oro,  
 las ciento tejen cendal,  
 las ciento instrumentos tañen  
 para doña Alda holgar.  
 Al són de los instrumentos  
 doña Alda adormido se ha:  
 ensoñado había un sueño,  
 un sueño de gran pesar.  
 Recordó despavorida  
 y con un pavor muy grande,  
 los gritos daba tan grandes,  
 que se oían en la ciudad.  
 Allí hablaron sus doncellas,  
 bien oiréis lo que dirán:  
 —¿Qué es aquesto, mi señora?  
 ¿Quién es el que os hizo mal?  
 —Un sueño soñé, doncellas,



que me ha dado gran pesar;  
 que me vea en un monte  
 en un desierto lugar:  
 bajo los montes muy altos  
 un azor vide volar,  
 tras dél viene una aguililla  
 que lo afincaba muy mal.  
 El azor con grande cuita  
 metióse so mi brial;  
 el aguililla con grande ira  
 de allí lo iba á sacar;  
 con las uñas lo despluma  
 con el pico lo deshace.—  
 Allí habló su camarera,  
 bien oiréis lo que dirá:  
 —Aquese sueño, señora,  
 bien os lo entiendo soltar:  
 el azor es vuestro esposo,  
 que viene de allende el mar;  
 el águila sedes vos,  
 con la cual ha de casar,  
 y aquel monte es la iglesia  
 donde os han de velar.  
 —Si así es, mi camarera,  
 bien te lo entiendo pagar.—  
 Otro día de mañana  
 cartas de fuera le traen;  
 tintas venian de dentro,  
 de fuera escritas con sangre,  
 que su Roldán era muerto  
 en la caza de Roncesvalles.

## XXIII

## El almirante Guarinos

(Anónimo)

¡Mala la visteis, franceses,  
 la caza de Roncesvalles!  
 Don Carlos perdió la honra,  
 murieron los doce Pares,  
 cativaron á Guarinos  
 almirante de las mares:  
 los siete reyes de moros  
 fueron en su cativare.  
 Siete veces echan suertes  
 cual d'ellos lo ha de llevar;  
 todas siete le cupieron  
 á Marlotes el infante.  
 Más lo preciara Marlotes  
 que Arabia con su ciudade.  
 Dícele d'esta manera,  
 y empezóle de hablare:  
 —Por Alá te ruego, Guarinos,  
 moro te quieras tornar;  
 de los bienes d'este mundo  
 yo te quiero dar asaz.  
 De dos hijas que yo tengo  
 yo te las quería dare,  
 la una para el vestir,  
 para vestir y calzare  
 la otra para tu mujer,  
 tu mujer la naturale.  
 Darte he en arras y dote  
 Arabia con su ciudade;  
 si más quisieres, Guarinos,  
 mucho más te quiero dare.—

Allí fablara Guarinos,  
 bien oiréis lo que dirá:  
 —¡No lo mande Dios del cielo  
 ni Santa María su madre,  
 que deje la fe de Cristo  
 por la de Mahoma tomar,  
 que esposaica tengo en Francia,  
 con ella entiendo casar!—  
 Marlotos con gran enojo  
 en cárceles lo manda echar  
 con esposas á las manos  
 porque pierda el pelear;  
 el agua hasta la cinta  
 porque pierda el cabalgar;  
 siete quintales de fierro  
 desde el hombro al calcañar.  
 En tres fiestas que hay en el año  
 le mandaba justiciar;  
 la una Pascua de Mayo,  
 la otra por Navidad,  
 la otra Pascua de Flores,  
 esta fiesta general.  
 Vanse días, vienen días,  
 venido era el de Sant Juan,  
 donde cristianos y moros  
 hacen gran solemnidad.  
 Los cristianos echan juncia,  
 y los moros arrayán;  
 los judíos echan neas  
 por la fiesta más honrar.  
 Marlotos con alegría  
 un tablado mandó armar,  
 ni más chico ni más grande,  
 que al cielo quiere llegar.  
 Los moros con alegría  
 empiezan de le tirar:

tira el uno, tira el otro,  
 no llegan á la mitad.  
 Marlotos con enconia  
 un pregón mandara dar,  
 que los chicos no mamasen,  
 ni los grandes coman pan,  
 hasta que aquel tablado  
 en tierra haya de estar.  
 Oyó el estruendo Guarinos  
 en las cárceles do está:  
 —¡Oh válasme Dios del cielo  
 y Santa María su Madre!  
 Ó casan hija del rey,  
 ó la quieren desposar,  
 ó era venido el día  
 que me quieren justiciar.—  
 Oídolo ha el carcelero  
 que cerca se fué á hallar:  
 —No casan hija de rey,  
 ni la quieren desposar,  
 ni es venida la Pascua  
 que te suelen azotar;  
 mas era venido un día,  
 el cual llaman de Sant Juan,  
 cuando los que están contentos  
 con placer comen su pan.  
 Marlotos de gran placer  
 un tablado mandó armar;  
 el altura que tenía  
 al cielo quiere llegar.  
 Hanle tirado los moros,  
 no le pueden derribar;  
 Marlotos de enojado  
 un pregón mandara dar,  
 que ninguno no comiese  
 hasta habello derribar.—

Allí respondió Guarinos,  
 bien oiréis qué fué á hablar:  
 —Si vos me dáis mi caballo,  
 en que solía cabalgar,  
 y me diédes mis armas,  
 las que yo solía armar,  
 y me diédes mi lanza,  
 la que solía llevar,  
 aquellos tablados altos  
 yo los entiendo derribar,  
 y si no los derribase  
 que me mandasen matar.—  
 El carcelero qu'esto oyera  
 comenzóle de hablar:  
 —¡Siete años había, siete  
 que estás en este lugar,  
 que no siento hombre del mundo  
 que un año pudiese estar,  
 y aun dices que tienes fuerzas  
 para el tablado derribar!  
 Mas espera tú, Guarinos,  
 que yo lo iré á contar  
 á Marlotes el infante  
 por ver lo que me dirá.—  
 Ya se parte el carcelero,  
 ya se parte, ya se va;  
 siendo cerca del tablado  
 á Marlotes hablado ha:  
 —Una nueva vos traía,  
 queráismela escuchar:  
 sabed que aquel prisionero  
 aquesto dicho me ha:  
 que si le diesen su caballo,  
 el que solía cabalgar,  
 y le diesen las sus armas,  
 que él se solía armar,

que aquestos tablados altos  
 él los entiende derribar.—  
 Marlotes de qu'esto oyera  
 de allí lo mandó sacar;  
 por mirar si en caballo  
 el podría cabalgar,  
 mandó buscar su caballo,  
 y mandáraselo dar,  
 que siete años son pasados  
 que andaba llevando cal.  
 Armáronlo de sus armas,  
 que bien mohosas están.  
 Marlotes desde que lo vido,  
 con reir y con burlar  
 dice que vaya al tablado  
 y lo quiera derribar.  
 Guarinos con grande furia  
 un encuentro le fué á dar,  
 que más de la mitad dél  
 en el suelo lo fué á echar.  
 Los moros de qu'esto vieron  
 todos le quieren matar;  
 Guarinos como esforzado  
 comenzó de pelear  
 con los moros, que eran tantos,  
 que el sol querían quitar.  
 Peleara de tal suerte  
 que él se hubo de soltar,  
 y se fuera á la su tierra  
 á Francia la natural:  
 grandes honras le hicieron  
 cuando le vieron llegar.

## XXIV

## Angélica y Medoro

(De D. Luis de Góngora)

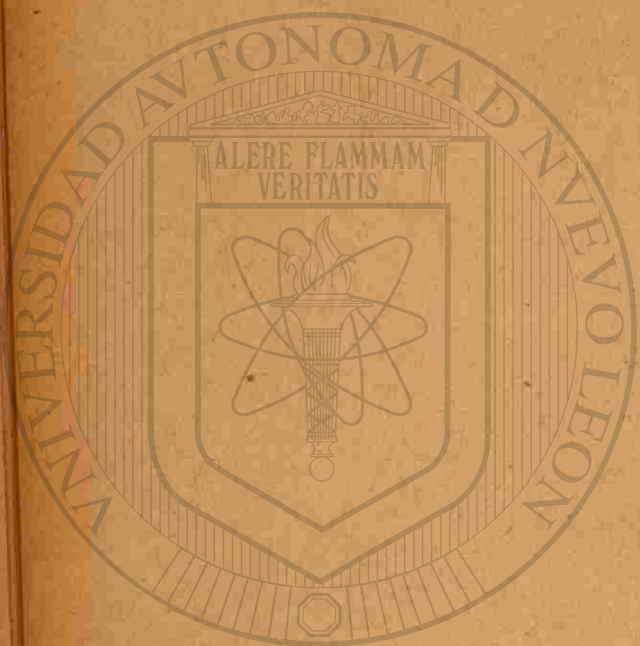
En un pastoral albergue,  
que la guerra entre unos robles  
lo dejó por escondido,  
ó lo perdonó por pobre;  
do la paz viste pellico  
y conduce entre pastores,  
ovejas del monte al llano  
y cabras del llano al monte;  
mal herido, y bien curado  
se alberga un dichoso joven,  
que sin clavarle Amor flechas  
le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,  
los ojos con mucha noche  
le halló en el campo aquella  
vida y muerte de los hombres.  
Del palafren se derriba,  
no porque al moro conoce,  
sino por ver que la yerba,  
tanta sangre paga en flores.  
Limpialé el rostro, y la mano  
siente al Amor que se esconde  
tras las rosas, que la muerte  
va violando sus colores.  
Escondióse tras las rosas,  
porque labren sus arpones  
el diamante de Catay  
con aquella sangre noble.  
Ya le regala los ojos,

ya le entra, sin ver por dónde,  
una piedad mal nacida  
entre dulces escorpiones.  
Ya es herido el pedernal,  
ya despide al primer golpe  
centellas de una piedad  
hija de padres traidores.  
Yerba le aplica á las llagas,  
que si no sanan entonces,  
en virtud de tales manos  
lisonjean los dolores.  
Amor le ofrece su venda,  
mas ella sus velos rompe  
para ligar sus heridas,  
¡los rayos del sol perdonen!  
Los últimos ñudos daba,  
cuando el cielo la socorre  
de un villano, en una yegua  
que iba penetrando el bosque.  
Enfrénanle de la bella  
las tristes piadosas voces,  
que los firmes troncos mueven  
y las sordas piedras oyen;  
y la que mejor se halla  
en las selvas, que en la corte,  
simple bondad, al pío ruego  
cortésmente corresponde.  
Humilde se apea el villano,  
y sobre la yegua pone  
un cuerpo casi sin alma;  
pero con dos corazones.  
Á su cabaña los guía,  
que el sol deja el horizonte,  
y el humo de su cabaña  
les va sirviendo de norte.  
Llegaron temprano á ella,

do una labradora acoge  
 un mal vivo con dos almas,  
 una ciega con dos soles.  
 Blando heno en vez de pluma  
 para lecho les compone,  
 que será tálamo luégo  
 do el garzón sus dichas logre.  
 Las manos pues cuyos dedos  
 d'esta vida fueron dioses  
 restituyen á Medoro  
 salud nueva, fuerzas dobles,  
 y le entregan, cuando menos,  
 su beldad y un reino en dote,  
 segunda envidia de Marte,  
 primera dicha de Adonis.  
 Corona un lascivo enjambre  
 de cupidillos menores  
 la choza, bien como abejas  
 hueco tronco de alcornoque.  
 ¡Qué de ñudos le está dando  
 á un áspid la vida torpe,  
 contando de las palomas  
 los arrullos gemidores!  
 ¡Qué bien la destierra Amor  
 haciendo la cuerda azote,  
 porque el caso no se infame  
 y el lugar no se inficione.  
 Todo es gala el Africano,  
 su vestido espira olores,  
 el lunado arco suspende,  
 y el corvo alfanje depone:  
 tórtolas enamoradas  
 son sus roncós atambores  
 y los volantes de Venus  
 sus bien seguidos pendones.  
 Desnuda el pecho anda ella,

vuela el cabello sin orden,  
 si lo abrocha es con claveles,  
 con jazmines si lo coge.  
 El pié calza en lazos de oro  
 porque la nieve se goce,  
 y no se vaya por piés  
 la hermosura del orbe.  
 Todo sirve á los amantes;  
 plumas les baten veloces  
 airecillos lisonjeros,  
 si no son murmuradores.  
 Los campos les dan alfombras,  
 los árboles pabellones,  
 la apacible fuente sueño,  
 música los ruseñores:  
 los troncos les dan cortezas  
 en que se guarden sus nombres,  
 mejor que en tablas de mármol,  
 ó que en láminas de bronce.  
 No hay verde fresno sin letra  
 ni blanco chopo sin mote;  
 si un valle Angélica suena,  
 otro Angélica responde.  
 Cuevas do el silencio apenas  
 deja que las sombras moren,  
 profanan con sus abrazos  
 á pesar de sus horrores.  
 ¡Choza pues, tálamo y lecho  
 contestes d'estos amores,  
 el cielo os guarde si puede  
 de las locuras del conde!



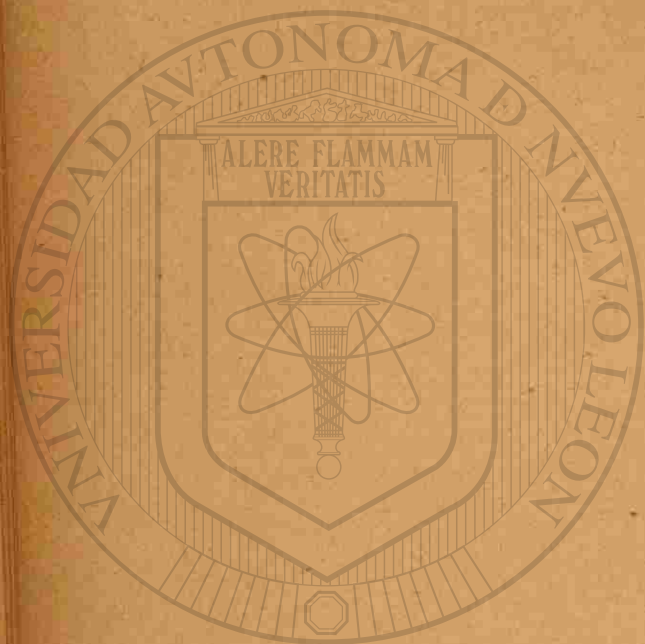
ROMANCES HISTÓRICOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Rodrigo abre la cueva encantada de Toledo

(Anónimo)

Don Rodrigo, rey de España,  
por la su corona honrar,  
un torneo en Toledo  
ha mandado pregonar:  
sesenta mil caballeros  
en él se han ido á juntar.  
Bastecido el gran torneo,  
queriéndole comenzar,  
vino gente de Toledo  
por le haber de suplicar  
que á la antigua casa de Hércules  
quisiese un candado echar,  
como sus antepasados  
lo solían costumbrar.  
El Rey no puso el candado,  
mas todos los fué á quebrar,  
pensando que gran tesoro

Hércules debía dejar.  
Entrando dentro en la casa  
nada otro fuera hallar  
sino letras que decían :  
«Rey has sido por tu mal ;  
»que el rey que esta casa abriere  
»á España tiene quemar.»

Un cofre de gran riqueza  
hallaron dentro un pilar,  
dentro de nuevas banderas  
con figuras de espantar ;  
alárabes de caballo  
sin poderse menear,  
con espadas á los cuellos,  
ballestas de bien tirar.  
Don Rodrigo pavoroso  
no curó de más mirar.  
Vino un águila del cielo,  
la casa fuera quemar.  
Luego envía mucha gente  
para África conquistar :  
veinte y cinco mil caballeros  
dió al conde Don Julián,  
y pasándolos el conde  
corría fortuna en la mar :  
perdió doscientos navíos,  
cien galeras de remar,  
y toda la gente suya,  
sino cuatro mil no más.

## II

## Rodrigo fugitivo y derrotado

(Anónimo)

Las huestes del rey Rodrigo  
desmayaban y huían

cuando en la octava batalla  
sus enemigos vencían.  
Rodrigo deja sus tierras  
y del real se salía :  
solo va el desventurado,  
que no lleva compañía.  
El caballo de cansado,  
ya mudar no se podía :  
camina por donde quiere,  
que no le estorba la vía.  
El Rey va tan desmayado  
que sentido no tenía :  
muerto va de sed y hambre,  
que de velle era mancilla ;  
y va tan tinto de sangre,  
que una brasa parecía.  
Las armas lleva abolladas,  
que eran de sangre perdida ;  
la espada lleva hecha sierra  
de los golpes que tenía ;  
el almete de abollado  
en la cabeza se hundía ;  
la cara llevaba hinchada  
del trabajo que sufría.  
Subióse encima de un cerro  
el más alto que veía :  
desde allí mira su gente  
cómo iba de vencida.  
De allí mira sus banderas,  
y estandartes que tenía,  
cómo están todos pisados  
que la tierra los cubría.  
Mira por los capitanes  
que ninguno parecía ;  
mira el campo tinto en sangre,  
la cual á arroyos corría.



El triste de ver aquesto  
 gran mancilla en sí tenía;  
 llorando de los sus ojos  
 d'esta manera decía:  
 —Ayer era rey de España,  
 hoy no lo soy de una villa;  
 ayer villas y castillos,  
 hoy ninguno poseía;  
 ayer tenía criados  
 y gente que me servía,  
 hoy no tengo una almena  
 que pueda decir que es mía.  
 ¡Desdichada fué la hora,  
 desdichado fué aquel día  
 en que nací y heredé  
 la tan grande señoría,  
 pues lo había de perder  
 todo junto y en un día!  
 ¡Oh muerte! ¿por qué no vienes  
 y llevas esta alma mía  
 de aqueste cuerpo mezquino,  
 pues te se agradecería?

## III

Rodrigo penitente, y su muerte

(Anónimo)

Después que el rey Don Rodrigo  
 á España perdido había,  
 íbase desesperado  
 por donde más le placía.  
 Métese por las montañas  
 las más espesas que vía,  
 porque no le hallen los moros

que en su seguimiento iban.  
 Topado há con un pastor  
 que su ganado traía,  
 dijole:—¿Dime, buen hombre,  
 lo que preguntar quería  
 es si hay por aquí poblado  
 ó alguna casería  
 donde pueda descansar,  
 que gran fatiga traía?—  
 El pastor respondió luégo  
 que en balde la buscaría,  
 porque en todo aquel desierto  
 sólo una ermita había,  
 adonde está un ermitaño,  
 que hacía muy santa vida.  
 El Rey fué alegre de esto  
 por allí acabar su vida.  
 Pidió al hombre que le diese  
 de comer, si algo tenía:  
 el pastor sacó un zurrón,  
 que siempre en él pan traía;  
 dióle dél, y de un tasajo  
 que acaso allí echado había.  
 El pan era muy moreno,  
 al Rey muy mal le sabía;  
 las lágrimas se le salen,  
 detener no las podía  
 acordándose en su tiempo  
 los manjares que comía.  
 Después que hubo descansado  
 por la ermita le pedía,  
 el pastor le enseñó luégo  
 por donde no erraría.  
 El Rey le dió una cadena,  
 y un anillo que traía:  
 joyas son de gran valor

que el Rey en mucho tenía.  
 Comenzando á caminar,  
 cuando el sol se retraía,  
 á la ermita es ya llegado  
 que el pastor dicho le había.  
 El dando gracias á Dios  
 luégo á rezar se metía ;  
 después que hubo rezado  
 para el ermitaño se iba:  
 hombre es de autoridad.  
 que bien se le parecía.  
 Preguntóle el ermitaño  
 cómo allí fué su venida;  
 el Rey, los ojos llorosos,  
 aquesto le respondía:  
 —El desdichado Rodrigo  
 yo soy, que rey ser solía:  
 vengo á hacer penitencia  
 contigo en tu compañía;  
 no recibas pesadumbre,  
 por Dios y Santa María.—  
 El ermitaño se espanta,  
 por consolallo decía:  
 —Vos cierto habéis elegido  
 camino cual convenia  
 para vuestra salvación,  
 que Dios os perdonaría.—  
 El ermitaño á Dios ruega  
 por si le revelaría  
 la penitencia que diese  
 al Rey, que le convenia.  
 Fuéle luégo revelado,  
 de parte de Dios, un día,  
 que le meta en una tumba  
 con una culebra viva,  
 y esto tome en penitencia

por el mal que hecho había.  
 El ermitaño al Rey  
 muy alegre se volvía:  
 contóselo todo al Rey  
 como pasado le había.  
 El Rey d'esto muy gozoso  
 luégo en obra lo ponía.  
 Métese como Dios manda  
 para allí acabar su vida,  
 y el ermitaño muy santo  
 mírale al tercero día.  
 Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?  
 ¿Vaos bien con la compañía?  
 —Hasta ahora no me ha tocado  
 porque Dios no lo quería:  
 ruega por mi, el ermitaño,  
 porque acabe bien mi vida.—  
 El ermitaño lloraba,  
 gran compasión le tenía:  
 comenzóle á consolar  
 y esforzar cuánto podía.  
 Después vuelve el ermitaño  
 á ver si ya muerto había:  
 halla que estaba rezando  
 y que gemía y plañía.  
 Preguntóle cómo estaba:  
 —Dios es en ayuda mía,  
 respondió el buen rey Rodrigo:  
 la culebra me comía;  
 cómeme ya por la parte  
 que todo lo merecía,  
 por donde fué el principio  
 de la mi muy gran desdicha.—  
 El ermitaño lo esfuerza,  
 el buen Rey allí moría:  
 aquí acabó el rey Rodrigo,  
 al cielo derecho se iba.

## IV

Negando serlo, reta Bernardo á los que le  
decían bastardo

(Anónimo)

Por las riberas de Arlanza  
Bernardo del Carpio cabalga  
con un caballo morcillo  
enjaezado de grana,  
gruesa lanza en la mano,  
armado de todas armas.

Toda la gente de Burgos  
le mira como espantada,  
porque no se suele armar  
sino á cosa señalada.

También lo miraba el rey,  
que fuera vuela una garza:  
diciendo estaba á los suyos:

—Esta es una buena lanza:  
si no es Bernardo del Carpio,  
este es Muza el de Granada.—

Ellos estando en aquesto,  
Bernardo que allí llegaba,  
ya sósegado el caballo  
no quiso dejar la lanza;  
mas puesta encima del hombro  
al rey d'esta suerte hablaba.

—Bastardo me llaman, rey,  
siendo hijo de tu hermana,  
y del noble Sancho Díaz;  
ese conde de Saldaña:  
dicen que ha sido traidor,  
y mala mujer tu hermana.

Tú y los tuyos lo habéis dicho,  
que otro ninguno no osara:  
mas quien quiera que lo ha dicho  
miente por medio la barba;  
mi padre no fué traidor,  
ni mi madre mujer mala,  
porque cuando fui engendrado  
ya mi madre era casada.  
Pusiste á mi padre en hierros,  
y á mi madre en orden santa,  
y porque no herede yo  
quieres dar tu reino á Francia.  
Morirán los castellanos  
antes de ver tal jornada:  
montañeses, y leoneses,  
y esa gente esturiana,  
y ese rey de Zaragoza  
me prestará su compañía  
para salir contra Francia  
y darle cruda batalla;  
y si buena me saliere,  
será el bien de toda España;  
si mala, por la república  
moriré yo en la demanda.  
Mi padre mando que sueltes  
pues me diste la palabra;  
si no, en campo, como quiera  
te será bien demandada.

## V

Quiere el rey por sorpresa prender á Bernardo,  
mas éste prevenido, lo evita, haciéndose  
temer.

(Anónimo)

Con cartas sus mensajeros  
el rey al Carpio envió;  
Bernardo, como es discreto,  
de traición se receló:  
las cartas echa en el suelo  
y al mensajero así habló:  
—Mensajero eres amigo,  
non merecéis culpa, non;  
mas al rey que acá te envía  
dígasle tú esta razón:  
que no le estimo yo á él,  
ni aun á cuantos con él son;  
mas, por ver lo que me quiere,  
todavía allá iré yo.—  
Y mandó juntar los suyos:  
d'esta suerte les habló:  
—Cuatrocientos sois los míos,  
los que comedes mi pan:  
los ciento irán al Carpio,  
para el Carpio guardar;  
los ciento por los caminos,  
que á nadie dejen pasar;  
doscientos iréis conmigo  
para con el rey hablar;  
y si malo me aviniere  
lo peor será tornar.—  
Por sus jornadas contadas  
á la corte fué á llegar.

—Dios os mantenga, buen rey,  
y á cuantos con vos están.

—Mal vengades vos, Bernardo,  
traidor, hijo de mal padre:  
dite yo el Carpio en tenencia,  
tú tómaslo de heredad.

—Engañáisvos vos, el rey,  
et non decides verdad;  
que si yo fuese traidor,  
á vos os cabía en parte.

Acordársevos debía  
de aquella del Encinal,  
cuando gentes extranjeras  
allí os trataron tan mal,  
que os mataron el caballo,  
y aun á vos querían matar.

Bernardo, como traidor,  
d'entre ellos vos fué á sacar:  
allí me distes el Carpio  
de juro y de heredad:  
prometístesme á mi padre,  
non me guardastes verdad.

—Prendedlo, mis caballeros,  
que igualado se me ha.

—Aquí, aquí, mis doscientos,  
los que comedes mi pan,  
que hoy era venido el día  
que honra debemos ganar.—

El rey, de que aquesto viera,  
d'esta suerte fué á hablar:

—¿Qué ha sido aquesto Bernardo,  
que así enojado te has?

¿Lo que hombre dice de burla  
de veras lo vas tomar?

Yo te do el Carpio, Bernardo,  
de juro y de heredad.

—Aquestas burlas, el rey,  
no son burlas de burlar;  
llemástesme de traidor,  
traidor, hijo de mal padre:  
el Carpio yo no le quiero,  
bien lo podéis vos guardar,  
que cuando yo lo quisiere,  
muy bien lo sabré ganar.

## VI

Bodas de Ruy Velázquez con D.<sup>a</sup> Lambra,  
y odios contra los Laras

(Anónimo)

¡Ay Dios, qué buen caballero  
fué don Rodrigo de Lara,  
que mató cinco mil moros  
con trescientos que llevaba!  
Si aqueste muriera entonces,  
¡qué gran fama que dejara!  
No matara sus sobrinos  
los siete infantes de Lara,  
ni vendiera sus cabezas  
al moro que las llevara.  
Ya se trataban las bodas  
con la linda doña Lambra:  
las bodas se hacen en Burgos,  
las tornabodas en Salas:  
las bodas y tornabodas  
duraron siete semanas;  
las bodas fueron muy buenas,  
las tornabodas muy malas.  
Ya convidan por Castilla,  
por Castilla y por Navarra:

tanta viene de la gente  
que no hallaban posadas,  
y aún faltaban por venir  
los siete infantes de Lara.

—*Helos, helos por dô vienen  
por aquella vega llana.*

*Sáelos á recibir*

*la su madre doña Sancha.*

—*Bien vengades, los mis fijos,  
buena sea vuesa llegada.*

—*Norabuena estéis, señora,  
nuesa madre doña Sancha.*—

Ellos le besan las manos,  
y ella á ellos en la cara.

—Huelgo de veros á todos,  
que ninguno no faltara,  
porque á vos, mi Gonzalvico,  
y á todos mucho os amaba.  
Tornad á cabalgar, hijos,  
y tomad las vuestras armas,  
y allá os iréis á posar  
al barrio de Cantarranas.

Por Dios os ruego, mis hijos,  
no salgáis de las posadas,  
porque en semejantes fiestas  
se urden buenas lanzadas.—

Ya cabalgan los infantes  
y se van á sus posadas;  
hallaron las mesas puestas,  
viandas aparejadas.

Después que hubieron comido  
pidieron juegos de tablas,  
si no fuera Gonzalvico  
que su caballo demanda,  
y muy bien puesto en la silla  
se sale para la plaza,

en donde halló á don Rodrigo  
que á una torre tira varas,  
y con fuerza muy crecida  
á la otra parte pasaban.

Gonzalvico que esto viera,  
las suyas también tiraba:  
las suyas que pesan mucho  
á lo alto no llegaban.

Doña Lambra qu'esto vido,  
d'esta manera le hablaba:

—Amad, ó dueñas, amad  
cada cual en su lugar;  
más vale mi caballero  
que cuatro de los de Salas.—  
Cuando Sancha aquesto oyó  
respondió muy enojada:

—Callede, Lambra, callede,  
non digáis la tal palabra,  
que si mis fijos lo saben  
ante ti te lo mataran.

—Callede vos, doña Sancha,  
que tenéis por qué callar,  
pues paristes siete fijos,  
como puerca en muladar.—  
Gonzalvico qu'esto oyera  
esta respuesta le da:

—Yo te cortaré las faldas  
por vergonzoso lugar,  
por cima de las rodillas  
un palmo y mucho más.—

Al llanto de doña Lambra  
don Rodrigo fué á llegar:

—¿Qu'es aquesto, doña Lambra?

¿Quién os pretendió enojar?  
Si me lo dices, yo entiendo  
que te lo he de bien vengar,

porque á dueña tal que vos  
todos la deben honrar.

## VII

Pelean los de Lara contra los moros: muere  
Nuño Salido, su ayo, y Fernán González, el  
mayor de ellos.

(Anónimo)

¿Quién es aquel caballero  
que tan gran traición hacia?  
Ruy Velázquez es de Lara,  
que á sus sobrinos vendía.  
En el campo de Almenar  
á los Infantes decía  
que fuesen á correr moros,  
que él los acorrería,  
que habrían muy gran ganancia,  
muchos captivos traerían.  
Ellos en aquesto estando  
grandes gentes parecían;  
más de diez mil son los moros,  
las enseñas traen tendidas.  
Los Infantes le preguntan  
qué gente es la que venía.  
—No hayáis miedo, mis sobrinos,  
Ruy Velázquez respondía,  
todos son moros astrosos,  
moros de poca valía,  
que viendo que vais á ellos  
á huir luégo echarían;  
y si ellos vos aguardan  
yo en vuestro socorro iría:

corrilos yo muchas veces,  
 ninguno lo defendía.  
 Á ellos id, mis sobrinos,  
 no mostredes cobardía.—  
 ¡Palabras son engañosas  
 y de muy grande falsía!  
 Los Infantes como buenos  
 con moros arremetían;  
 caballeros son doscientos  
 los que su guarda seguían.  
 Él á furto de cristianos  
 á los moros se venía.  
 Dijoles que sus sobrinos  
 no escape ninguno á vida,  
 que les corten las cabezas  
 qu'él no los defendería.  
 Docientos hombres no más  
 llevaban en compañía.  
 Don Nuño que ir los vido  
 ido había por su espía,  
 y cuando oyó las palabras  
 que á los moros les decía,  
 daba muy grandes las voces  
 que en el cielo las ponía.  
 —¡Don Ruy Velázquez traidor,  
 el mayor que ser podría!  
 ¿Á tus sobrinos infantes  
 á la muerte los traías?  
 Mientras el mundo durare  
 durará tu alevosía,  
 y la falsedad que has hecho  
 contra la tu sangre misma.—  
 Después que aquesto hubo dicho,  
 á los infantes volvía,  
 dijoles:—Armaos, mis hijos,  
 que vuestro tío os vendía:

de consuno es con los moros,  
 ya concertado tenían  
 que os maten á todos juntos.—  
 Ellos armáronse aina:  
 las quince huestes de moros  
 á todos cerco ponían;  
 don Nuño, que era su ayo,  
 gran esfuerzo les ponía:  
 —Esforzaos, non temades,  
 haced lo que yo hacía:  
 á Dios yo vos encomiendo,  
 mostrad vuestra valentía.—  
 En la delantera haz  
 don Nuño herido había  
 y muerto muchos de moros,  
 mas á él muerto lo habían.  
 Los infantes arremeten  
 con la su caballería:  
 mezcláronse con los moros,  
 á muchos quitan la vida.  
 Los cristianos eran pocos,  
 veinte moros á uno había;  
 mataron á los cristianos,  
 que á vida ninguno finca;  
 solos quedan los hermanos,  
 que ninguna ayuda habían.  
 Encomendáronse á Dios,  
*Santiago, valme*, decían:  
 hirieron recio en los moros,  
 gran matanza les hacían,  
 no osan estar delante  
 que gran braveza traían.  
 Fernán González menor  
 á sus hermanos decía:  
 —Esforzaos, mis hermanos,  
 lidiemos con valentía,

mostremos gran corazón  
 contra aquesta morería.  
 Ya no habemos ayuda,  
 sólo Dios darla podía;  
 ya murió Nuño Salido,  
 y nuestra caballería:  
 venguémoslos ó muramos,  
 nadie muestre cobardía.  
 Que desque estemos cansados  
 esta sierra nos valdría.—  
 Volvieron á pelear,  
 ¡oh qué reciamente lidian!  
 Muchos matan de los moros,  
 á otros muchos herían;  
 muerto han á Fernán González,  
 seis solos quedado habían.  
 Cansados ya de lidiar  
 á la sierra se subían;  
 limpiáronse los sus rostros  
 que sangre y polvo teñían.

## VIII

Juramentados los castellanos, salen á libertar  
 á su conde, al cual hallan en el camino,  
 ya libre, por una heróica traza de su des-  
 posada doña Sancha

(Anónimo)

Juramento llevan hecho,  
 todos juntos á una voz,  
 de no volver á Castilla  
 sin el conde, su señor.  
 La imagen suya de piedra

llevan en un carretón,  
 resueltos, si atrás no vuelve,  
 de no volver ellos, non,  
 y el que paso atrás volviere  
 que quedase por traidor.  
 Alzaron todos las manos,  
 en señal que se juró.  
 Acabado el homenaje,  
 pusieronle su pendón,  
 y besáronle la mano  
 desde el chico hasta el mayor,  
 y como buenos vasallos,  
 caminan para Arlanzón  
 al paso que andan los bueyes  
 y á las vueltas que da el sol.  
 Desierta dejan á Burgos  
 y pueblos al rededor,  
 solas quedan las mujeres  
 y aquellos que niños son:  
 tratando van del concierto  
 del caballo y del azor,  
 si ha de hacer libre á Castilla  
 del feudo que da á León;  
 y antes de entrar en Navarra,  
 toparon junto al mojón  
 al conde Fernán González,  
 en cuya demanda son,  
 con su esposa Doña Sancha,  
 que con astucia y valor  
 le sacó de Castroviejo  
 con el engaño que usó.  
 Con sus hierros y prisiones  
 venían juntos los dos  
 en la mula que tomaron  
 á aquel preste cazador.  
 Al estruendo de las armas



el conde se alborotó;  
mas conociendo á los suyos,  
d'esta manera habló:

—¿Dó venís, mis castellanos?

Digádesmelo, por Dios:

¿cómo dejáis mis castillos  
á peligro de Almanzor?—

Allí habló Nuño Láinez:

—Íbamos, señor, por vos,  
á quedar presos ó muertos,  
ó sacaros de prisión.

## IX

Querellas entre Fernán González y el rey de  
León, Sancho I, llamado el Gordo

(Anónimo)

Castellanos y leoneses  
tienen grandes divisiones.  
El conde Fernán González  
y el buen rey D. Sancho Ordóñez,  
sobre el partir de las tierras  
ahi pasan malas razones:  
llamábanse hi-de-putas,  
hijos de padres traidores;  
echan mano á las espadas,  
derriban ricos mantones:  
no les pueden poner treguas  
cuantos en la corte sone,  
y pónenselas dos frailes,  
aquesos benditos monjes,  
qu'el uno es tío del rey,  
el otro hermano del conde.

Pónenlas por quince días,  
que non pueden por más, no,  
que se vayan á los prados  
que dicen de Carrión.

Si mucho madruga el rey,  
el conde non dormía, non;  
el conde partió de Burgos,  
y el rey partió de León.

Venido se han á juntar  
al vado de Carrión,  
y á la pasada del río

movieron una cuestión:  
los del rey que pasarían,  
y los del conde que non.

El rey, como era risueño,  
la su mula revolvió;

el conde con lozania  
su caballo arremetió;  
con el agua y el arena  
al buen rey le salpicó.

Allí hablara el buen rey,  
su gesto muy demudado:

—Buen conde Fernán González,  
mucho sois desmesurado:  
si no fuera por las treguas

que los monjes nos han dado,  
la cabeza de los hombros  
ya yo os la hubiera quitado,

y con la sangre vertida  
yo tiñera aqueste vado.—

El conde le respondiera,  
como aquel que era osado:

—Eso que decis, buen rey,  
véolo mal aliñado;

vos venís en gruesa mula,  
yo en un ligero caballo;

vos traéis sayo de seda,  
 yo traigo un arnés tranzado;  
 vos traéis alfanje de oro,  
 yo traigo lanza en mi mano;  
 vos traéis cetro de rey,  
 y yo un venablo acerado;  
 vos con guantes olorosos,  
 yo con los de acero claro;  
 vos con la gorra de fiesta,  
 yo con un casco afinado;  
 vos traéis ciento de mula,  
 yo trescientos de á caballo.—  
 Ellos en aquesto estando,  
 los frailes que han allegado:  
 —Tate, tate, caballeros!  
 ¡Tate, tate, fijosdalgo!  
 ¡Cuán mal cumplistes las treguas  
 que nos habiades mandado!—  
 Allí hablara el buen rey:  
 —Yo las cumpliré de grado.—  
 Pero respondiera el conde:  
 —Yo de piés puesto en el campo.—  
 Cuando vido aquesto el rey,  
 no quiso pasar el vado;  
 vuélvese para sus tierras;  
 malamente va enojado.  
 Grandes bascas va haciendo,  
 reciamente va jurando  
 que habia de matar al conde  
 y destruir su condado.  
 Mandó pues llamar á cortes;  
 por los grandes ha enviado:  
 todos ellos son venidos,  
 y solo el conde ha faltado.  
 Mensajero se le hace  
 á que cumpla su mandado:

el mensajero que fué  
 d'esta suerte le ha hablado.

## X

Sancho I de León requiere á Fernán González,  
 que como feudatario asista á las cortes

(Anónimo)

—Buen conde Fernán González,  
 el rey envia por vos,  
 que vayades á las cortes  
 que se hacian en León;  
 que si vos allá vais, conde,  
 daros han buen galardón,  
 daros ha á Palenzuela  
 y á Palencia la mayor;  
 daros ha á las nueve villas,  
 con ellas á Carrión;  
 daros ha á Torquemada,  
 la torre de Mormojón;  
 daros ha á Tordesillas,  
 y á Torre de Labatón,  
 y si más quisierdes, conde,  
 daros han á Carrión.  
 Buen conde, si allá non ides,  
 daros os han por traidor.—  
 Allí respondiera el conde  
 y dijera esta razón:  
 —Mensajero eres, amigo,  
 non mereces culpa, non,  
 que yo no he miedo al rey,  
 ni á cuantos con él son.  
 Villas y castillos tengo,  
 todos á mi mandar son,

d'ellos me dejó mi padre,  
 d'ellos me ganara yo:  
 los que me dejó mi padre  
 poblélos de ricos hombres,  
 los que yo me hube ganado  
 poblélos de labradores;  
 quien no tenía más que un buey,  
 dábale otro, que eran dos;  
 al que casaba su hija  
 dóile yo muy rico dón;  
 al que faltaban dineros  
 también se los presto yo:  
 cada día que amanece,  
 por mí hacen oración;  
 no la hacían por el rey,  
 que no la merece, non;  
 él les puso muchos pechos.  
 y quitáraselos yo.

## XI

Niéganse los nobles á pechar los cinco maravedises que Alfonso VIII les imponía

(Anónimo)

En esa ciudad de Burgos  
 en cortes se habian juntado  
 el rey que venció las Navas  
 con todos los hijosdalgo.  
 Habló con Don Diego el rey,  
 con él se había aconsejado,  
 que era señor de Vizcaya  
 de todos el más privado.  
 —Consejédesme, don Diego,

que estoy muy necesitado,  
 que con las guerras que he hecho  
 gran dinero me ha faltado.  
 Querría llegarme á Cuenca,  
 no tengo lo necesario;  
 si os pareciese, don Diego,  
 por mí será demandado  
 que cinco maravedis  
 me peche cada hijodalgo.  
 —Grave cosa me parece,  
 le respondiera el de Haro,  
 que querades vos, señor,  
 al libre hacer tributario;  
 mas por lo mucho que os quiero  
 de mí seréis ayudado,  
 porque yo soy principal,  
 y de mí os será pagado.—  
 Siendo juntos en las cortes,  
 el rey se lo había hablado;  
 levantado está don Diego,  
 como ya estaba acordado.  
 —Justo es lo que pide el rey,  
 por nadie le sea negado,  
 mis cinco maravedis  
 hélos aquí de buen grado.—  
 Don Nuño, conde de Lara,  
 mucho mal se habia enojado;  
 pósito todo temor,  
 desta manera ha hablado:  
 —Aquellos donde venimos  
 nunca tal pecho han pagado,  
 nos, menos lo pagaremos,  
 ni al rey tal le será dado.  
 El que quisiere pagarle,  
 quede aquí como villano,  
 váyase luégo tras mí

el que fuere hijodalgo.—  
 Todos se salen tras él.  
 de tres mil, tres han quedado,  
 en el campo de la Clera  
 todos allí se han juntado.  
 El pecho que el rey demanda  
 en las lanzas lo han atado,  
 envíanle á decir  
 que el tributo está llegado,  
 que envíe sus cogedores  
 y luégo será pagado;  
 mas que si él va en persona  
 no será desacatado,  
 pero que enviase aquellos  
 de quien fuera aconsejado.  
 Cuando aquesto oyera el rey  
 y que solo se ha quedado,  
 volvióse para don Diego,  
 consejo le ha demandado.  
 Don Diego, como sagaz,  
 este consejo le ha dado:  
 —Desterrédesme, señor,  
 como que yo lo he causado,  
 y así cobraréis la gracia  
 de los vuestros hijosdalgo.—  
 Otorgó el rey el consejo;  
 á decir les ha enviado  
 que quien le dió tal consejo  
 será muy bien castigado,  
 que hidalgos de Castilla  
 no son para haber pechado.  
 Muy alegres fueron todos,  
 todo se hubo apaciguado;  
 desterraron á don Diego  
 por lo que no había pecado;  
 mas dende á pocos días

á Castilla fué tornado.  
 El bien de la lealtad  
 por ningún precio es comprado.

## XII

Querellas de Alfonso X, por la rebelión de su  
 hijo y por verse abandonado de todos

(Anónimo)

Yo salí de la mi tierra  
 para ir á Dios servir,  
 y perdí lo que había  
 desde mayo hasta abril,  
 todo el reino de Castilla,  
 hasta allá al Guadalquivir.  
 Los obispos y prelados  
 cuidé que metían paz  
 entre mí y el hijo mío,  
 como en su decreto yaz.  
 Estos dejaron aquesto,  
 y metieron mal asaz,  
 non á excuso, mas á voces,  
 bien como el añafil faz.  
 Fallecieronme parientes,  
 y amigos que yo había,  
 con haberes y con cuerpos  
 y con su caballería.  
 Ayúdeme Jesucristo  
 y su madre Santa María,  
 que yo á ellos me encomiendo,  
 de noche y también de día.  
 No he más á quien lo decir,  
 ni á quien me querellar,

pues los amigos que había  
no me osan ayudar ;  
que por medio de don Sancho  
desamparado me han :  
pues Dios no me desampare  
cuando por mí ha de enviar ;  
ya yo oí otras veces  
de otro rey así contar,  
que con desamparo que hubo,  
se metió en alta mar,  
á se morir en las ondas  
ó las venturas buscar ;  
Apolonio fué aqueste,  
é yo haré otro tal.

## XIII

## Muerte de los Carvajales

Válasme, nuestra Señora,  
cual dicen, de la Ribera,  
donde el buen rey don Fernando  
tuvo la su cuarentena.  
Desde el miércoles corvillo  
hasta el jueves de la Cena,  
que el rey no se hizo la barba  
ni peinó la su cabeza.  
Una silla era su cama,  
un canto por cabecera,  
los cuarenta pobres comen  
cada día á la su mesa.  
De lo que á los pobres sobra  
el rey hace la su cena,  
con vara de oro en su mano  
bien hace servir la mesa.

Dícenle sus caballeros  
dónde irá á tener la fiesta.  
—Á Jaén, dice, señores,  
con mi señora la Reina.—  
Después que estuvo en Jaén  
y la fiesta hubo pasado,  
pártese para Alcaudete  
ese castillo nombrado:  
el pié tiene en el estribo,  
que aún no se había apeado,  
cuando le daban querella  
de dos hombres hijosdalgo,  
y la querella le daban  
dos hombres como villanos.  
Abarcas traen calzadas  
y agujadas en las manos.  
—Justicia, justicia, rey,  
pues que somos tus vasallos,  
de don Pedro Carvajal  
y don Alfonso su hermano,  
que nos corren nuestras tierras  
y nos robaban el campo,  
y nos fuerzan las mujeres  
á tuerto y desaguizado.  
Comiannos la cebada  
sin después querer pagallo,  
hacen otras desvergüenzas  
que vergüenza era contallo.  
— Yo haré d'ello justicia,  
tornáos á vuestro ganado.—  
Manda pregonar el rey  
y por todo su reinado,  
que cualquier que los hallase  
le daría buen hallazgo.  
Hallólos el Almirante  
allá en Medina del Campo

comprando muy ricas armas,  
jaeces para caballos.

—Presos, presos, caballeros  
presos, presos, hijosdalgo.

—No por vos, el Almirante,  
si de otro no traéis mandado.

—Estad presos, caballeros,  
que del rey traigo recaudo.

—Plácenos, el Almirante,  
por cumplir el su mandado.—

Por las sus jornadas ciertas  
en Jaén habian entrado.

—Manténgate Dios, el rey.  
—Mal vengades, hijosdalgo.—

Mándales cortar los piés,  
mándales cortar las manos,

y mándalos despeñar  
de aquella peña de Martos.

Alli hablara el uno d'ellos  
el menor y más osado:

—¿Por qué lo haces, el rey?  
¿Por qué haces tal mandado?

Querellámonos, el rey,  
para ante Dios soberano,

que dentro de treinta días  
vais con nosotros á plazo;

y ponemos por testigos  
á San Pedro y á San Pablo:

por escribano ponemos  
al apóstol Santiago.—

El rey no mirando en ello  
hizo cumplir su mandado

por la falsa información  
que los villanos le han dado,

y muertos los Carvajales,  
que le habian emplazado,

antes de los treinta días  
él se hallara muy malo:  
y desque fueron cumplidos,  
en el postrer día del plazo  
fué muerto dentro en León  
do la sentencia hubo dado.

## XIV

Mata D. Pedro á su hermano D. Fadrique, y  
prende á D.<sup>a</sup> Blanca su esposa, porque lloraba  
la muerte de su cuñado.

(Anónimo)

—Yo me estaba allá en Coimbra  
que yo me la hube ganado,  
cuando me vinieron cartas  
del rey don Pedro mi hermano  
que fuése á ver los torneos  
que en Sevilla se han armado.

Yo, Maestre sin ventura,  
yo, Maestre desdichado,

tomara trece de mula,  
veinte y cinco de caballo,

todos con cadenas de oro  
y jubones de brocado:

jornada de quince días  
en ocho la había andado.

Á la pasada de un río,  
pasándole por el vado,

cayó mi mula conmigo,  
perdí mi puñal dorado,

ahogáraseme un paje  
de los míos más privado,

criado era en mi sala  
y de mi muy regalado.  
Con todas estas desdichas  
á Sevilla hube llegado;  
á la puerta Macarena  
encontréme un ordenado,  
ordenado de Evangelio,  
que misa no había cantado:  
—Manténgate Dios, Maestre,  
Maestre, bien seáis llegado.  
hoy te ha nacido un hijo,  
hoy cumples veinte y un años.  
Si te pluguiese, Maestre,  
volvamos á baptizallo,  
que yo sería el padrino,  
tú, Maestre, el ahijado.—  
Allí hablara el Maestre,  
bien oiréis lo que ha hablado:  
—No me lo mandéis, señor,  
padre, no queráis mandallo,  
que voy á ver qué me quiere  
el rey don Pedro mi hermano.—  
Dí de espuelas á mi mula,  
en Sevilla me hube entrado;  
de que no vi tela puesta  
ni vi caballero armado,  
partíme para el alcázar  
del rey don Pedro mi hermano.  
En entrando por las puertas,  
las puertas me habian cerrado,  
quitáronme la mi espada,  
la que yo traía al lado,  
quitáronme mi compañía  
la que me había acompañado.  
Los míos desde esto vieron  
de traición me han avisado,

que me saliese por fuera  
que ellos me pondrian en salvo.  
Yo como estaba sin culpa  
de nada hube curado,  
fuíme para el aposento  
del rey don Pedro mi hermano:  
—Manténgaos Dios, el buen rey,  
y á todos de cabo á cabo.  
—En mal hora vengáis, Maestre,  
Maestre, mal seáis llegado:  
nunca nos venis á ver  
sino una vez en el año,  
y esa que venis, Maestre,  
es por fuerza ó por mandado.  
Vuestra cabeza, Maestre,  
mandada está en aguinaldo.  
—¿Por qué es aqueoso, buen rey?  
Nunca hice desaguisado,  
ni os dejé yo en la lid,  
ni con moros peleando.  
—Venid acá, mis porteros,  
hágase lo que he mandado.—  
Aún no lo hubo bien dicho,  
la cabeza le han cortado;  
á doña María de Padilla  
en un plato la han enviado,  
qu'asi hablaba con ella  
cual si viva hubiera estado.  
Las palabras que le dice  
d'esta suerte está hablando:  
—Así pagaréis, traidor,  
lo de antaño y lo de hogaño,  
y el mal consejo que diste  
al rey don Pedro tu hermano.—  
Asióla por los cabellos,  
echóselá á un alano;

el alano es del Maestre,  
 púsola sobre un estrado,  
 y á los aullidos que daba  
 atronó todo el palacio.  
 Allí demandara el rey:  
 —¿Quién hace mal á ese alano?—  
 Allí respondieron todos  
 á los cuales ha pesado:  
 —Con la cabeza lo ha  
 del Maestre vuestro hermano.—  
 Allí hablara una su tía  
 que tía era de entrambos:  
 —¡Cuán mal lo mirastes, rey!  
 rey ¡qué mal lo habéis mirado!  
 por una mala mujer  
 habéis muerto un tal hermano.—  
 Aún no lo había bien dicho,  
 cuando ya le había pesado.  
 Fuése para doña María,  
 d'esta suerte le ha hablado:  
 —Prendedla, mis caballeros,  
 ponédmela á buen recaudo.  
 Yo la daré tal castigo  
 que á todos sea sonado.—  
 En cárceles muy oscuras  
 allí la había aprisionado;  
 él mismo le da á comer,  
 él mismo con la su mano:  
 no se la fia á ninguno  
 sino á un paje que ha criado.

## XV

Visión que tuvo el rey don Pedro para ver de  
 convertirse á Dios

(Anónimo)

Por los campos de Jerez  
 á caza va el rey don Pedro:  
 en llegando á una laguna  
 allí quiso ver un vuelo.  
 Vido volar una garza,  
 disparóla un sacre nuevo,  
 remontárale un nebli,  
 á sus piés cayera muerto.  
 Á sus piés cayó el nebli,  
 túvolo por mal agüero.  
 Tanto volaba la garza,  
 parece llegar al cielo.  
 Por donde la garza sube  
 vió bajar un bulto negro;  
 mientras más se acerca el bulto,  
 más temor le va poniendo:  
 con el abajarse tanto,  
 parece llegar al suelo  
 delante de su caballo  
 á cinco pasos de trecho:  
 dél salió un pastorcico,  
 sale llorando y gimiendo,  
 la cabeza desgñada,  
 revuelto trae el cabello,  
 con los piés llenos de abrojos  
 y el cuerpo lleno de vello;  
 en su mano una culebra  
 y en la otra un puñal sangriento;



en el hombro una mortaja,  
 una calavera al cuello:  
 á su lado de trailla  
 traía un perro negro:  
 los aullidos que daba  
 á todos ponían gran miedo,  
 y á grandes voces decía:  
 —Morirás, el rey don Pedro,  
 que mataste sin justicia  
 los mejores de tu reino:  
 mataste tu propio hermano  
 el Maestre, sin consejo,  
 y desterraste á tu madre:  
 á Dios darás cuenta d'ello.  
 Tienes presa á doña Blanca,  
 enojaste á Dios por ello,  
 que si tornas á quererla  
 darte há Dios un heredero,  
 y si no, por cierto sepas  
 te vendrá desmán por ello:  
 serán malas las tus hijas  
 por tu culpa y mal gobierno,  
 y tu hermano don Enrique  
 te habrá de heredar el reino:  
 morirás á puñaladas:  
 tu casa será el infierno.—  
 Todo esto recontado,  
 desapareció el bulto negro.

## XVI

Á ruego de la Padilla hace el rey D. Pedro  
 matar á su esposa D.<sup>a</sup> Blanca

(Anónimo)

—Doña María Padilla,  
 n'os mostréis tan triste vos,

que si me casé dos veces  
 hícelo por vuestra pro,  
 y por hacer menosprecio  
 á esa Blanca de Borbón,  
 que á Medinasidonia envió  
 á que me labre un pendón.  
 Será el color de su sangre,  
 de lágrimas la labor.  
 Tal pendón, doña María,  
 yo lo haré hacer para vos.—  
 Llamó luégo á Íñigo Ortiz,  
 un excelente varón:  
 díjole fuése á Medina  
 á dar fin á tal labor.  
 Respondiera Íñigo Ortiz:  
 —Aqueso no lo haré yo,  
 que quien mata á su señora  
 face aleve á su señor.—  
 El rey d'aquesto enojado  
 á su cámara se entró,  
 y á un balletero de maza  
 el rey su ordenanza dió.  
 Aqueste vino á la reina  
 y hallóla en oración.  
 Cuando vido al balletero  
 la su triste muerte vió.  
 Aquél le dijo:—Señora,  
 el rey acá me envió  
 á que ordenéis vuestra alma  
 con aquel que la crió,  
 que vuestra hora es llegada,  
 no puedo alargalla yo.  
 —Amigo, dijo la reina,  
 mi muerte os perdono yo:  
 si el rey mi señor lo manda,  
 hágase lo que ordenó.

Confesión no se me niegue,  
 porque pida á Dios perdón.—  
 Con lágrimas y gemidos  
 al macero enterneció,  
 y con voz flaca, temblando,  
 esto á decir comenzó:

— ¡Oh Francia, mi noble tierra!  
 ¡Oh mi sangre de Borbón!  
 Hoy cumplo dezisiete años  
 y en los deziocho voy:  
 el rey no me ha conocido,  
 con las vírgenes me voy.  
 Castilla, dí, ¿qué te hice?  
 Yo no te hice traición.  
 Las coronas que me diste  
 de sangre y suspiros son;  
 mas otra terné en el cielo,  
 que será de más valor.—  
 Y dichas estas palabras  
 el macero la hirió:  
 los sesos de su cabeza  
 por la sala los sembró.

## XVII

El prior de San Juan astutamente burla las asechanzas del rey D. Pedro el Cruel, y evita que se apodere del castillo de Consuegra.

(Anónimo)

Don García de Padilla,  
 ese que Dios perdonase,  
 tomara al rey por la mano,  
 y apartólo en puridade:

— Un castillo hay en Consuegra,  
 qu'en el mundo no hay su pare.  
 Mejor es para vos, rey,  
 que lo sabréis sustentare.  
 No sufráis más que le tenga  
 ese prior de San Juane:  
 convidédesle, buen rey,  
 convidédesle á yantare.  
 La comida que le dierdes,  
 como dió Toro á don Juane,  
 que le cortéis la cabeza  
 sin ninguna piedade:  
 desque se la hayáis cortado,  
 en tenencia me lo dades.—  
 Ellos en aquesto estando  
 el Prior llegado hae.

— Mantenga Dios á tu Alteza  
 y á tu corona reale.

— Bien vengades, buen Prior;  
 digádesme la verdade:

¿el castillo de Consuegra  
 sepamos por quién estae?

— El castillo con la villa,  
 señor, á vuestro mandare.—

— Pues convidoos, el Prior,  
 para conmigo yantare.—

— Pláceme, dijo, buen rey,  
 de muy buena voluntade:

déme licencia tu Alteza,  
 licencia me quiera dare:

monjes nuevos son venidos  
 irélos á aposentare.

— Vais con Dios, Hernán Rodrigo:  
 luégo os queráis tornare.—

Vase luégo á la cocina,  
 do su cocinero estae:

así habla con él,  
 como si fuera su iguale:  
 —Tomes estos mis vestidos,  
 los tuyos me quieras dare,  
 y á hora de media noche  
 salirte has á paseare. —  
 Vase á la caballeriza  
 do su macho fué á hallare.  
 —¡Macho rucio, macho rucio,  
 Dios te me quiera guardare!  
 Ya de dos me has escapado,  
 con aquesta tres serane;  
 si de aquesta tú me escapas  
 luégo te entiendo aforrare. —  
 Presto le echara la silla,  
 comienza de cabalgare;  
 en allegando á Azoguejo  
 comenzó el macho á roznare:  
 media noche era por filo,  
 los gallos querían cantare,  
 cuando entraba por Toledo,  
 por Toledo, esa ciudade:  
 antes que cantara el gallo  
 á Consuegra fué á llegare.  
 Halló las guardas velando,  
 comiéntales de hablare:  
 —Digádesme, veladores,  
 digádesme la verdate:  
 ¿el castillo de Consuegra  
 si sabéis por quién estae?  
 —El castillo con la villa  
 por el prior de San Juane.  
 —Pues abrid luégo las puertas;  
 catalde aquí donde estae. —  
 La guarda desque lo oyó  
 abriólas de par en pare.

—Tomases allá ese macho,  
 d'él muy bien quieras curare:  
 déjesme la vela á mí,  
 que yo la quiero velare.  
 ¡Velá, velá, veladores,  
 así mala rabia os mate;  
 que quién á buen señor sirve  
 este galardón le dane. —  
 El Prior estando en esto  
 el rey que llegado hae,  
 halló las guardas velando,  
 comenzóles de hablare.  
 —Decidme, los veladores,  
 que Dios os guarde de male,  
 ¿el castillo de Consuegra  
 por quién se tiene ó estae?  
 —El castillo con la villa  
 por el prior de San Juane.  
 —Pues abrid luégo las puertas  
 que veislo aquí donde estae.  
 —Afuera, afuera, buen rey,  
 qu'el Prior llegado hae. —  
 —¡Macho rucio, dijo el rey,  
 muermo te quiera matare!  
 Siete caballos me has muerto  
 y con este ocho serane.  
 Abreme tú, buen Prior,  
 allá me dejes entrare:  
 por mi corona te juro  
 de no hacerte ningún male.  
 Hacéroslo, el buen rey,  
 agora en mi mano estae. —  
 Mandárale abrir la puerta,  
 dióle muy bien de cenare.

## XVIII

X Muere el rey D. Pedro á manos de su hermano  
bastardo D. Enrique

(Anónimo)

Los fieros cuerpos revueltos  
entre los robustos brazos  
están el cruel don Pedro  
y don Enrique su hermano.  
No son abrazos de amor  
los que los dos se están dando,  
que el uno tiene una daga  
y otro un puñal acerado.  
El rey tiene á Enrique estrecho  
y Enrique al rey apretado,  
uno en cólera encendido  
y otro de rabia abrasado:  
y en aquesta fiera lucha  
sólo un testigo se ha hallado,  
paje de espada de Enrique  
que de afuera mira el caso.  
Después de luchar vencidos  
¡oh suceso desgraciado!  
que ambos vinieron al suelo,  
y Enrique cayó debajo.  
Viendo el paje á su señor  
en tan peligroso caso,  
por detrás al rey se allega,  
reciamente de él tirando,  
diciendo: —No quito rey  
ni pongo rey de mi mano,  
pero hago lo que debo  
al oficio de criado. —  
Y dió con el rey de espaldas

y Enrique vino á lo alto,  
hiriendo con un puñal  
en el pecho del rey falso,  
donde á vueltas de la sangre,  
el vital hilo cortando,  
salió el alma más cruel  
que vivió en pecho cristiano.

## XIX

X Lamentan los leales castellanos la muerte de su  
rey D. Pedro, y los traidores partidarios del  
bastardo D. Enrique la celebran.

(Anónimo)

Á los piés de don Enrique  
yace muerto el rey don Pedro,  
más que por su valentía,  
por voluntad de los cielos.  
Al envainar el puñal  
el pié le puso en el cuello,  
que aun allí no está seguro  
de aquel invencible cuerpo.  
Riñeron los dos hermanos,  
y de tal suerte riñeron,  
que fuera Caín el vivo  
á no haberlo sido el muerto.  
Los ejércitos movidos  
á compasión y contento,  
mezclados unos con otros  
corren á ver el suceso;  
«y los de Enrique  
»cantan, repican y gritan:  
»viva Enrique; y los de Pedro

»clamorean, doblan, lloran  
»su rey muerto.»

Unos dicen que fué justo,  
otros dicen que mal hecho,  
que el rey no es cruel si nace  
en tiempo que importa serlo,  
y que no es razón que el vulgo  
con el rey éntre á consejo,  
á ver si casos tan graves  
han sido bien ó mal hechos;  
y que los yerros de amor  
son tan dorados y bellos,  
cuanto la hermosa Padilla  
ha quedado por ejemplo;  
que nadie verá sus ojos  
que no tenga al rey por cuerdo,  
mientras que como otro Rodrigo  
no puso fuego á su reino:  
«y los de Enrique» etc.

Los que con ánimos viles,  
ó por lisonja ó por miedo,  
siendo del bando vencido  
al vencedor siguen luégo,  
valiente llaman á Enrique,  
y á Pedro tirano y ciego,  
porque amistad y justicia  
siempre mueren con el muerto.

La tragedia del Maestre,  
la muerte del hijo tierno,  
la prisión de doña Blanca,  
sirven de infame proceso.

Algunos pocos leales  
dan voces, pidiendo al cielo  
justicia, pidiendo al rey,  
y mientras que dicen esto,  
«los de Enrique» etc.

Llora la hermosa Padilla  
el desdichado suceso  
como esclava del rey vivo,  
y como viuda del muerto.  
¡Ay, Pedro, que muerte infame  
te han dado malos consejos,  
confianzas engañosas,  
y atrevidos pensamientos!  
Salió corriendo á la tienda,  
y vió con triste silencio  
llevar cubierto á su esposo  
de sangre y de paños negros;  
y que en otra parte á Enrique  
le dan con aplauso el cetro.  
Campanas tocan los unos,  
y los otros, instrumentos;  
«y los de Enrique» etc.  
Como acrecienta el dolor  
la envidia del bien ageno,  
y el ver á los enemigos  
con favorable suceso;  
así la triste señora  
llora y se deshace, viendo  
cubierto á Pedro de sangre,  
y Enrique de oro cubierto.  
Echó al cabello la mano,  
sin tener culpa el cabello,  
y mezclando perlas y oro,  
de oro y perlas cubrió el cuello:  
quiso decir, Pedro, á voces,  
villanos, vive en mi pecho,  
mas poco le aprovechó;  
y mientras lo está diciendo,  
«los de Enrique» etc.  
Rasgó las tocas mostrando  
el blanco pecho encubierto,

como si fuera cristal  
 por donde se viera Pedro.  
 No la vieron los contrarios,  
 y vióla invidioso el cielo,  
 de ver en tan poca nieve  
 un elemento de fuego:  
 desmayóse, ya vencida  
 del poderoso tormento,  
 cubriendo los bellos ojos  
 muerte, amor, silencio y sueño.  
 Entre tanto el campo todo  
 aquí y allí van corriendo,  
 vencedores y vencidos,  
 soldados y caballeros;  
 «y los de Enrique  
 »cantan, repiten, y gritan:  
 »viva Enrique; y los de Pedro  
 »clamorean, doblan, lloran  
 »su rey muerto.»

## XX

D. Juan primero de Castilla se salva de la batalla de Aljubarrota en el caballo que le da Pero González de Mendoza, el cual muere en ella peleando

(Anónimo)

—Si el caballo vos han muerto,  
 subid, rey, en mi caballo;  
 si en pié no podéis tenervos,  
 llegad, subirvos he en brazos.  
 Poned un pié en el estribo,  
 y el otro sobre mis manos;

catad que cresce el gentio:  
 magüer fine yo, salvadvos.  
 Un tanto es blando de boca,  
 bien como á tal sofrenadlo;  
 non vos empache el pavor;  
 dalde rienda y picad largo.  
 Lo que sembrastes en mi  
 vos lo torno mejorado,  
 que nunca la buena tierra  
 negó el fruto ningún año.  
 Non vos obligo en tal fecho  
 nin me fincáis adeudado,  
 que tal escatima deben  
 á los reyes sus vasallos:  
 y si es verdad lo que digo,  
 non dirán los castellanos  
 en oprobio de mis canas  
 que vos debo et non vos pago;  
 nin las dueñas de Castilla,  
 que á sus maridos fidalgos  
 dejo en el campo difuntos,  
 é salgo vivo del campo.  
 Menos causa tuvo Eneas,  
 pues quando fizo otro tanto,  
 tan solo salvó á su padre,  
 y al padre de todos salvo.  
 Pero si en la lid sangrienta,  
 por la dicha del contrario,  
 en vuestro servicio, Rey,  
 finco yo fecho pedazos,  
 á Diágote os encomiendo;  
 catad por aquel mochacho:  
 sed padre é amparo suyo,  
 é Dios sea en vuestro amparo.—  
 Esto dijo el montañés,  
 señor de Hita y Buitrago,

al rey don Juan el primero,  
y entróse á morir lidiando.

## XXI

Descríbese el aparato y concurso que hubo en  
el suplicio de D. Álvaro de Luna

(De D. Francisco de Quevedo)

«Hagan bien para hacer bien  
por el alma d'este hombre.»

Al són de las campanillas  
van diciendo en altas voces:

—Dén para enterrar el cuerpo  
del rico ayer, y hoy tan pobre,  
que si no le dan mortaja,  
no la tiene, ni hay de dónde.

Mueya á compasión su muerte;  
socorrelde, pretensores,  
pues que tanto dió y dar pudo  
á tantos de los que le oyen.

El que daba dignidades,  
haciendo duques y condes,  
grandes, marqueses, prelados,  
maestres, comendadores;

el que con la voluntad  
pudo hacer y hizo hombres,  
como delincuente muere:  
«dalde limosna, señores.»

Ayer el mundo mandó;  
hoy de un bochín sucio y torpe  
se sujeta al proceder,  
y humilde á sus piés se pone.

Por estas calles que hoy pasa  
entre confusos pregones,

le vimos acompañado  
del mismo rey y su corte,  
y ¡dichoso el que alcanzaba  
su lado, ó ponerse adonde  
con su vista le alcanzase,  
ya que no con sus razones!

Hoy á este mismo acompañan  
mil populares montones  
de gente ociosa, perdida,  
vagamundos, malhechores.

El que pudo lo que quiso  
con los dados por tutores,  
como delincuente hoy muere:

«dalde limosna, señores.»

¡Oh mundo vano, caduco,  
cómo pagas á quien pone  
sus esperanzas en ti!

¡Y cuán pocos te conocen!—

Esto un cofradé decia  
de la Caridad á voces,  
cuando par la Costanilla  
un tropel de gente rompe.

La guardia del rey don Juan  
se divide en escuadrones,  
para que de su justicia

la ejecución no se estorbe:  
gran cantidad de alguaciles,  
dos alcaldes de su corte,

tres capitanes con gente  
por las calles y cantones:

«plaza, aparte, aparte,» claman  
diciendo los muñidores:

«Hagan bien para hacer bien  
por el alma d'este hombre.»

En medio viene el de Luna  
rompiendo los corazones,

en una mula enlutada,  
capuz hasta los talones,  
una caperuza negra,  
agravado con prisiones,  
á los lados uno y otro  
un par de predicadores.  
Todos se conmueven de él,  
no hay quien de vello no llore,  
y al preguntar por qué muere  
todos los hombros encogen:  
los pregoneros lo dicen,  
unos á otros lo responden.  
Llegaron á un cadahalso,  
encima del cual le ponen,  
teatro de su tragedia,  
donde lo que dicen oye:  
«Hagan bien para hacer bien  
por el alma d'este pobre.»

## XXII

Pregunta el rey á Abenámar su prisionero, sobre  
las cosas de Granada, á cuya ciudad estrechó  
tanto el sitio, que obligó á su rey á rendirle  
tributo.

(Anónimo)

Por Guadalquivir arriba  
el buen rey Don Juan camina:  
encontrara con un moro  
que Abenámar se decía.  
El buen Rey desde que lo vido  
d'esta suerte le decía:  
—Abenámar, Abenámar,  
moro de la morería,

hijo eres de un moro perro  
y de una cristiana cativa.  
Tu padre llaman Hali  
y á tu madre Catalina.  
Cuando tú naciste, moro,  
la luna estaba crecida,  
y la mar estaba en calma,  
viento no la rebullía.  
Moro que en tal signo nace  
no debe decir mentira:  
preso tengo un hijo tuyo,  
yo le otorgaré la vida,  
si me dices la verdad  
de lo que preguntaría.  
Moro, si no me la dices,  
á ti también mataría.  
—Yo te la diré, buen Rey,  
si tú me otorgas la vida.  
—Dígame la tuya, el moro,  
que otorgada te sería.  
¿Qué castillos son aquellos,  
que altos son y relucian?—  
—El Alhambra era, señor,  
y la otra es la Mezquita;  
los otros los Alixares  
labrados á maravilla.  
El moro que los labró  
cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra  
de lo suyo las perdía:  
desde que los tuvo labrados,  
el Rey le quitó la vida  
porque no labre otros tales  
al rey del Andalucía.  
La otra era Granada,  
Granada la noblecida



de los muchos caballeros  
y la gran ballestería. —  
Allí habla el rey Don Juan,  
bien veréis lo que decía :  
—Granada, si tú quisieses  
contigo me casaría :  
daréte en arras y dote  
á Córdoba y á Sevilla,  
y á Jerez de la Frontera,  
que cabe sí la tenía.  
Granada, si más quisieses,  
mucho más yo te daría. —  
Allí hablara Granada,  
al buen Rey le respondía :  
—Casada só, el rey Don Juan,  
casada, que no viuda ;  
el moro que á mi me tiene  
bien defenderme querría. —  
Allí habla el rey Don Juan,  
estas palabras decía :  
—Échenme acá mis lombardas  
Doña Sancha y Doña Elvira,  
tiraremos á lo alto,  
lo bajo ello se daría. —  
El combate era tan fuerte  
que grande temor ponía :  
los moros del baluarte,  
con terrible algacería  
trabajan por defenderse,  
mas hacello no podían.  
El rey moro que esto vido  
prestamente se rendía,  
y cargó tres cargas de oro ;  
al buen Rey se las envía :  
prometió ser su vasallo  
con parias que le daría.

Los castellanos quedaron  
contentos á maravilla.  
Cada cual por do ha venido  
se volvió para Castilla.

## XXIII

Batalla de los Alporchones, en que Quiñonero  
queda cautivo

(Anónimo)

Allá en Granada la rica  
instrumentos oí tocar  
en la calle de los Gomeles,  
á la puerta de Abidbar,  
el cual es moro valiente  
y muy fuerte capitán.  
Manda juntar muchos moros  
bien diestros en pelear,  
porque en el campo de Lorca  
se determina de entrar ;  
con él salen tres alcaldes,  
aquí los quiero nombrar :  
Almoradi de Guadix,  
éste es de sangre real ;  
Abenacizes el otro,  
y de Baza natural :  
y de Vera es Alabez,  
de esfuerzo muy singular,  
y en cualquier guerra su gente  
bien la sabe acaudillar.  
Todos se juntan en Vera  
para ver lo que harán ;  
el campo de Cartagena

acuerdan de saquear.  
 Á Alabez, por ser valiente,  
 lo hacen su general ;  
 otros doce alcaides moros  
 con ellos juntado se han,  
 que aquí no digo sus nombres  
 por quitar prolijidad.

Ya se partían los moros,  
 ya comienzan de marchar,  
 por la fuente de Pulpé,  
 por ser secreto lugar,  
 y por el puerto los Peines,  
 por orillas de la mar.

En campos de Cartagena  
 con furor fueron á entrar ;  
 cautivan muchos cristianos,  
 que era cosa de espantar.  
 Todo lo corren los moros  
 sin nada se les quedar ;  
 el rincón de San Ginés  
 y con ellos al Pinátar.

Cuando tuvieron gran presa  
 hacia Vera vuelto se han,  
 y en llegando al Puntarón,  
 consejo tomado han

si pasarían por Lorca,  
 ó si irían por la mar.  
 Alabez, como es valiente  
 por Lorca quería pasar,  
 por tenerla muy en poco  
 y por hacerle pesar ;  
 y así con toda su gente  
 comenzaron de marchar.

Lorca y Murcia lo supieron ;  
 luégo los van á buscar,  
 y el comendador de Aledo,

que Lisón suelen llamar,  
 junto de los Alporchones  
 allí los van á alcanzar.

Los moros iban pujantes,  
 no dejaban de marchar ;  
 cautivaron un cristiano,  
 caballero principal,

al cual llaman Quiñonero,  
 que es de Lorca natural.  
 Alabez, que vió la gente,  
 comienza de preguntar :

—Quiñonero, Quiñonero,  
 dígame tú la verdad,  
 pues eres buen caballero,  
 no me la quieras negar :

¿ Qué pendones son aquellos  
 que están en el olivar ?—

Quiñonero le responde,  
 tal respuesta le fué á dar :

—Lorca y Murcia son, señor,  
 Lorca y Murcia, que no más,  
 y el comendador de Aledo,  
 de valor muy singular,  
 que de la francesa sangre  
 es su prosapia real.

Los caballos traían gordos,  
 ganosos de pelear.

Allí respondió Alabez,  
 lleno de rabia y pesar :

—Pues por gordos que los traigan,  
 la Rambla no han de pasar,  
 y si ellos la Rambla pasan,  
 ¡Alá, y qué mala señal !—

Estando en estas razones  
 allegara el mariscal  
 y el buen alcaide de Lorca,

con esfuerzo muy sin par.  
 Aqueste alcaide es Faxardo,  
 valeroso en pelear;  
 la gente traen valerosa,  
 no quieren más aguardar.  
 Á los primeros encuentros  
 la Rambla pasado han,  
 y aunque los moros son muchos,  
 allí lo pasan muy mal.  
 Mas el valiente Alabez  
 hace gran plaza y lugar.  
 Tantos de cristianos matan,  
 que es dolor de lo mirar.  
 Los cristianos son valientes,  
 nada les pueden ganar;  
 tantos matan de los moros,  
 que era cosa de espantar.  
 Por la sierra de Aguaderas  
 huyendo sale Abidbar  
 con trescientos de á caballo,  
 que no pudo más sacar.  
 Faxardo prendió á Alabez  
 con esfuerzo singular.  
 Quitáronle la cabalgada,  
 que en riqueza no hay su par.  
 Abidbar llegó á Granada,  
 y el Rey lo mandó matar.

## XXIV

El alcaide de Antequera pide al rey moro socorro para defensa de esta plaza, que al fin se rinde al infante Don Fernando.

(Anónimo)

De Antequera partió el moro  
 tres horas antes del día,

con cartas en la su mano  
 en que socorro pedía.  
 Escritas iban con sangre,  
 mas no por falta de tinta.  
 El moro que las llevaba  
 ciento y veinte años había;  
 la barba tenía blanca,  
 la calva le relucía;  
 toca llevaba tocada,  
 muy grande precio valía.  
 La mora que la labrara  
 por su amiga la tenía;  
 alhamar en su cabeza *monda en unata*  
 con borlas de seda fina;  
 caballero en una yegua,  
 que caballo no quería.  
 Solo con un pajecico  
 que le tenga compañía,  
 no por falta de escuderos,  
 qu'en su casa hartos había.  
 Siete celadas le ponen  
 de mucha caballería,  
 mas la yegua era ligera,  
 d'entre todos se salía;  
 por los campos de Archidona  
 á grandes voces decía:  
 —¡Oh gran Rey, si tú supieses  
 mi triste mensajería  
 mesarias tus cabellos  
 y la tu barba vellida!—  
 El Rey, que venir lo vido  
 á recibir lo salía  
 con trescientos de á caballo,  
 la flor de la morería.  
 Bien seas venido, el moro,  
 buena sea tu venida.

—Alá te mantenga, Rey,  
con toda tu compañía.  
—Dime, ¿qué nuevas me traes  
de Antequera, esa mi villa?  
—Yo te las diré, buen Rey,  
si tú me otorgas la vida.  
—La vida t'es otorgada,  
si traición en ti no había.  
—Nunca Alá lo permitiese  
hacer tan gran villanía!  
Mas sepa tu real Alteza  
lo que ya saber debria,  
qu'esa villa de Antequera  
en gran aprieto se vía,  
qu'el infante Don Fernando  
cercada te la tenía.  
Fuertemente la combate  
sin cesar noche ni día;  
manjar que tus moros comen,  
cueros de vaca cocida:  
buen Rey, si no la socorres  
muy presto se perdería.—  
El Rey, cuando aquesto oyera,  
de pesar se amortescía;  
haciendo gran sentimiento  
muchas lágrimas vertía;  
rasgaba sus vestiduras,  
con gran dolor que sentía;  
ninguno le consolaba,  
porque no lo permitía.  
Mas después, en sí tornando,  
á grandes voces decía:  
—Tóquense mis añafles,  
trompetas de plata fina;  
júntense mis caballeros  
cuantos en mi reino había,

vayan con mis dos hermanos  
á Archidona, esa mi villa,  
en socorro de Antequera,  
llave de mi señoría.—  
Y así con este mandado  
se juntó gran morería:  
ochenta mil peones fueron  
el socorro que venía,  
con cinco mil de á caballo,  
los mejores que tenía.  
Así en la Boca del Asno  
este real sentado había  
á vista del d'el Infante,  
el cual ya se apercebía  
confiando en la vitoria  
que d'ellos Dios les daría,  
sus gentes bien ordenadas:  
de Sant Juan era aquel día,  
cuando se dió la batalla  
de los nuestros tan herida,  
que por ciento y veinte muertos  
quince mil moros había.  
Después de aquesta batalla,  
fué la villa combatida  
con lombardas y pertrechos,  
y con una gran bastida,  
con que le ganán las torres  
de donde era defendida.  
Después dieron el castillo  
los moros á pleitesía,  
que libres con sus haciendas  
el Infante los pornía  
en la villa de Archidona,  
lo cual todo se cumplía;  
y así se ganó Antequera  
á loor de Santa María.

## XXV

Salen los moros de Granada con Muza y Boabdil  
á recobrar á Jaén

(Anónimo)

—Reduán, bien se te acuerda,  
que me diste la palabra  
que me darías á Jaén  
en una noche ganada.  
Reduán, si tú lo cumples,  
daréte paga doblada,  
y si tú no lo cumplieres  
desterrarte he de Granada.  
Echarte he en una frontera,  
do no goces de tu dama.—  
Reduán le respondía  
sin demudarse la cara:  
—Si lo dije, no me acuerdo;  
mas cumpliré mi palabra.—  
Reduán pide mil hombres,  
el Rey cinco mil le daba.  
Por esa puerta de Elvira  
sale muy gran cabalgada:  
¡Cuánto del hidalgo moro!  
Cuánta de la yegua baya!  
Cuánta de la lanza en puño!  
Cuánta de la adarga blanca!  
Cuánta de marlota verde!  
Cuánta aljuba de escarlata!  
Cuánta pluma y gentileza!  
Cuánto capellar de grana!  
Cuánto bayo borcegui!  
Cuánto lazo que le esmalta!

Cuánta de la espuela de oro!  
Cuánta estribera de plata!  
Toda es gente valerosa  
y experta para batalla:  
en medio de todos ellos  
va el rey Chico de Granada.  
Miranlo las damas moras  
de las torres del Alhambra.  
La reina mora su madre  
d'esta manera le habla:  
—Alá te guarde, mi hijo,  
Mahoma vaya en tu guarda,  
y te vuelva de Jaén  
libre, sano, y con ventaja,  
y te dé paz con tu tío,  
señor de Guadix y Baza.—

## XXVI

Rebato de los cristianos de Jaén, al mando del  
obispo Don Gonzalo, contra los moros de Gra-  
nada.

(Anónimo)

Día es de San Antón,  
ese santo señalado,  
cuando salen de Jaén  
cuatrocientos hijosdalgo;  
y de Úbeda y Baeza  
se salían otros tantos,  
mozos deseosos de honra,  
y los más enamorados.  
En brazos de sus amigas,  
van todos juramentados

de no volver á Jaén  
sin dar moro en aguinaldo.  
La seña que ellos llevaban  
es pendón raho de gallo ;  
por capitán se lo llevan  
al obispo Don Gonzalo,  
armado de todas armas,  
en un caballo alazano :  
todos se visten de verde,  
el Obispo, azul y blanco.  
Al castillo de la Guardia  
el Obispo había llegado :  
sáleselo á recibir  
Mexía, el noble hidalgo :  
— Por Dios te ruego, el Obispo,  
que no pasedes el vado,  
porque los moros son muchos,  
á la Guardia habían llegado ;  
muerto me han tres caballeros,  
de que mucho me ha pesado :  
el uno era tío mío,  
el otro mi primo hermano,  
y el otro es un pajecico  
de los míos máspreciado.  
Demos la vuelta, señores,  
demos la vuelta á enterrallos,  
haremos á Dios servicio,  
honraremos los cristianos.—  
Ellos estando en aquesto,  
llegó Don Diego de Haro :  
— Adelante, caballeros,  
que me llevan el ganado ;  
si de algún villano fuera,  
ya lo hubiérades quitado ;  
empero alguno está aquí  
que le place de mi daño :

no cumple decir quién es,  
que es el del roquete blanco.—  
El Obispo que lo oyera,  
dió de espuelas al caballo ;  
el caballo era ligero,  
saltado había un vallado ;  
mas al salir de una cuesta,  
á la asomada de un llano,  
vido mucha adarga blanca,  
mucho alboroz colorado,  
y muchos hierros de lanzas,  
que relucen en el campo ;  
metídose había en ellos  
como león denodado :  
de tres batallas de moros  
la una ha desbaratado,  
mediante la buena ayuda  
que en los suyos ha hallado :  
aunque algunos d'ellos mueren,  
eterna fama han ganado.  
Los moros son infinitos,  
al Obispo habían cercado :  
cansado de pelear  
lo derriban del caballo,  
y los moros victoriosos  
á su Rey lo han presentado.

XXVII

Muerte del conde de Niebla don Enrique de

Guzmán

(Anónimo)

— Dadme nuevas, caballeros,  
nuevas me queráis contar

de aquese conde de Niebla,  
don Enrique de Guzmán,  
que hace guerra á los moros,  
y ha cercado á Gibraltar.

Hoy veo jergas en mi corte,  
ayer ví fiestas asaz:

¿si algún grande ha fallecido  
de Castilla y de mi sangre,

ó don Álvaro de Luna  
el maestre y condestable?

--Ningún grande ha fallecido,  
ni hombre de vuestra sangre,

ni don Álvaro de Luna  
el maestre y condestable;

mas es muerto un caballero  
qu'era su valor tan grande

que verédes á los moros,  
en cuán poco vos ternán.

Por ayudar á los suyos,  
podiéndose bien salvar,

por oír sólo su nombre,  
por se oír sólo llamar,

tornó en un batel pequeño  
á la braveza del mar.

Don Enrique es, rey, aqueste,  
don Enrique de Guzmán:

dejad, señor, los brocados;  
no querades más solaz.—

El rey oyendo tal nueva  
hobo en extremo pesar,

porque tan buen caballero  
no se quisiera salvar;

e mandó traer su fijo,  
aquel que quedado le ha,

y de Medina-Sidonia  
duque le fué á intitular.

## XXVIII

Lance de juego entre el rey moro de Almería,  
y Fajardo, alcaide de Loja

(Anónimo)

Jugando estaba el rey moro  
en un ajedrez un día,

con aquese buen Fajardo  
con amor que le tenía.

Fajardo jugaba á Loja,  
y el moro rey á Almería;

jaque le dió con el roque,  
el alferez le prendía.

Á grandes voces dice el moro:  
—La villa de Lorca es mía.—

Allí hablara Fajardo,  
bien oiréis lo que diría:

—Calles, calles, señor rey,  
no toméis la tal porfía,

que aunque me la ganases,  
ella no se te daría:

caballeros tengo dentro,  
que te la defenderían.—

Allí hablara el rey moro,  
bien oiréis lo que diría:

—No juguemos más, Fajardo,  
ni tengamos más porfía,

que sois tan buen caballero,  
que todo el mundo os temía.—

## XXIX

El alcaide de Alhama es decapitado por orden  
del rey

(Anónimo)

Pasébase el rey moro  
por la ciudad de Granada  
desde la puerta de Elvira  
hasta la de Vivarambla.

«¡Ay de mi Alhama!»  
Cartas le fueron venidas  
que Alhama era ganada:  
las cartas echó en el fuego,  
y al mensajero matara.

«¡Ay de mi Alhama!»  
Descabalgó de una mula,  
y en un caballo cabalgó;  
por el Zacatin arriba  
subido se había al Alhambra.

«¡Ay de mi Alhama!»  
Como en el Alhambra estuvo,  
al mismo punto mandaba  
que se toquen sus trompetas,  
sus añfiles de plata.

«¡Ay de mi Alhama!»  
Y que las cajas de guerra  
aprieta toquen al arma,  
porque lo oigan sus moriscos  
los de la Vega y Granada,  
«¡Ay de mi Alhama!»

Los moros que el són oyeron  
que al sangriento Marte llama,  
uno á uno y dos á dos

juntado se ha gran batalla.

«¡Ay de mi Alhama!»

Allí habló un moro viejo,  
d'esta manera hablara:

—¿Para qué nos llamas, rey,  
para qué es esta llamada?—

«¡Ay de mi Alhama!»

—Habéis de saber, amigos,  
una nueva desdichada:

que cristianos de braveza  
ya nos han ganado Alhama.—

«¡Ay de mi Alhama!»

Allí habló un Alfaquí  
de barba cruda y cana:

—¡Bien se te emplea, buen rey!

¡Buen rey, bien se te empleará!

«¡Ay de mi Alhama!»

Mataste los Abencerrajes,  
que eran la flor de Granada;  
cogiste los tornadizos  
de Córdoba la nombrada.

«¡Ay de mi Alhama!»

Por eso mereces, rey,  
una pena muy doblada;

que te pierdas tú y el reino,

y aquí se pierda Granada.—

«¡Ay de mi Alhama!»

## XXX

Sotomayor, conde de Belalcázar, muere de  
traidora mano, en el sitio de Alora

(Anónimo)

Alora, la bien cercada,  
tú que estás á par del río



cercóte el Adelantado  
 una mañana en domingo;  
 con peones y hombres de armas  
 hecho la había un portillo.  
 Viérades moros y moras  
 que iban huyendo al castillo;  
 las moras llevaban ropa,  
 los moros harina y trigo.  
 Por encima del adarve  
 su pendón llevan tendido.  
 Allá detrás de una almena *muro de fortaleza*  
 quedádose há un morillo  
 con una ballesta armada,  
 y en ella puesto un cuadrillo,  
 y en altas voces decia,  
 que la gente lo ha oído:  
 —¡Treguas, tregua, Adelantado,  
 que tuyo se da el castillo!—  
 Alzó la visera arriba  
 para ver quién lo había dicho:  
 apuntáralo á la frente,  
 salídole há al colodrillo.  
 Tómale Pablo de rienda,  
 de la mano Jacobico,  
 qu' eran dos esclavos suyos  
 que había criado de chicos.  
 Lévanle á los maestros,  
 por ver si le dan guarido.  
 Á las primeras palabras  
 por testamento les dijo  
 que él á Dios s' encomendaba,  
 y el alma se le ha salido.

## XXXI

Muerte de Saavedra en la batalla de Río-verde,  
 en las Alpujarras

(Anónimo)

¡ Río-Verde, Río-Verde!  
 ¡ Cuánto cuerpo en ti se baña  
 de cristianos y de moros  
 muertos por la dura espada!  
 Y tus ondas cristalinas  
 de roja sangre se esmaltan,  
 que entre moros y cristianos  
 se trabó muy gran batalla.  
 Murieron duques y condes,  
 grandes señores de salva,  
 murió gente de valía  
 de la nobleza de España.  
 En ti murió don Alonso,  
 que de Aguilar se llamaba;  
 el valeroso Urdiales  
 con don Alonso acababa.  
 Por una ladera arriba  
 el buen Saavedra marcha:  
 natural es de Sevilla,  
 de la gente más granada;  
 tras de él iba un renegado;  
 d' esta manera le habla:  
 —Date, date, Saavedra,  
 no huigas de la batalla:  
 yo te conocí muy bien;  
 gran tiempo estuve en tu casa,  
 y en la ciudad de Sevilla  
 bien te vide jugar cañas:  
 conocí á tu padre y madre

y á tu mujer doña Clara.  
 Siete años fui tu cautivo ;  
 malamente me tratabas,  
 y ahora lo serás mio,  
 si Mahoma me ayudaba,  
 y también te trataré  
 como tú á mí me tratabas.—  
 Saavedra, que lo oyera,  
 al moro volvió la cara.  
 Tiróle el moro una flecha,  
 pero nunca le acertaba ;  
 mas hirióle Saavedra  
 de una muy cruel lanzada.  
 Muerto cayó el renegado,  
 sin poder hablar palabra.  
 Saavedra fué cercado  
 de mucha mora canalla,  
 y al cabo quedó allí muerto  
 de una muy mala lanzada.  
 Don Alonso en este tiempo  
 bravamente peleaba ;  
 el caballo le habían muerto,  
 y le tiene por muralla ;  
 mas cargaron tantos moros,  
 que mal le hieren y tratan ;  
 de la sangre que perdía,  
 don Alonso se desmaya :  
 al fin, al fin, cayó muerto  
 al pié de una peña alta.  
 También el conde de Ureña,  
 mal herido, se escapaba,  
 por guiarle un adalid  
 que sabe bien las entradas.  
 Muchos salen con el conde,  
 que le siguen las pisadas :  
 muerto queda don Alonso,  
 y eterna fama ganada.

## XXXII

## Sobre la toma de galera

(De Ginés Pérez de Hita)

Mastredajes, marineros  
 de Huéscar y otro lugar  
 han armado una galera  
 que no la hay tal en la mar.  
 No tiene velas ni remos,  
 y navega, y hace mal ;  
 el castillo de la popa  
 tiene muy bien que mirar.  
 La carena es una peña  
 muy fuerte para espantar ;  
 ¡ quien pudo galafatarla,  
 bien sabe galafatar !  
 No lleva estopa ni brea,  
 y el agua no puede entrar  
 sino por escotillón,  
 hecho á costa principal.  
 Marinero que la rige  
 sarracino es natural,  
 criado acá en nuestra España  
 por su mal y nuestro mal :  
 Abenhozmin há por nombre,  
 y es hombre de gran caudal.  
 Confiado en su galera,  
 va diciendo este cantar :  
 « ¡ Galera, la mi galera,  
 » Dios te me guarde de mal,  
 » de los peligros del mundo,  
 » y del príncipe don Juan,  
 » y de su gente española,  
 » que te viene á conquistar !

»Si de este golfo me sacas  
 »delante pienso pasar  
 »á la vuelta de Toledo,  
 »Madrid y el Escorial:  
 »el Pardo y Aranjuez  
 »los presumo visitar,  
 »y llegar á las Asturias,  
 »do otra vez pudo llegar  
 »Abenhozmin mi pasado,  
 »que vino de allende el mar,  
 »y poseyó las Españas  
 »casi mil años, ó más.»  
 Estas palabras diciendo,  
 la galera fué á encallar;  
 no puede ir adelante,  
 ni puede volver atrás.  
 Cristianos la rodearon  
 para haberla de tomar;  
 toda es gente belicosa,  
 con ellos el gran don Juan.  
 Comienzan de combatirla,  
 y ella quiere pelear  
 sin darse á ningún partido,  
 antes quiere allí acabar.  
 Fuertemente la combate  
 el de Austria sin la dejar;  
 con cañones reforzados  
 comienza á cañonear.  
 Poco vale combatirla,  
 que es fuerte para espantar,  
 hasta que le arrojan dentro  
 pólvora, fuego, alquitrán,  
 con que la dan cruda guerra,  
 y al fin la hacen volar:  
 así acabó esta galera  
 sin poder más navegar.

## XXXIII

Noble resolución y estratagema de D. García, con la cual consigue que los moros levanten el cerco del castillo de Ureña.

(Anónimo)

Á tal anda don García  
 por un adarve adelante,  
 saetas de oro en la mano,  
 en la otra un arco trae.  
 Maldiciendo á la fortuna  
 grandes querellas le dae:  
 —Críome el rey de pequeño,  
 hizome Dios barragane;  
 dióme armas y caballo,  
 por do todo hombre más vale,  
 diérame á doña María  
 por mujer y por iguale,  
 diérame á cien doncellas  
 para á ella acompañare,  
 dióme el castillo de Ureña  
 para con ella casare;  
 diérame cien caballeros  
 para el castillo guardare,  
 basteciómelo de vino,  
 basteciómelo de pane,  
 basteciólo de agua dulce  
 qu'en el castillo no la haye.  
 Cercáronme los moros  
 la mañana de san Juane:  
 siete años van pasados  
 el cerco no quieren quitare,  
 veo morir á los míos,

no teniendo qué les dare,  
 póngolos por las almenas  
 armados como se estane,  
 porque pensasen los moros  
 qué podrían pelear:  
 en el castillo de Ureña  
 no hay sino un solo pane,  
 y si le doy á mis hijos,  
 la mi mujer ¿qué harae?  
 Si lo como yo, mezquino,  
 los míos se quejarane. —  
 Hizo el pan cuatro pedazos  
 y arrojólos al reale:  
 el un pedazo de aquellos  
 á los piés del rey fué á dare.  
 —Alá, pese á mis moros,  
 á Alá le quiera pesare,  
 de las sobras del castillo  
 nos bastecen el reale. —  
 Manda tocar los clarines  
 y su cerco luégo alzare.

ROMANCES DOCTRINALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

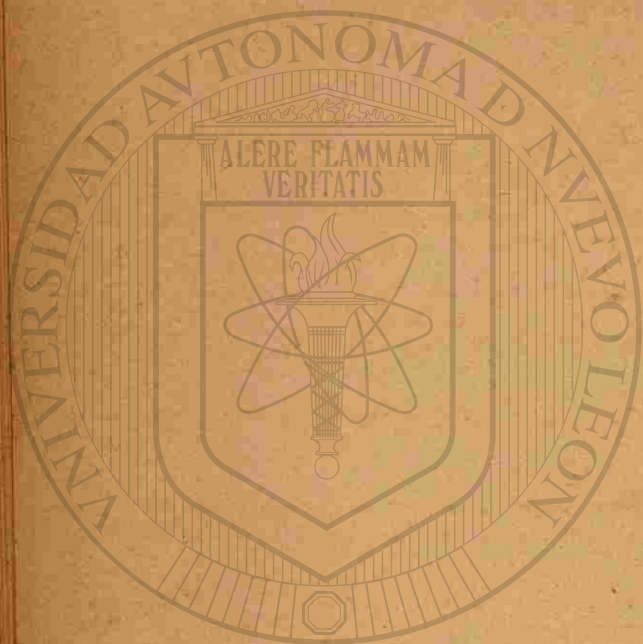
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no teniendo qué les dare,  
 póngolos por las almenas  
 armados como se estane,  
 porque pensasen los moros  
 qué podrían pelear:  
 en el castillo de Ureña  
 no hay sino un solo pane,  
 y si le doy á mis hijos,  
 la mi mujer ¿qué harae?  
 Si lo como yo, mezquino,  
 los míos se quejarane. —  
 Hizo el pan cuatro pedazos  
 y arrojólos al reale:  
 el un pedazo de aquellos  
 á los piés del rey fué á dare.  
 —Alá, pese á mis moros,  
 á Alá le quiera pesare,  
 de las sobras del castillo  
 nos bastecen el reale. —  
 Manda tocar los clarines  
 y su cerco luégo alzare.

ROMANCES DOCTRINALES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

(De Lope de Vega Carpio)

Á mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,  
porque para andar conmigo  
me bastan mis pensamientos.

¡No sé qué tiene la aldea  
donde vivo y donde muero,  
que con venir de mí mismo  
no puedo venir más lejos!

Ni estoy bien ni mal conmigo;  
mas dice mi entendimiento,  
que un hombre que todo es alma  
está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta,  
y solamente no entiendo  
cómo se sufre á sí mismo  
un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,  
fácilmente me defiendo;  
pero no puedo guardarme

de los peligros de un necio.  
 El dirá que yo lo soy,  
 pero con falso argumento;  
 que humildad y necesidad  
 no caben en un sujeto.  
 La diferencia conozco,  
 porque en él y en mí contemplo,  
 su locura en su arrogancia,  
 mi humildad en su desprecio.  
 Ó sabe naturaleza  
 más que supo en otro tiempo,  
 ó tantos que nacen sabios  
 es porque lo dicen ellos.  
 Sólo sé que no sé nada,  
 dijo un filósofo, haciendo  
 la cuenta con su humildad,  
 adonde lo más es menos.  
 No me precio de entendido,  
 de desdichado me precio;  
 que los que no son dichosos,  
 ¿cómo pueden ser discretos?  
 No puede durar el mundo,  
 porque dicen, y lo creo,  
 que suena á vidrio quebrado,  
 y que ha de romperse presto.  
 Señales son del juicio  
 ver que todos le perdemos,  
 unos por carta de más,  
 otros por carta de menos.  
 Dijeron que antiguamente  
 se fué la verdad al cielo:  
 ¡tal la pusieron los hombres  
 que desde entonces no ha vuelto!  
 En dos edades vivimos  
 los propios y los agenos,  
 la de plata los extraños,

y la de cobre los nuestros.  
 ¿Á quién no dará cuidado,  
 si es español verdadero,  
 ver los hombres á lo antiguo  
 y el valor á lo moderno?  
 Dijo Dios, que comería  
 su pan el hombre primero  
 con el sudor de su cara,  
 por quebrar su mandamiento;  
 y algunos inobedientes  
 á la vergüenza y al miedo,  
 con las prendas de su honor  
 han trocado los efectos.  
 Virtud y filosofía  
 peregrinan como ciegos:  
 el uno se lleva al otro,  
 llorando van y pidiendo.  
 Dos polos tiene la tierra,  
 universal movimiento,  
 la mejor vida el favor,  
 la mejor sangre el dinero.  
 Oigo tañer las campanas,  
 y no me espanto, aunque puedo,  
 que en lugar de tantas cruces  
 haya tantos hombres muertos.  
 Mirando estoy los sepulcros  
 cuyos mármoles eternos  
 están diciendo sin lengua,  
 que no lo fueron sus dueños.  
 ¡Oh bien haya quien los hizo,  
 porque solamente en ellos  
 de los poderosos grandes  
 se vengaron los pequeños!  
 Fea pintan á la envidia;  
 yo confieso que la tengo  
 de unos hombres que no saben

quién vive pared en medio,  
sin libros y sin papeles,  
sin tratos, cuentas ni cuentos:  
cuando quieren escribir  
piden prestado el tintero.  
Sin ser pobres ni ser ricos  
tienen chimenea y huerto;  
no los despiertan cuidados,  
ni pretensiones, ni pleitos,  
ni murmuraron del grande,  
ni ofendieron al pequeño;  
nunca, como yo, firmaron  
parabién, ni pascua dieron.  
Con esta envidia que digo,  
y lo que paso en silencio,  
á mis soledades voy,  
de mis soledades vengo.

## II

(Anónimo)

Si te durmieres, morena,  
ten aviso que es el sueño  
la mitad de nuestra vida,  
que se nos pasa corriendo;  
y que es tan veloz volando,  
como ligera durmiendo;  
tan breve en la juventud,  
como cuando somos viejos,  
porque el desengaño triste  
de nuestro curso ligero,  
cuando quiere despertarnos,  
llega tarde y sin provecho.  
Tu juventud y hermosura

no es más que un mercader nuevo,  
que de rico queda pobre  
con el discurso del tiempo:  
es una gloria del mundo,  
y de los ojos un velo,  
y un grillo para los piés,  
y esposas para los dedos;  
una ocasión de peligros,  
y de la envidia un terrero;  
un verdugo de los hombres,  
famoso ladrón del tiempo.  
Cuando la muerte baraja  
á los hermosos y feos,  
en la estrecha sepultura  
no se conocen los huesos;  
y aunque el ciprés sea más alto,  
y más hermoso sea el cedro,  
no por eso su carbón  
es más blanco que el del fresno;  
que en esta mísera vida  
nos viene el placer á sueños,  
y el disgusto y los pesares  
cuando estamos más despiertos.  
La flor de su nuevo abril  
la quema el otoño seco,  
que en marfil blanco y malquisto  
convierte el ébano negro.

## III

Contra amor

(Anónimo)

Ya que á la plaza del mundo  
saliste, mancebo loco,



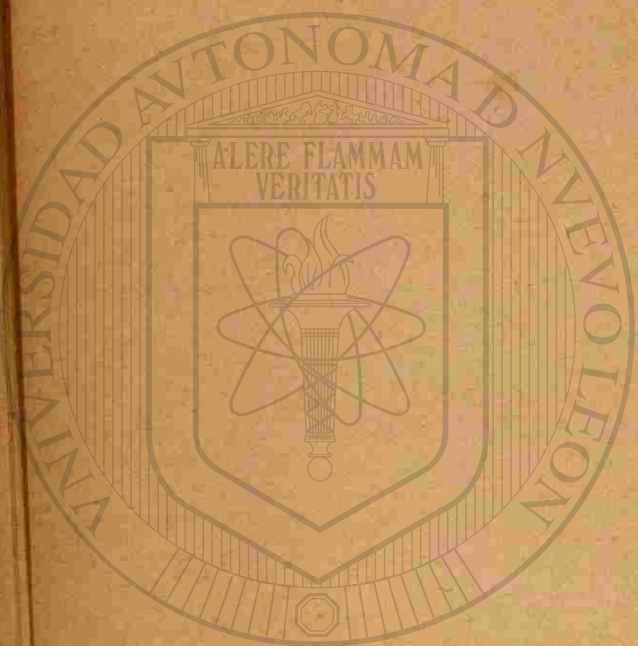
con la garrocha en las manos  
 y con la capa en el hombro,  
 asegurado en los piés  
 y descuidado en los ojos,  
 sin ver que si corre un ciego,  
 lleva el peligro notorio;  
 mira bien que te ha mirado  
 aquel toro cauteloso,  
 que primero que la muerte  
 nació para darla á todos.  
 Apenas, siendo novillo,  
 salió de los verdes sotos,  
 y al primer hombre del mundo  
 hizo ejemplo de los otros.  
 «Echate, mozo;  
 »que te mira el toro.»  
 Vencerle quisieron reyes,  
 domarle intentaron doctos,  
 castos quisieron herrarle,  
 y al fin erráronle todos.  
 Un mozo le echó la capa,  
 siendo á sus bramidos sordo;  
 pero costóle estar preso  
 por un falso testimonio.  
 Amor le llama la gente,  
 que no le ha visto en el coso;  
 mas los que sus vueltas saben  
 le llaman veneno y monstruo.  
 «Echate, mozo,  
 »que te mira el toro.»

## IV

(Anónimo)

Malograda fuentecilla,  
 detén el curso, y advierte,

que si caudales presumes,  
 precipitada te pierdes.  
 Entre sauces y azucenas  
 tuviste muy rico albergue:  
 si tus corrientes esparces  
 ni serás río ni fuente.  
 Las flores que te servian  
 de olorosos ramilletes,  
 son urnas de tus cristales,  
 de tus pensamientos muerte,  
 y son tan breves tus días,  
 que al pensamiento desmienten,  
 porque corren tan apriesa  
 que ya salen cuando vienen.  
 ¡Qué alegre al Tajo caminas,  
 y qué poca vida tienes,  
 siendo llanto á tus obsequias  
 la misma risa que viertes!  
 Á tu albergue te retira,  
 no murmure quien te viere,  
 que de altiva y de soberbia  
 desvanecida te atreves.



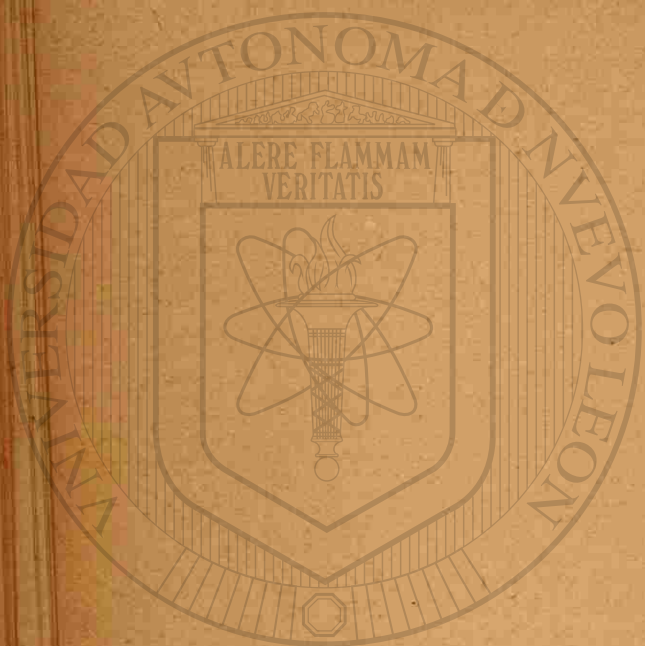
ROMANCES AMATORIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





x I

(Anónimo)

Se estaba mi corazón  
en una silla asentado  
circuido de pasión,  
de firmeza coronado.  
Tres son los mis pensamientos  
que así le tienen cercado :  
al uno llaman Desdicha,  
al otro llaman Cuidado,  
al otro gran Desconsuelo  
para mi, desconsolado,  
que una señora que sirvo  
mis servicios ha olvidado ;  
y si yo muero de amores  
no me entierren en sagrado.  
Háganme la sepultura  
en un verdecico prado,  
y dirán todas las gentes :  
¿ de qué murió el desdichado ?  
No murió de calentura,  
ni de dolor de costado ;  
mas murió de mal de amores,  
qu'es un mal desesperado.

## X II

(Anónimo)

Puso Venus á Cupido  
 un rétulo en las espaldas,  
 por si acaso se perdiese  
 le puedan volver á casa.  
 Dice el blanco pergamino  
 en unas letras doradas :  
 «Este niño vive en Chipre,  
 »en la calle de las Damas ;  
 »hijo es de Vulcano, herrero,  
 »y de la Venus errada ;  
 »el que lo hallare lo vuelva,  
 »que buen hallazgo le manda.»  
 Con esto á la escuela fué  
 con una cesta de palma,  
 donde llevaba el almuerzo  
 y la cartilla llevaba.  
 Sentóse con otros niños  
 sobre la dorada aljaba,  
 una flecha por puntero  
 que apenas el papel rasga.  
 Y sobre dar la lición  
 mal sabida y no estudiada,  
 azotóle su maestro  
 con una cuerda de lana.  
 El niño con el enojo  
 no se fué derecho á casa ;  
 mas con otros rapacillos  
 se fué á pescar á la playa,  
 donde faltándoles cuerda,  
 de los cabellos arranca  
 algunas doradas hebras,

y de dos en dos las ata.  
 Uno de ellos quita luégo  
 el reguilete á su caña,  
 y echando al agua la cuerda  
 no pesca en dos horas nada.  
 Cayó en ello el más discreto,  
 y prometió, si le daba  
 la mitad del primer lance,  
 le prestaría dos cañas.  
 Así le fué prometida,  
 y puesto el cebo, esperaba.  
 En este tiempo dos ninfas  
 que en sus cristales nadaban,  
 viendo los rubios cabellos,  
 el cabo de ellos desatan,  
 y las perlas que traían  
 una prende y otra ensarta.  
 Sienten los niños el peso,  
 y el lance entre los dos sacan ;  
 y en esto el niño tardóse  
 y la noche oscura baja.  
 Andaba después llorando ;  
 llévanle derecho á casa  
 por las letras conocidas,  
 donde su madre le aguarda.  
 Azotarle quiere Venus,  
 él replicaba : — Ya basta,  
 madre mía, que el maestro  
 me azotó por la mañana.  
 Que se pierda un niño, madre,  
 no es maravilla tan alta,  
 que también se perdió Elena  
 por interés de una rama.  
 Pues Elena se perdió  
 por unas manzanas falsas,  
 no es mucho que por las finas

perdido una hora me traigan.  
 Mas si agora no me azota,  
 le diré un ardid y maña  
 para pescar corazones,  
 que ya tan raros se hallan.  
 Sepa, madre, que no pesca  
 anzuelo á quien cebo falta;  
 ponga dinero en la flecha,  
 y podrá pescar las almas.—  
 La madre, viendo el consejo,  
 azote y mano levanta,  
 y desde entonces no pesca  
 menos que con oro y plata.

## III

(Anónimo)

Por los jardines de Chipre  
 andaba el niño Cupido,  
 entre las rosas y flores,  
 jugando con otros niños:  
 cuál trepa por algún sauce,  
 presumiendo buscar nidos;  
 cuál cogiendo el fresco viento  
 por coger los pajarillos;  
 cuál hace jaulas de juncos;  
 cuál hace palacios ricos  
 en los huecos de los fresnos  
 y troncos de los olivos.  
 Cuando cubiertas de abejas  
 halló el travieso Cupido  
 dos colmenas en un roble  
 con mil panales nativos,  
 metió la mano el primero

llamando á los otros niños;  
 picóle en ella una abeja,  
 y sacóla dando gritos.  
 Huyen los niños medrosos,  
 el rapaz pierde el sentido;  
 vase corriendo á su madre,  
 á quien lastimado dijo:  
 —Madre mía, una abejita,  
 que casi no tiene pico,  
 me ha dado mayor dolor  
 que pudiera un basilisco.—  
 La madre, que lo conoce,  
 vengada de verle herido  
 de cuando la hirió de amores  
 de Adonis, que tanto quiso,  
 medio riendo le dice:  
 —De poco te admiras, hijo,  
 siendo tú y esa avecica  
 semejantes en el pico.—

## IV

(Anónimo)

Llegó á una venta Cupido  
 á la mitad del invierno,  
 las alas todas mojadas,  
 roto el arco y muerto el fuego.  
 Viéndole tan destrozado  
 dijo el bueno del ventero:  
 —Hermanito, no hay posada;  
 pique, que cerca está el pueblo.—  
 Bien quisiera su venganza  
 ponella luégo en efecto;  
 mas como se vió sin armas,

probó palabras y ruegos :  
 dijole cómo era hijo  
 de la bella diosa Venus,  
 á cuyo cetro y corona  
 todo el mundo está sujeto.  
 Mas cómo la cortesia  
 jamás cupo en bajo pecho,  
 haciendo burla del niño  
 responde con menosprecio :  
 — ¡ Para ser hijo de reina  
 él trae muy bellaco pelo !  
 Y aquí no hacemos nada  
 por amor, y sin dinero.  
 Sepa, si tuvo poder,  
 que ya se pasó aquel tiempo  
 cuando cantaban sus triunfos  
 con discantes á lo viejo :  
 cuando por ver á su dama  
 iba el otro majadero  
 hecho pez á media noche  
 nadando de Abido á Sexto ;  
 aunque mejor que tanta agua  
 fuera una azumbre de añejo,  
 y echarse en su cama á nado,  
 y saliera salvo á puerto ;  
 aunque en medio de las olas  
 halló de su mal remedio,  
 pues bebió tal parte de ellas,  
 que apagó de amor el fuego.  
 Y también el otro bobo  
 del babilónico suelo,  
 que porque halló roto el manto,  
 rompió con su espada el pecho ;  
 y luégo la necia Tisbe,  
 añadiendo yerro á yerro,  
 se mató, queriendo echar

la sogá tras el caldero.  
 Y si no ve aquestas cosas,  
 sepa que es porque está ciego ;  
 desatátese los ojos,  
 verá la razón que tengo. —  
 Cupido entre aquestas burlas  
 fué las veras conociendo,  
 y de aquí adelante puso  
 nueva ley y otro uso nuevo ;  
 y es tan discreto, que tiene  
 menos costa y más provecho.  
 Y también manda á las damas  
 que en su amor hagan concierto,  
 y que tengan sus medidas  
 conformes á cada precio ;  
 y que al amante que diere  
 no le envíen descontento,  
 y al que no diere, le digan  
 lo que le dijo el ventero :  
 — Hermanito, no hay posada ;  
 pique, que cerca está el pueblo. —

V

(Anónimo)

Amedrentado Cupido  
 de los azotes de escuela,  
 huyó porque oyó decir  
 que entran con sangre las letras.  
 Y viendo que de su casa  
 le despide la maestra,  
 y por pescar en la playa  
 su madre azotarle quiera,  
 y en los jardines también

le picaron las abejas,  
 y que no le dan posada  
 por llegar pobre á la venta,  
 sintiéndose despreciado,  
 sin habilidad ni renta,  
 determina de tomar  
 oficio que le entretenga.  
 Y siendo amigo de dulce,  
 que es el blanco adonde asesta,  
 como era niño y rapaz,  
 aficionóse de nieblas.  
 Hizo un cestillo de palma  
 quien cesto de palma lleva,  
 con el juego de ventura  
 encima de la tableta.  
 El arco puso por asta  
 y una flecha por saeta,  
 gritando suplicaciones  
 quien á suplicar sujeta.  
 Y viéndole tan bonito,  
 llamáronle de una reja  
 el Interés y una dama,  
 y el niño con los dos juega  
 Jugó el Interés de mano,  
 que en todo la mano lleva,  
 y echó la suerte la dama,  
 y ella tira la moneda.  
 Anduvo Cupido azar,  
 que no acierta suerte buena,  
 por ser incierto su juego,  
 y su pérdida muy cierta.  
 Dentro de pequeño rato  
 el Interese le pela,  
 y dando mate en perder,  
 vino á rematar la cesta.  
 Tomó el Interés el arco,

quedó con la palma y flecha,  
 con que para más reinar  
 fué su ventura deshecha;  
 y dándole, como dicen,  
 con la cesta en la cabeza,  
 triunfando de sus despojos  
 hace y deshace la guerra.

## VI

✕ (Anónimo)

Topáronse en una venta  
 la Muerte y Amor un día,  
 ya después de puesto el sol,  
 al tiempo que anochecía.  
 Á Madrid iba la Muerte,  
 y el ciego Amor á Sevilla,  
 á pié, llevando en los hombros  
 sus caras mercaderías.  
 Yo pensé que iban huyendo  
 acaso de la justicia,  
 porque ganan á dar muerte  
 entrambos á dos la vida.  
 Y estando los dos sentados,  
 Amor á la Muerte mira;  
 y como la vió tan fea,  
 no pudo tener la risa;  
 y al fin le dijo riendo:  
 —¡ Señora, no sé qué os diga,  
 porque tan hermosa fea  
 yo no la he visto en mi vida! —  
 Corrida la Muerte de esto,  
 puso en el arco una vira,  
 y otra en el suyo Cupido,

y hacia fuera se retira.  
 Con un lanzón el ventero  
 de por medio se metía,  
 y haciendo las amistades,  
 cenaron en compañía.  
 Fuéles forzoso quedarse  
 á dormir en la cocina,  
 que en la venta no había cama,  
 ni el ventero la tenía.

Los arcos, flechas y aljabas  
 dan á guardar á Marina,  
 una moza que en la venta  
 á los huéspedes servía.  
 Aún no había amanecido,  
 cuando Amor se despedía;  
 sus armas al huésped pide,  
 pagando lo que debía.

El huésped le da por ellas  
 las que la Muerte traía;  
 Amor se las echó al hombro,  
 y sin más mirar camina.  
 Despertó después la Muerte  
 triste, flaca y desabrida;  
 tomó las armas de Amor,  
 y también hizo su guía,  
 y desde entonces acá  
 mata el Amor con su vira  
 mozos que ninguno pasa  
 de los veinte y cinco arriba.

Á los ancianos, á quien  
 matar la Muerte solía,  
 agora los enamora  
 con las saetas que tira.

¡Mira cuál está ya el mundo,  
 vuelto lo de abajo arriba!  
 Amor por dar vida mata;  
 Muerte por matar da vida.

## VII

(De Bartolomé de Torres Naharro)

Hija soy de un labrador,  
 nacida sobre el arado,  
 criada so los olivos,  
 crecida tras el ganado.  
 Careando una mañana  
 las ovejas del vedado,  
 solas dos por mi reposo,  
 las que Dios me había dado,  
 que Alegría y Libertad  
 por nombres las he nombrado,  
 se me perdieron allí  
 por suerte de mi pecado,  
 que comían en mis haldas,  
 venían á mi llamado.  
 Sin partir el pan con ellas,  
 no comiera yo bocado:  
 d'ellas era lo mejor,  
 cuando había un verde prado;  
 si claras fuentes había,  
 nunca las han deseado:  
 santiguábales yo el agua  
 con amor desengañado;  
 so las frescas solombreras  
 las siestas las he guardado,  
 las mañanas y las tardes  
 á pacer las he sacado.  
 Comprélas dos encerrillas  
 que la vida me han costado;  
 con cuerdas de mis cabellos,  
 los que tanto yo he preciado,  
 un día de San Antón,



que mal me las ha guardado,  
 se las puse de los cuellos:  
 hame nada aprovechado.  
 Poco vale diligencia  
 contra el mal predestinado;  
 lo que ha de ser una vez  
 no puede ser estorbado.  
 Tornéme en fin congojosa  
 llorando mi mal recado,  
 y en llegando á mi cabaña  
 ví mi fin aparejado.  
 El zurrón hice pedazos,  
 y en el fuego eché el cayado;  
 saqué los rubios cabellos  
 de mi grosero tocado,  
 tirando cuanto podía  
 yo los puse en mal estado;  
 hice las manos verdugos  
 de mi gesto delicado;  
 mis dos ojos con pesar  
 en dos ríos se han tornado,  
 y el corazón en el cuerpo  
 de rabia fué traspasado.  
 Con mis gritos y alaridos  
 el valle estaba espantado;  
 por flaqueza de natura,  
 no por falta de cuidado,  
 yo me dormí de cansada  
 dende gran rato pasado.

## VIII

(De Jorge Montemayor)

Oidme, señora mía,  
 si acaso os duele mi mal,  
 y aunque n'os duela en oïllo  
 no me dejéis de escuchar:  
 dadme este breve descanso  
 porque me esfuerce á penar.  
 ¿No os doléis de mis suspiros?  
 ¿No os enternece el llorar,  
 ni cosa mía os da pena,  
 ni la pensáis remediar?  
 ¿Hasta cuándo, mi señora,  
 tanto mal ha de durar?  
 No está el remedio en la muerte,  
 sino en vuestra voluntad,  
 que los males qu'ella cura  
 ligeros son de pasar.  
 No os fatigan mis fatigas,  
 ni os esperan fatigar;  
 de voluntad tan exenta,  
 ¿qué medio se ha de esperar?  
 Y ese corazón de piedra  
 ¿cómo le podré ablandar?  
 Volved, señora, esos ojos,  
 qu'en el mundo no hay su par,  
 mas no los volváis airados,  
 si no me queréis matar,  
 aunque de una y otra suerte  
 matáis con solo mirar.

## IX

(Anónimo)

Fonte-frida, Fonte-frida,  
 Fonte-frida y con amor,  
 do todas las avecicas  
 van tomar consolación,  
 sino es la tortolica  
 qu'está viuda y con dolor.  
 Por ahí fuera á pasar  
 el traidor del ruseñor:  
 las palabras que le dice  
 llenas son de traición:  
 —Si tú quisieses, señora,  
 yo sería tu servidor.  
 —Véte de ahí, enemigo,  
 malo, falso, engañador,  
 que ni poso en ramo verde,  
 ni en prado que tenga flor;  
 que si el agua hallo clara,  
 turbia la bebía yo;  
 que non quiero haber marido,  
 porque hijos non haya, non:  
 non quiero placer con ellos,  
 ni menos consolación.  
 ¡Déjame, triste enemigo,  
 malo, falso, mal traidor,  
 que non quiero ser tu amiga  
 ni casar contigo, non!

## X

(Anónimo)

Que por mayo era, por mayo,  
 cuando los grandes calores,  
 cuando los enamorados  
 van servir á sus amores,  
 sino triste yo, mezquino,  
 que yago en estas prisiones,  
 que ni sé cuándo es de día,  
 ni menos cuándo es de noche  
 sino por una avecilla  
 que me cantaba al albore:  
 matómela un balletero;  
 ¡déle Dios mal galardone!

## XI

(Anónimo)

—La bella mal maridada,  
 de las lindas que yo vi,  
 véote tan triste enojada;  
 la verdad dila tú á mí.  
 Si has de tomar amores  
 por otro, no dejes á mí,  
 que á tu marido, señora,  
 con otras dueñas lo ví,  
 besando y retozando:  
 mucho mal dice de tí;  
 juraba y perjuraba  
 que te había de ferir.—  
 Allí habló la señora,

allí habló, y dijo así :  
 —Sácame tú, el caballero,  
 tú sacásemme de aquí ;  
 por las tierras donde fueres  
 bien te sabría yo servir :  
 yo te haría bien la cama  
 en que hayamos de dormir,  
 yo te guisaré la cena  
 como á caballero gentil,  
 de gallinas y capones  
 y otras cosas más de mil :  
 que á este mi marido  
 ya no le puedo sufrir,  
 que me da muy mala vida  
 cual vos bien podéis oír. —  
 Ellos en aquesto estando  
 su marido helo aquí :  
 —¿Qué hacéis, mala traidora?  
 ¡Hoy habedes de morir!  
 —¿Y por qué, señor? ¿por qué?  
 que nunca os lo merecí.  
 Nunca besé á hombre,  
 mas hombre besó á mí ;  
 las penas que él merecía,  
 señor, dáldas vos á mí :  
 con riendas de tu caballo,  
 señor, azotes á mí ;  
 con cordones de oro y sirgo  
 viva ahorques á mí.  
 En la huerta de los naranjos  
 viva entierres á mí,  
 en sepultura de oro  
 y labrada de marfil ;  
 y pongas encima un mote,  
 señor, que diga así :  
 «Aquí está la flor de las flores,

»por amores murió aquí ;  
 »cualquier que muere de amores  
 »mándese enterrar aquí,  
 »que así hice yo, mezquina,  
 »que por amar me perdí. —»

## XII

(Anónimo)

Levantóse la casada  
 una mañana al jardín,  
 dicen que á gozar el fresco :  
 «¡ Más le valiera dormir !»  
 Esperando á su galán  
 á sueño breve y sutil,  
 le ha dado amor mala noche :  
 «¡ Más le valiera dormir !»  
 Sobre la madeja bella  
 que al amor revuelve en sí  
 sale arrojando una toca :  
 «¡ Más le valiera dormir !»  
 Gorguera saca de negro,  
 turquesado el faldellín,  
 y á medio vestir la ropa :  
 «¡ Más le valiera dormir !»  
 Á la salida del huerto  
 torcido se le ha un chapín,  
 de que quedó lastimada :  
 «¡ Más le valiera dormir !»  
 Pasando más adelante  
 al coger un alheli  
 le picó el dedo una abeja ;  
 «¡ Más le valiera dormir !»  
 Con tanto azar no descansa ;

sale enamorada al fin  
 buscando á aquel que bien ama :  
 « ¡ Más le valiera dormir ! »  
 Aquí mira, aquí se pára;  
 nada halla aquí ni allí,  
 hasta ver lo que no quiso:  
 « ¡ Más le valiera dormir ! »  
 Á su amante halla muerto,  
 y al marido junto á sí,  
 que remató entrambas vidas:  
 « ¡ Más le valiera dormir ! »

## XIII

(Anónimo)

No es razón, dulce enemiga,  
 si acaso me quieres bien,  
 que por dar contento á Zaide,  
 tan sorda á mi amor estés.  
 ¿ Qué áspid de Libia, señora,  
 te ha enseñado á ser cruel ?  
 ¿ Quieres con alma traidora  
 tiranizarla en un mes ?  
 Dícenme que este envidioso  
 la causa de mi mal es;  
 y que son tus ojos fuentes  
 el tiempo que no le ves.  
 Pues no es justo, Laura hermosa,  
 que con tan rico laurel,  
 á fuerzas de fe ganado,  
 se adorne un traidor sin ley.  
 Vuelve con piedad tus ojos,  
 verás rendido á tus piés

cómo se queja Floriardo  
 por el rigor de un desdén.  
 Con lisonjas me entretienes  
 y con engaños también;  
 hete sido fiel en todo  
 y en todo me has sido infiel.  
 Pues ya mis quejas te enfadan,  
 ¿ á quién, tigre hircana, á quién  
 de mi dolor daré cuenta  
 sino es á la causa de él ?  
 Y si por pobre me dejas  
 y te mueve el interés,  
 si has menester lo que valgo,  
 tu esclavo soy, vendemé.

## XIV

(Anónimo)

Sobre las blancas espumas  
 del mar de amor iba huyendo  
 un rico bajel, cercado  
 de enemigos y de miedo.  
 Dicen que lleva cargados  
 de coral y oro los senos,  
 y que vale una ciudad  
 una perla que va dentro.  
 Tras él le va dando caza  
 otro bajel más ligero,  
 cuyo artillero es Amor,  
 grande robador de yerros.  
 « Dale fuego,  
 » artillero, niño ciego;  
 » carga, que es forzoso  
 » rendir un bajel hermoso. »

De sus penas hace balas,  
de su firmeza, pedreros,  
la pólvora, de su ira,  
de sus suspiros el fuego;  
el deseo de alcanzarle  
le va sirviendo de remos,  
sus pasiones, de forzados,  
y su dicha, de gobierno:  
el alma ofendida y libre  
sirve de cómitre diestro,  
que con crueles memorias  
azotaba á los remeros.

«Dale, etc.»

Cuando el bajel hace agua  
daban á la bomba fuego,  
y la bomba eran sus ojos,  
y este mal salía de ellos.  
De aguja de marear  
le sirve su fe de acero  
que siempre mira hacia el norte,  
y el norte es el que va huyendo.  
Este famoso cosario,  
disfrazado en marinero  
dicen que se llama Albanio,  
y que fué pastor primero.

«Dale fuego

»artillero, niño ciego;  
»carga, que es forzoso  
»rendir un bajel hermoso.»

## XV

(Anónimo)

Para queja de las flores,  
para envidia de las aves,

puso el amor en Belarda,  
florida edad, voz suave:  
nueva guerra de las vidas,  
en lo airoso de su talle;  
y en lo dulce de su voz,  
tiernas lisonjas al aire,  
recátense los deseos,  
todo atrevimiento pare,  
que es hechizo su belleza  
y es encanto su donaire.  
Clavel matizado en nieve  
es su boca, cuyo esmalte,  
ya en la sarta de sus perlas  
pone extremos de corales.

## XVI

(Anónimo)

Fuego exhala, y agua vierte  
Jacinta á un verde vergel;  
la culpa tiene un pesar,  
que le ocasionó un desdén.  
Encuétranse fuego y agua  
en el camino tal vez;  
mas ni el agua enjuga el fuego,  
ni ella le impide el arder.  
De quejas enternecidas  
poblado el aire se ve;  
mas quien siembra en viento, el viento  
por premio suele coger.  
Quejas dió á su bello ingrato;  
respondiéndola descortés,  
y al alivio del olvido  
consultó su parecer.

## XVII

(De Lope de Vega Carpio)

Por las riberas famosas  
de las aguas del Jarama,  
junto del mismo lugar  
que Tajo las acompaña,  
alegre sale Belardo  
á recibir justa paga  
de tantos años de amor,  
celos, temor y mudanza.  
«¡Dichoso el pastor que alcanza  
»tan regalado fin de su esperanza!»

Vase á casar á su aldea  
con Filis su enamorada,  
que se la entrega su padre  
después de tantas desgracias.  
Contento lleva el villano,  
por los ojos muestra el alma,  
que al fin de tanta fortuna  
promete el cielo bonanza.  
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

No va como suele á pié,  
ni lleva toscas abarcas  
de pieles de lobo muerto  
tintas en sangre de vaca:  
zapatos lleva picados,  
media verde lagartada,  
botones de vidrio y fuego,  
porque se los dió su dama.  
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Va caballero brioso  
en una yegua alazana;  
la silla lleva de frisa,

y de hiladillo la franja;  
sombbrero nuevo de feria,  
capa de capilla larga,  
con un sayo verde oscuro,  
agironado de grana.

«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Va mostrando en el vestido  
las esperanzas del alma,  
tan cerca ya de cumplirlas,  
como tardías y largas.  
Guardadas lleva en el seno  
de Filis todas las cartas,  
que si son obligaciones,  
quiere pagar y borrallas.  
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Llegó Belardo á la villa,  
y de su suegro á la casa;  
sale á tener el estribo  
mientras de la yegua baja,  
Filis, abiertos los brazos:  
marido y señor le llama;  
él señora y dulce esposa,  
besóla, y ella le abraza.

«¡Dichoso el pastor que alcanza  
»tan regalado fin de su esperanza!»

## XVIII

(Anónimo)

—¿Dónde estás, señora mía,  
que no te duele mi mal?  
Ó no lo sabes, señora,  
ó eres falsa y desleal.  
De mis pequeñas heridas

compasión solias mostrar,  
 y agora de las mortales  
 no tienes ningún pesar.  
 ¿Cómo acudiste á lo menos  
 y me faltaste en lo más?  
 Que en los mayores peligros  
 se conoce la amistad.  
 El crisol de las verdades  
 suele ser la adversidad.  
 ¿En qué memoria ocupada,  
 tan sorda á mi llanto estás?  
 Acuérdome bien, si penas  
 me dejan bien acordar,  
 que en un tronco de un aliso,  
 que el Tajo bañando está,  
 cuando yo era más dichoso  
 y tú más firme y leal,  
 escribió tu mano un día:  
 «Yo te doy mi libertad,  
 »y antes que de ti la mude,  
 »Tajo el curso mudará.»  
 Río, vuelve atrás tus aguas,  
 pues la fe se vuelve atrás.—  
 Aquesto Tirsi decía,  
 cantando en su soledad  
 memorias de su señora,  
 y testigos de su mal.

## XIX

(De D. Luis de Góngora)

Aquí entre la verde juncia  
 quiero como el blanco cisne  
 que envuelto en dulce armonía

la dulce vida despide,  
 despedir mi vida amarga  
 envuelta en endechas tristes,  
 y querellarme de aquella  
 tan hermosa como libre.  
 Descanse entre tanto el arco  
 de la cuerda que le aflige,  
 y pendiente de sus ramas  
 orne esta planta de Alcides;  
 mientras yo á la tortolilla  
 que encima del olmo gime,  
 le hurto todo el silencio  
 que para sus quejas pide.  
 ¡Bellísima cazadora,  
 más fiera que las que sigues  
 por los bosques! ¡Cruel verdugo  
 de mis años infelices!  
 Tan grandes son tus extremos  
 de hermosa y de terrible,  
 que están los montes en duda  
 si eres diosa ó si eres tigre.  
 Préciaste de tan soberbia  
 contra quien es tan humilde,  
 que considerados bien  
 todos los monteros dicen.  
 que los dos nos parecemos  
 al roble que más resiste  
 los soplos del viento airado,  
 tú en ser dura, yo en ser firme.  
 En esto solo eres roble,  
 y en lo demás flaca mimbre,  
 no solo á los recios vientos,  
 mas á los aires sutiles.  
 Ya no persigues, cruel,  
 después que á mí me persigues,  
 á los corzos voladores,

ni á los fieros jahalíes;  
 ni de tu dichoso albergue  
 las nobles paredes visten  
 los despojos de las fieras  
 que, como á mi, muerte diste.  
 Los montes se están quejando  
 de que tus piés no los pisen,  
 por los rastros que dejaban  
 de rosas y de jazmines,  
 tales que eran á sus campos  
 tus dos plantas dos abriles:  
 haz tu gusto, que yo quiero  
 dejar, pues d'ello te sirves,  
 el espíritu cansado  
 que mis flacos miembros rige;  
 conseguiremos en esto,  
 ambos á dos, nuestros fines:  
 tú, el de cruel en dejarme,  
 yo, el de leal en morirme.  
 Tú, rey de los otros ríos,  
 que de las sierras sublimes  
 de Segura, al Oceano  
 el fértil terreno mides,  
 pues en tu dichoso seno  
 tantas lágrimas recibes  
 de mis ojos, que en el mar  
 entran dos Guadalquivires;  
 ruégote que su crueldad  
 y mi firmeza publiques  
 por todo el húmedo reino  
 de la gran madre de Aquiles;  
 porque no sólo en las selvas,  
 mas los que en las aguas viven,  
 conozcan quién es Daliso,  
 y quién es la ingrata Nise.

## X XX

(De Alfonso de Alcabdete)

Yo me levantara, madre,  
 mañanica de Sant Joan:  
 vide estar una doncella  
 ribericas de la mar:  
 sola lava y sola tuerce,  
 sola tiende en un rosal:  
 mientras los paños s'enjugan,  
 dice la niña un cantar:

*Cantarillo.*

«¿Dó los mis amores, dó los?  
 »dó los andaré á buscar?»

*Sigue el romance.*

Mar abajo, mar arriba,  
 diciendo iba el cantar,  
 peine de oro en las sus manos  
 por sus cabellos peinar.  
 «Digasme tú, el marinero,  
 Si, Dios te guarde de mal,  
 si los viste, mis amores,  
 si los viste allá pasar.»

## XXI

(Anónimo)

Gente pasa por la calle;  
 y pues pasa tanta gente,  
 sin duda que la mañana  
 sus blancas alas ya tiende;



y pues de la vecindad  
tanto me temo, y te temes,  
porque al vulgo no declares  
lo que te quiero y me quieres ;

«Véte, amor, véte,  
»mira que amanece.»

Si el sol en saliendo barre  
la aljófar que el campo tiene,  
también de mi lado quita  
la perla que me enriquece :  
lo que á otros parece día,  
á mi noche me parece ;  
pues luégo que sale el alba,  
la noche de ausencia viene.

«Véte, amor, etc.»

Si quieres echar raíces  
al pasatiempo presente,  
sin que el aire de envidiosos  
tan presto no nos lo lleve ;  
si quieres que nos veamos  
como está vez muchas veces,  
donde á letra vista pago  
lo que te debo y me debes.

«Véte, amor, etc.»

Deja los dulces abrazos,  
que si entre ellos te entretienes,  
un mal nos podrá dar largo  
aqueste contento breve.

Un día de purgatorio  
no hace mucho quien le tiene,  
pues la esperanza de gloria  
sus graves penas descrece.

«Véte, amor, vete.»

## ROMANCES JOCOSOS

y pues de la vecindad  
tanto me temo, y te temes,  
porque al vulgo no declares  
lo que te quiero y me quieres ;

«Véte, amor, véte,  
»mira que amanece.»

Si el sol en saliendo barre  
la aljófar que el campo tiene,  
también de mi lado quita  
la perla que me enriquece :  
lo que á otros parece día,  
á mi noche me parece ;  
pues luégo que sale el alba,  
la noche de ausencia viene.

«Véte, amor, etc.»

Si quieres echar raíces  
al pasatiempo presente,  
sin que el aire de envidiosos  
tan presto no nos lo lleve ;  
si quieres que nos veamos  
como está vez muchas veces,  
donde á letra vista pago  
lo que te debo y me debes.

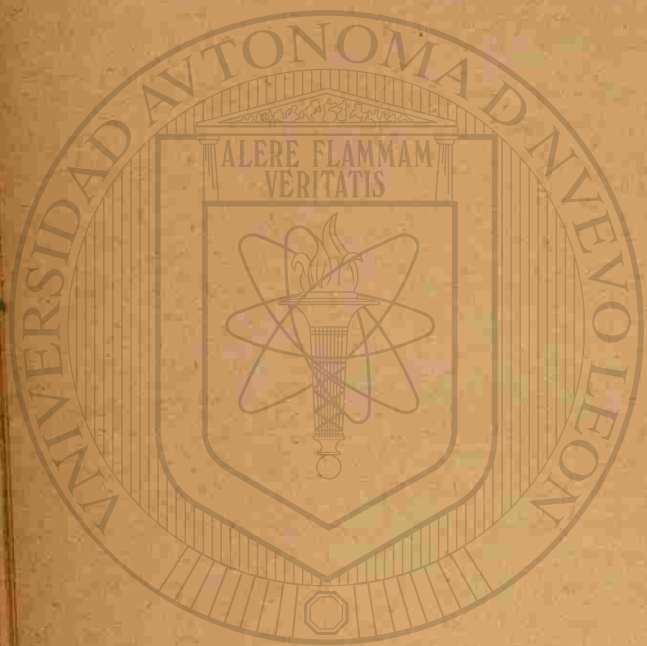
«Véte, amor, etc.»

Deja los dulces abrazos,  
que si entre ellos te entretienes,  
un mal nos podrá dar largo  
aqueste contento breve.

Un día de purgatorio  
no hace mucho quien le tiene,  
pues la esperanza de gloria  
sus graves penas descrece.

«Véte, amor, vete.»

## ROMANCES JOCOSOS



X I

(De D. Luís de Góngora)

Con ropilla y sin camisa,  
aunque no por no tenella;  
que una que le dió su madre  
le perdió la lavandera;  
su jubón por zaragüelles,  
y el sombrero por chinelas,  
y por reparo del cierzo  
una capa de bayeta;  
al sol, que, muerto de risa,  
de lástima le calienta,  
esto cantaba Hernández  
cosiendo sus pedorreras:  
—¡ Desdichado del hidalgo  
que con sombra de nobleza  
y con falta de dinero  
viene á pleitear á esta tierra!  
Soy de Cangas de Tineo;  
desciendo por línea recta  
del infante don Pelayo:  
¡ Ved qué honrada descendencia!

Y agora por mi desdicha  
 soy venido á aquesta tierra,  
 do traigo sobre una mora  
 un pleito con una vieja.  
 Levántame la falsaria,  
 ¡Jesucristo me defienda!  
 que fui malo de mi cuerpo  
 en un molino con ella;  
 y aun el falso testimonio  
 no pára aquí, porque llega  
 á que con doce testigos  
 prueba que estaba doncella.  
 No sé quién jurar tal pudo;  
 defienda Dios mi inocencia,  
 que bien sé que soy de carne  
 y tengo algunas flaquezas.  
 Mas decid, testigos falsos,  
 ¿cuándo en Castilla la Vieja  
 vido el cielo cuervos blancos  
 ni doncellas montañesas?  
 Dejando el pleito á una parte,  
 ya que el pleito no me deja,  
 aunque no para medrar,  
 para echar la sarna fuera:  
 á ruego de buenos hombres,  
 ¡pluguiera á Dios no los viera!  
 asenté con un pleiteante  
 en San Martín de la Vega.  
 Por la costa concertamos  
 de serville esta cuaresma,  
 do á pura fuerza de ayunos  
 me ha convertido en poeta.  
 Pensarán que estoy burlando:  
 pues no es así como quiera;  
 que del trato de mi amo  
 hago agora una comedia.

Toda la primer jornada  
 trata de que nunca almuerza;  
 la segunda, que no come;  
 la tercera, que no cena.  
 Estos forzosos ayunos  
 me han tornado la cabeza  
 más liviana que una caña,  
 y me han helado la vena;  
 y tiéneme de tal suerte  
 la forzosa penitencia,  
 que no quiero decir más,  
 ni puedo, aunque más quisiera.

## II

Defensa jocosa de Nerón y del rey D. Pedro  
 de Castilla

(De D. Francisco de Quevedo)

Cruel llaman á Nerón,  
 y cruel al rey don Pedro,  
 como si fueran los dos  
 Hipócrates y Galeno.  
 Estos dos sí, que inventaron  
 las purgas y cocimientos,  
 las dietas y melecinas,  
 boticarios y barberos,  
 matalotes fueron crueles  
 y ministros del infierno,  
 abreviadores de vidas  
 y datarios de tormentos;  
 que Nerón tuvo buen gusto,  
 don Pedro fué justiciero,  
 si cohechados y ladrones

no pusieran lengua en ellos.  
 Si inventaran estos dos  
 esperar y tener celos,  
 las mujeres de por vida,  
 la gota, hacerse viejos;  
 cantar mal y porfiar  
 y templar los instrumentos;  
 el pedir de las busconas,  
 las visitas de los necios:  
 justicia fuera llamarlos  
 crueles la fama en extremo;  
 pero si no lo soñaron  
 es contra todo derecho.  
 Tuvo Nerón lindo humor  
 y exquisito entendimiento;  
 amigo de novedades,  
 de fiestas y pasatiempos.  
 Dicen que forzó doncellas;  
 mas de ningún modo creo  
 qu'él encontró con alguna  
 ni qu'ellas se resistieron.  
 Quiso Suetonio mal,  
 pues le llamó deshonesto  
 porque adoraba á su madre,  
 siendo obligación hacerlo:  
 notóle de que comía  
 sin cesar un día entero,  
 y es pecado que á la sarna  
 pudiera imputar lo mismo.  
 ¿Mató Nerón muchos hombres?  
 ¡Más son los qu'el sol ha muerto,  
 y llámanle hermoso á él,  
 y á estotro le llaman fiero!  
 Gustó de quemar en Roma  
 tanto edificio soberbio,  
 dejando así castigada

la soberbia, para ejemplo.  
 Quemó la débil grandeza  
 que atesoraban los tiempos,  
 y á la vanidad del mundo  
 quiso mostrar su desprecio.  
 Si á Séneca dió la muerte  
 siendo su docto maestro,  
 hizo lo que una terciaria  
 sin culpa pudo haber hecho.  
 No es mucho que se enfadase  
 de tantos advertimientos;  
 que no hay señor que no quiera  
 ser en su casa el discreto.  
 Quitó á Lucano la vida;  
 mas no le agravió por eso,  
 cuando inmortal le acredita  
 con la fama de sus versos.  
 Pues don Pedro el de Castilla,  
 tan valiente y tan severo,  
 ¿qué hizo sino castigos,  
 y qué dió sino escarmientos?  
 Quieta y próspera Sevilla,  
 pudo alabar su gobierno,  
 y su justicia las piedras  
 qu'están en el candilejo.  
 El clérigo desdichado  
 y el dichoso zapatero  
 dicen de su tribunal  
 las providencias y aciertos.  
 Si doña Blanca no supo  
 prenderle y entretenerlo,  
 ¿qué mucho que la trocase,  
 siendo moneda en su reino?  
 Era hermosa la Padilla:  
 Manos blancas y ojos negros;  
 causa de muchas desdichas,

y disculpa de más yerros.  
 Si á don Tello derribó  
 fué porque se alzó don Tello,  
 y si mató á don Fadrique,  
 cuenta le tuvo el hacerlo :  
 de su muerte y otras muchas  
 sabe las causas el cielo ;  
 que aun fuera mayor castigo  
 si rompiera su silencio.  
 Matóle un traidor francés,  
 alevoso caballero :  
 vido Montiel la tragedia,  
 y el mundo le lloró muerto.  
 De emperadores y reyes  
 no hablan mal nobles y cuerdos ;  
 qu'es, en público, delito,  
 y no seguro, en secreto.  
 Esto dijo un montañés  
 empuñando el hierro viejo  
 con cólera y sin cogote,  
 en un Cid tinto un don Bueso.

## III

(De D. Francisco de Quevedo)

—Parióme adrede mi madre,  
 ¡ojalá no me pariera !  
 aunque estaba, cuando me hizo,  
 de gorja naturaleza.  
 Dos maravedis de luna  
 alumbraban á la tierra ;  
 que por ser yo el que nacía,  
 no quiso que un cuarto fuera.  
 Nací tarde, porque el sol

tuvo de verme vergüenza,  
 en una noche templada  
 entre clara y entre yema.  
 Un miércoles con un martes  
 tuvieron grande revuelta,  
 sobre que ninguno quiso  
 que en sus términos naciera.  
 Nací debajo de Libra,  
 tan inclinado á las pesas,  
 que todo mi amor le fundo  
 en las madres vendederas.  
 Dióme el León su quartana,  
 dióme el Escorpión su lengua ;  
 Virgo, el deseo de hallarle,  
 y el Carnero su paciencia.  
 Murieron luégo mis padres ;  
 Dios en el cielo los tenga,  
 porque no en aqueste mundo  
 á engendrar más hijos vuelvan.  
 Tal ventura desde entonces  
 me dejaron los planetas,  
 que puede servir de tinta,  
 según ha sido de negra ;  
 porque es tan feliz mi suerte,  
 que no hay cosa mala ó buena,  
 que aunque la piense de tajo,  
 de revés no me suceda.  
 De estériles soy remedio,  
 pues con mandarme su hacienda,  
 les dará el cielo mil hijos  
 por quitarme las herencias ;  
 y para que vean los ciegos,  
 pónganme á mí á la vergüenza ;  
 y para que cieguen todos,  
 llévenme en coche ó litera.  
 Como á imagen de milagros

me llevan por las aldeas,  
 si quieren sol, abrigado,  
 y desnudo, porque llueva.  
 Cuando alguno me convida,  
 no es á banquetes ni fiestas,  
 sino á los misacantanos,  
 para que yo les ofrezca.  
 De noche soy parecido  
 á todos cuantos esperan  
 para molerlos á palos;  
 y así inocente me pegan.  
 Aguarda hasta que yo pase,  
 si ha de caerse, una teja;  
 aciértanme las pedradas,  
 las curas sólo me yerran.  
 Si á alguno pido prestado,  
 me responde tan á secas,  
 que en vez de prestarme á mí,  
 me hace prestarle paciencia.  
 No hay necio que no me hable,  
 ni vieja que no me quiera,  
 ni pobre que no me pida,  
 ni rico que no me ofenda.  
 No hay camino que no yerre,  
 ni juego donde no pierda,  
 ni amigo que no me engañe,  
 ni enemigo que no tenga.  
 Agua me falta en el mar,  
 y la hallo en las tabernas;  
 que mis contentos y el vino  
 son aguados donde quiera.  
 Dejo de tomar oficio,  
 porque sé por cosa cierta,  
 que en siendo yo calcetero,  
 andarán todos en piernas.  
 Si estudiara medicina,

aunque es socorrida ciencia,  
 porque no curara yo,  
 no hubiera persona enferma.  
 Quise casarme estotro año  
 por sosegar mi conciencia,  
 y dábanme en dote al diablo  
 con una mujer muy fea.  
 Si intentara ser cornudo  
 por comer de mi cabeza,  
 según soy de desgraciado,  
 diera mi mujer en buena.  
 Siempre fué mi vecindad  
 mal casados que vocean,  
 zapateros que madrugan,  
 herreros que me desvelan.  
 Si yo camino con frío,  
 se abrasa en fuego la tierra,  
 y en llevando guardasol,  
 está ya de Dios que llueva.  
 Si hablo á alguna mujer  
 y le digo mil ternezas,  
 ó me pide ó me despide,  
 que en mí es una cosa mesma.  
 En mí lo picado es roto,  
 ahorro, cualquier limpieza,  
 cualquiera bostezo es hambre,  
 cualesquier color vergüenza.  
 Fuera un hábito en mi pecho  
 remiendo sin resistencia,  
 y peor que besamanos  
 en mí, cualquier encomienda.  
 Para que no estén en casa  
 los que nunca salen de ella,  
 buscarlos yo solo basta,  
 pues con esto estarán fuera.  
 Si alguno quiere morirse

sin ponzoña ó pestilencia,  
 proponga hacerme algún bien  
 y no vivirá hora y media;  
 y á tanto vino á llegar  
 la adversidad de mi estrella,  
 que me inclinó que adorase  
 mi humildad á tu soberbia;  
 y viendo que mi desgracia  
 no dió lugar á que fuera  
 como otros tu pretendiente,  
 vino á ser tu pretenmuela. —  
 Aquesto Fabio contaba  
 á los balcones y rejas  
 de Aminta, que aun de olvidar  
 han dicho que no se acuerda.

## IV

(De D. Francisco de Quevedo)

—Padre Adán, no lloréis duelos;  
 dejad, buen viejo, el llorar,  
 pues que fuisteis en la tierra  
 el más dichoso mortal.  
 de la variedad del mundo  
 entrastes vos á gozar  
 sin sastres ni mercaderes,  
 plagas que trujo otra edad.  
 Para daros compañía  
 quiso el Señor aguardar  
 hasta que llegó la hora  
 que sentistes soledad.  
 Costóos la mujer que os dieron  
 una costilla, y acá  
 todos los huesos nos cuestan,

aunque ellas nos ponen más.  
 Dormistes, y una mujer  
 hallastes al despertar,  
 y hoy, en durmiendo un marido,  
 halla á su lado otro Adán.  
 Un higo solo os vedaron,  
 sea manzana si gustáis;  
 que yo para comer una  
 Dios me lo había de mandar.  
 Tuvistes mujer sin madre,  
 ¡grande suerte y de envidiar!  
 gozastes mundo sin viejas  
 ni suegrecita inmortal.  
 Si os quejáis de la serpiente  
 que os hizo á entrambos mascar,  
 ¡cuánto es mejor la culebra  
 que la suegra, preguntad!  
 La culebra, por lo menos,  
 os da á los dos que comáis;  
 si suegra fuera, os comiera  
 á los dos, y más y más.  
 Si Eva tuviera madre,  
 como tuvo á Satanás,  
 comiérase el paraíso  
 no de un pero la mitad.  
 Las culebras mucho saben,  
 mas una suegra infernal  
 más sabe que las culebras:  
 así lo dice el refrán.  
 Llegaos á que aconsejara  
 suegra de este temporal  
 comer un bocado solo,  
 aunque fuera rejalgár.  
 Consejo fué del demonio  
 que anda en ayunas lo más;  
 que las Suegras, de un almuerzo



la tierra engullen y el mar.  
 ¡Señor Adán! menos quejas,  
 y dejad el lamentar;  
 sabé estimar la culebra,  
 y no la tratéis tan mal;  
 y si gustáis de trocarla  
 á suegras de este lugar,  
 ved lo que queréis encima;  
 que mil os la tomarán.—  
 Esto dijo un ensuegrado  
 llevándole á conjurar,  
 para salir de la suegra,  
 un cura y un sacristán.

## V

(De Don Francisco de Quevedo)

El que quisiere saber  
 de algunos amigos muertos,  
 yo daré razón de algunos,  
 porque vengo del infierno.  
 Allá queda barajando  
 el que supo allá más cierto  
 á cuántos venía su carta,  
 como si fuera correo.  
 Al bajar un par de lindos,  
 quedaron los diablos ciegos;  
 porque los lindos son tales,  
 que el diablo no puede vellos.  
 Por sacar á su mujer  
 dicen que lloraba Orfeo;  
 y él me dijo, como amigo,  
 que entró por verla allá dentro.  
 Un mal casado pedía

que su mujer fuése al cielo,  
 por estar allá seguro  
 de que no le pida celos.  
 Un letrado y su mujer  
 penan contrarios efectos,  
 él por su mal parecer,  
 y ella por tenerle bueno.  
 Por engaños en los dotes  
 penan allá muchos suegros,  
 porque al casar de las hijas  
 daban forzados los nietos.  
 Casadas hay porque dejan  
 los hijos por herederos  
 de la hacienda del marido,  
 que no es padre, sino deudo.  
 No sólo los corcovados  
 sirven de soplar el fuego,  
 sino sus padres también,  
 por lo que hicieron mal hecho.  
 Los trajes que acá se quitan  
 sirven allá de usos nuevos;  
 y así traen todos los diablos  
 azul, guedejas y petos.  
 Hay doncellas camarines  
 por el barro que comieron,  
 que, como otras por obras,  
 se condenan por deseos.  
 De sólo los escribanos  
 no traigo conocimiento,  
 porque cuando van de acá  
 bajan demonios profesos.  
 Los médicos pasocortos  
 bajan allá tan corriendo,  
 que parece que postean  
 la vida de sus enfermos.  
 Quien tuviere conocidos,

escribirles puede luego ;  
que un sastre que está espirando  
será mensajero cierto.

## VI

(De Don Francisco de Quevedo)

¡ Á los moros por dinero,  
y á los cristianos de balde !  
¿ Dónde vive esa mujer ?  
Digásmelo tú, el romance,  
pues con mi fe de bautismo  
ando bebiendo los aires,  
y á todas se las antoja  
que es mi sombrero turbante.

## VII

Sátira á diversas cosas

(De Don Jacinto Alonso de Malvenda)

Boca de todas verdades  
me llaman cuantos me ven :  
todo cuanto sé publico,  
y aun aquello que no sé.  
Á los poetas no pida  
la que sabia quiere ser,  
porqu'es sacarles dinero  
poner una lanza en Fez.  
Diez galanes para el plato  
suele una hembra tener ;  
y hace muy bien, porque uno  
no da lo que darán diez.

De calidad del maná  
es de un letrado la ley,  
pues cuando le dan dinero  
sabe á cuánto quiere él.  
Invisible y enfadosa  
sin duda es la doncellez,  
pues en los tiempos de ahora  
ninguno la puede ver.  
De modo el vino bautiza  
un tabernero cruel,  
que al beber su vino aguado  
dos saltos ví dar á un pez.  
Una viejona arrugada,  
archivo de la vejez,  
de alfombra puede servir  
á los piés de San Miguel.  
Hoy acuden las mujeres,  
por vestir y por comer,  
á las bolsas donde hay mosca,  
como moscas á la miel.  
Aposento en la comedia,  
porque la vean más bien,  
toma Celia, y á la noche  
no tiene para un pastel.  
Desde que de juncos se usan  
las varas, veo torcer  
la justicia, y hay Cain  
alguacil de bolsa, Abel.  
Del nacimiento en el auto  
marido hay que puede hacer  
de los dos papeles mudos  
el más paciente papel.  
Á los calzones las ligas  
llegan á todo correr ;  
y muy presto en la ropilla  
sospecho que las veré.

Que haya espadas del perrillo,  
señores, muy justo es;  
pero si es muerto, aun la espada  
lo sentirá, que es mujer.  
Cosas de más importancia  
en otra ocasión diré,  
si me da lugar el vulgo  
loco, insensato y novel.

## VIII

(Anónimo)

Agora que estoy de espacio  
cantar quiero en mi bandurria  
lo que en más grave instrumento  
cantara, mas no me escuchan.  
Arrímense ya las veras,  
y celébrense las burlas,  
pues da el mundo en niñerías,  
al fin, como quien caduca.  
Libre un tiempo y descuidado,  
Amor, de tus garatusas,  
en el coro de mi aldea  
cantaba mis aleluyas.  
Con mis perros y mi hurón,  
y mis calzas de gamuza,  
por ser recias para el campo,  
y por guardar las velludas,  
fatigaba el verde suelo  
que mil arroyuelos cruzan  
como sierpes de cristal  
entre la yerba menuda,  
ya cantando orilla el agua,  
ya cazando en la espesura,

del modo que se ofrecían  
los conejos con las murtas.  
Volvía de noche á casa,  
dormía á sueño y soltura,  
no me despertaban penas,  
mientras me dejaban pulgas;  
y en la botica las tardes  
me daba muy buenas zurras  
del trunfo, con el Alcalde,  
del ajedrez, con el Cura.  
Gobernaba de allí el mundo,  
y daba á soplos ayuda  
á las católicas velas  
que el mar de Bretaña sulcan;  
y hecho otro nuevo Alcides  
trasladaba sus columnas  
de Gibraltar al Japón  
con el segundo *plus ultra*.  
Daba luégo vuelta á Flandes,  
y de su guerra importuna  
atribuía la palma  
á la fuerza y á la industria;  
y con el Beneficiado,  
que era doctor por Osuna,  
sobre Antonio de Lebrija  
teníamos mil disputas.  
Argüíamos también  
metidos en más honduras,  
si se podían comer  
espárragos con la bula.  
Veníame por la plaza,  
y de paso vez alguna  
para mí llevaba pollos,  
para mis vecinas plumas.  
Comadres me visitaban,  
que en el pueblo tenía muchas:

ellas me llaman compadre,  
 y taita sus criaturas ;  
 y cuando se me ofrecía  
 caminar á Extremadura,  
 entre las más ricas d'ellas  
 me daban cabalgadura :  
 lavábanme ellas la ropa,  
 y en las obras de costura  
 ellas ponen el dedal,  
 y yo les prestaba agujas :  
 á todas quería bien,  
 con todas tenía ventura ;  
 porque á todas igualaba  
 como tijeras de mula.  
 Esta era mi vida, Amor,  
 antes que las flechas tuyas  
 hicieran en mi terrero  
 y blanco de desventura.  
 Enseñásteme, traïdor,  
 la mañana de San Lucas  
 un rostro como de almendro,  
 ojos garzos, trenzas rubias :  
 tales eran trenzas y ojos,  
 que tengo por muy sin duda  
 que cayera en tentación  
 un viejo con extrangurria.  
 Desde entonces acá sé  
 que matas y que aseguras ;  
 que das en el corazón,  
 y que á los ojos apuntas.  
 Sé que nadie se te escapa,  
 pues cuando más de ti huya  
 no hay vara de inquisición  
 que así halle á quien tú buscas.  
 Sé que tu guerra es civil,  
 y sé que es tu paz de Judas,

que aguardas para batalla,  
 y que llamas para justas.  
 Sé que te armas de diamantes  
 y nos das lanzas de juncia ;  
 y para arneses de vidrio  
 espada de acero empuñas.  
 Sé que para el bien te duermes,  
 y que para el mal madrugas ;  
 que te sirves como grande,  
 y que pagas como mula.  
 Perdona pues mi bonete ;  
 mira que te descomulga :  
 levanta el arco, y revuelve  
 de tus saetas las puntas  
 contra los que sus juicios  
 significan bien sus plumas,  
 mas con los que ciñen armas,  
 bien callas y disimulas :  
 de gallina son tus alas :  
 vête para hideputa.

IX

(Anónimo)

Hizo calor una noche,  
 tan grande y tan insufrible,  
 que me sacó de mi casa  
 después de dados maitines.  
 Acompañóme un amigo  
 de amistad sincera y firme,  
 á quien para en paz y en guerra  
 yo no trocara por quince.  
 Íbamos los dos cantando  
 con voz medrosa y humilde,

porque entonces se estrenaba  
mi contrabajo y su tiple;  
cuando al doblar una calle  
de repente nos embisten  
dos damas de muy buen garbo,  
con verdugado y chapines.  
A dos agudas razones  
que las dijimos, se rinden,  
aunque un doblón que iba entre ellas  
de las razones se rie.

Estaba clara la luna,  
encarando al que la rige  
con luz más clara y serena  
que el sol de quien la recibe.  
No había con nuestras damas  
remedio de descubrirse,  
aunque entre muchos requiebros  
estas razones les dije:

—Quiere el cielo que alabemos,  
dívinos rostros gentiles,  
la belleza con que os hizo  
en la tierra serafines:  
no está él menos ofendido  
que nosotros infelices,  
en que queráis con el manto  
dos soles suyos se eclipsen.—

No debieron de entenderme;  
porque con risa increíble  
preguntaron si era zote  
que las hablaba latines.

Así los tiernos requiebros  
que allí no podían servirme;  
los troqué en estas injurias  
lisonjeras, convenientes.

—Vuestas mercedes son tuertas  
más que el gigante de Ulises:

si no más tuertas, más necias;  
si no necias, insufribles.  
Si encubrirse es damera,  
desengañolas, que sirve  
más há de un año en galera  
por otro tanto el melindre.—  
Entonces la de mi amigo,  
desenvuelta, alegre y libre,  
nos descubrió un rostro digno  
que el más hermoso lo envidie.  
Mostróme unos ojos negros,  
graves en extremo y libres,  
de dulce contemplación,  
hermosos y señoriles.

Una boca, chica era,  
que con un piñón se mide,  
segura de que haya otra  
que así enamore y captive.  
Yo viéndola, sin respeto  
de que era agena, la dije:  
—Amor haga que en mi cama  
siempre estas pulgas habiten.—  
Volvime para la mía,  
deshecha en celos de oirme,  
y quedé en hora menguada,  
que siempre me martirice;  
porque descubrió un cabello  
del color que el papel tiñe,  
con quien el mismo azabache,  
de vencido, no compite,  
y unos ojos repulgados,  
tan pequeños y ruines,  
que no viera si eran ojos,  
no los teniendo de lince.  
Daba á la sumida boca  
oscuro sepulcro y triste

la barba, que procuraba  
 juntarse con las narices;  
 los dientes tenían vergüenza,  
 por ser pocos, de reirse,  
 y por no tener más blanco  
 que el blanco que los divide.  
 Perdí el color de soldado  
 y los humos juveniles:  
 pegáronseme á la tierra  
 los piés y los borcegues,  
 que no me meneara un carro  
 tirado de cien rocines;  
 y así dije: — ¡Justo cielo,  
 que tales caras permites! —  
 Ella respondió diciendo:  
 — Mi bien, no te escandalices,  
 ni sé te atrevan congojas,  
 ni con ellas me lastimes;  
 no hagas toda la cuenta  
 de las pasiones visibles:  
 mira las prendas del alma,  
 y juro nunca me olvides. —  
 La voz con que esto decía  
 era de gozque que gime,  
 y para que un hombre honrado  
 se arrojara en un aljibe.  
 Yo la respondí: — Mi celo,  
 señora, no os maraville,  
 que no puede tener honra  
 quien de aquesto no se aflige:  
 no soy nacido entre sierras,  
 ni entre osos ó jabalies,  
 ni tigres me dieron leche,  
 para que acometa á un tigre:  
 nací entre padres cristianos  
 y entre regalos sutiles,

y no he hecho al Rey traición  
 para que así me castigue. —  
 Esto le dije, y huyendo  
 la calle abajo me vine,  
 porque para responderme  
 comenzaba á apercibirse.

X X

(Anónimo)

Una bella casadilla  
 que apenas tiene quince años,  
 que quitalla de jugar  
 con las niñas fué pecado;  
 y por ponerse chapines,  
 alzacuello y verdugado,  
 sin saber lo que hacía  
 dió á su marido la mano;  
 y después á las muchachas  
 que vivían en su barrio  
 les mostraba muy contenta  
 las joyas que le había dado;  
 acabado el pan de boda  
 volvióse de espaldas marzo,  
 y hallóse la cuitadilla  
 esclava de un sucio trasgo.  
 Era el marido celoso,  
 y más que celoso, avaro;  
 y cuál era su figura  
 miradlo en este retrato.  
 El cabello ya tordillo,  
 muy cerca de cincuenta años;  
 tan lampiño, que aun apenas  
 le señalan los mostachos;

menos de un dedo de frente,  
 con arrugas de reclamo;  
 los dientes muy amarillos,  
 distintos y descarnados;  
 muy pródigo de nariz,  
 y los ojos ribeteados;  
 tan delgado, que el estrecho  
 de Gibraltar fué llamado.  
 Condenado á tos perpetua,  
 depósito del catarro,  
 y más ronco que un ternero  
 pronóstico de su daño.  
 Y con esto, el bellacón  
 era tan desvergonzado,  
 que por cualquier niñería  
 jugaba triunfo de bastos.  
 Esta niña había una tía,  
 mujer de tocas y manto,  
 gran matrona de consejo  
 y de muy grueso rosario.  
 Con lágrimas de sus ojos  
 á ésta se está quejando  
 de la vida en que padece  
 tan insufrible trabajo.  
 Aquella tan sabia vieja,  
 que no fué Catón tan sabio,  
 del archivo de su pecho  
 así la está aconsejando:  
 —Hija, mudar condiciones  
 es negocio muy pesado,  
 y más si tienen raíces  
 echadas de algunos años:  
 lo que hacen los prudentes  
 es buscar algún reparo:  
 hazlo, juega á dos espadas,  
 pues te ha dado Dios dos manos.

Busca, niña, quien te quiera,  
 que mil te estarán rogando;  
 que bien puedes sin peligro,  
 si te riges con recato.  
 Proveyó naturaleza  
 que los animales bravos,  
 porque no vean sus cuernos,  
 tengan los ojos debajo.  
 Pues ¿cuánto menos podrán  
 ver los suyos los humanos,  
 que como son invisibles,  
 no se tocan con las manos?—  
 No le pareció el consejo  
 á la casadilla malo,  
 resoluta de pasar  
 de espaldas la mar á nado.  
 Pero aquella misma noche  
 el marido adivinando,  
 le castigó la intención,  
 aunque fué para su daño;  
 que mientras la sacudia,  
 ó fuese adrede, ó acaso,  
 le ayudaron de la calle  
 esta letrilla cantando:  
 «Ayúdame á sembrar cuernos,  
 »mientras que se piden celos.»

## XI

(Anónimo)

Pacíficos amadores,  
 los que á las doce y la una  
 en las esquinas parados  
 parecéis aves nocturnas;

los que parecéis pintados,  
 los que os adornáis de plumas,  
 los que os preciáis de galanes  
 y mártires de cintura;  
 los que por una palabra  
 os acostáis á la una,  
 pareciendo á la mañana  
 que os han espantado brujas;  
 los que os armáis de paciencia  
 á resistir una pluvia  
 que capa y jubón os pasa,  
 no dejando cosa enjuta;  
 los que tenéis el ingenio  
 como conchas de tortuga,  
 para forjar necedades,  
 agudos como una aguja:  
 á vosotros vos encargo  
 un árbol que no da fruta,  
 hasta que á fuerza de brazos  
 le despojáis de la oruga.  
 Una tierna niña es,  
 que ayer salió de una cuna,  
 y sabe ya más maldades  
 que la traidora Aretusa:  
 es botica de invenciones  
 con que á vosotros os purga,  
 archivo de falsedades,  
 aduana de la luna.  
 Amarga su trato doble  
 como la verde aceituna,  
 y sus palabras taimadas  
 son más dulces que el azúcar.  
 Vosotros la alcanzaréis  
 con una flema importuna,  
 que á mi me ha dado dentera,  
 como no estaba madura;

que yo, como me crié  
 con el doctor Covarrubias,  
 de siete leguas columbro  
 lo que ella no ve de una.  
 Éste me dió una lición  
 que entre las otras relumbra,  
 digna de inmortal memoria,  
 y diréla si me escuchan.  
 Que quiera más que mis ojos  
 la que fuere blanca y rubia,  
 y que no me aparte de ella  
 hasta que pida *plus ultra*:  
 que nunca ponga los ojos  
 en cortesanas astutas,  
 que con melosas palabras  
 el dinero nos usurpan;  
 y si yo lo quebrantare,  
 que de viruelas me cubra,  
 y que en verano me maten  
 chinches, mosquitos y pulgas.  
 Y así, señores, yo quiero  
 pescar á bragas enjutas,  
 y dejar costosos gustos  
 y andar á mis aventuras.

## XII

(Anónimo)

Cierta dama cortesana,  
 de las de arandela y toldo,  
 de las de buen talle y pico,  
 y pícara sobre todo,  
 picóla con sus saetas  
 Amor, de amores de un mozo,



más que Narciso galán,  
 y más que galán celoso.  
 Gozó d'ella algunos días,  
 sin pechar, que no fué poco;  
 porque es la primer franqueza  
 que en sus archivos conozco.  
 Cobróla el ninfo afición,  
 y puso su bolsa en cobro;  
 porque con sola su gala  
 pensó conquistallo todo.  
 Pidióla celos un día,  
 y á vueltas del alboroto,  
 algo enojado el galán,  
 la dió un puntapié en el rostro.  
 Ella, que nunca había visto  
 semejantes terremotos  
 en el cielo de su cara,  
 tocó á nublo y conjurólos;  
 y fué la conjuración,  
 que en yéndose, de allí á un poco  
 le escribió aqueste papel,  
 de que yo doy testimonio:  
 «Deje celosas sospechas,  
 »que vive Dios que es un tonto  
 »quien, no dando todo el gasto,  
 »no piensa pasar por todo.  
 »Huélguese, pues que le dejan,  
 »y juegue, pues vamos horros,  
 »y aunque encuentre mil encuentros,  
 »no me baraje uno solo;  
 »y sepa vuestra merced  
 »que calzo, que visto y como  
 »á costa de mis costillas,  
 »por ser tan flacos sus lomos;  
 »y entienda que es necesidad  
 »pretender con sus adornos,

»no siendo marqués del Gasto,  
 »ser conde de Puñoenrostro:  
 »sepa que ya con las damas  
 »un metal que llaman oro  
 »es el discreto, el galán,  
 »el gentilhombre, el gracioso.  
 »Por este metal que digo  
 »habla el mudo y anda el cojo,  
 »alcanza el que está sin brazos,  
 »y esde pluma el que es de plomo;  
 »por aqueste, hábitos verdes,  
 »y descendientes de godos,  
 »dan su lado á quien los tiene  
 »en campo amarillo rojos:  
 »por este amable metal  
 »en maridable consorcio,  
 »de bien diferentes sangres  
 »he visto yo hacer mondongo;  
 »por éste arbola bandera  
 »quien en su vida vió moro,  
 »ni sabe qué es centinela,  
 »rebellín, trinchera ó foso.  
 »Da varas sin ser juez,  
 »y cátedras sin ser docto,  
 »y si quiere hará verdad  
 »de Ovidio Metamorfosios.  
 »Pues si éste, por quien se alcanza  
 »cualquiera premio dichoso,  
 »á vuesa merced le falta,  
 »y yo en el mundo no sobro,  
 »¿por qué se mete en honduras  
 »adonde el mar es tan hondo,  
 »que suele anegarse en él  
 »un hombre, aunque sea de corcho?  
 »Con las damas de este tiempo  
 »es muy sabido negocio

»que por un Magno Alejandro  
 »trocarán catorce Apolos.  
 »Pasó ya el dorado siglo  
 »que Angélica con Medoro  
 »se gozaban en la selva,  
 »pagando un amor con otro.  
 »Belerma, muy affigida,  
 »hechos fuentes ambos ojos,  
 »lloraba cinco ó seis años  
 »sobre el corazón mohoso.  
 »Gastaba la gran Cleopatra  
 »sus tesoros con Antonio;  
 »dábase Tisbe la muerte,  
 »y llevábala el demonio;  
 »Catalina por Pascual  
 »andaba catorce agostos,  
 »y al fin d'ellos sus amores  
 »paraban en matrimonio.  
 »Ya está tan mudado el tiempo,  
 »que aun negras de Monicongo  
 »se van tras el interés,  
 »y dan al amor del codo.  
 »Yo por un poco fui necia;  
 »mas basta la burla un poco;  
 »busque, si encuentra otra boba  
 »con quien él sea menos bobo:  
 »y con ella su merced  
 »sea mudo, ciego ó sordo;  
 »que á todo aquesto se obliga  
 »quien quiere mucho, y da poco.»  
 Leyó el galán el papel,  
 y dijo entre risa y lloro:  
 —Quién celos no tiene es simple,  
 y quien los pide es un loco.

## XIII

(Anónimo)

Una cortesana vieja  
 á una muchacha de Burgos,  
 mal industriada en el arte,  
 la riñe ciertos descuidos.  
 —Paréceme, Aldonza mía,  
 que es el blanco de tus gustos  
 á do tiran tus deseos  
 comer y vestir al uso.  
 Sabe, niña, aprovecharte,  
 porque, como dice el vulgo,  
 buena cara y pocos años  
 es un riquísimo juro;  
 que un censo que está fundado  
 en esta corte del mundo  
 sobre la edad y belleza,  
 ya sabes que no es seguro.  
 Redimille el mundo puede,  
 y ansi que se guarde es justo,  
 porque tras carnestolendas  
 se siguen los días de ayuno.  
 Muchos galanes te siguen:  
 no digo que tengas uno,  
 mas que escojas los que fueren  
 más de provecho que rumbo.  
 Á soldados y estudiantes  
 con sus ventajas y cursos  
 por Flandes y Salamanca,  
 nunca admitas en tu estudio;  
 que si quieres letras y armas  
 hallarlo has todo junto  
 todas las veces que vieres

en tus manos un escudo.  
 Buen metal de voz y vena  
 en un hombre valen mucho,  
 si la vena es del Perú  
 y el metal es oro puro.  
 Procura pedir á todos,  
 en su lengua á cada uno ;  
 con señas al liberal,  
 y con palabras al duro.  
 Y si enfermarse por dar,  
 déjale en tiempo oportuno ;  
 que el médico nunca aguarda  
 á que se muera el difunto.  
 Es la bolsa en el amante  
 lo que en el enfermo el pulso,  
 que en habiendo intercadencias  
 le pueden cortar los lutos.  
 Da, si fuere menester,  
 donde puedas sacar zumo ;  
 que el labrador nunca siembra  
 en tierra que no da fruto.  
 El poner cebo á los peces  
 á gran cordura lo juzgo ;  
 porque dar lombriz por barbo  
 es logro el mayor del mundo.  
 Cuando vieres que se va,  
 aunque de ello gustes mucho,  
 la risa del corazón  
 dé lágrimas por tributo ;  
 que también el cielo á veces  
 hace dos efectos juntos ;  
 que llover y hacer sol  
 es propio del cielo tuyo.  
 Si te llegare á besar,  
 dale celos con alguno ;  
 que son los celos, amiga,

pimienta de estos besugos.  
 Bien sé que pica y abrasa,  
 mayormente cuando es mucho ;  
 pero poco, y sobre fresco,  
 antes acrecienta el gusto. —  
 En esto llamó á la puerta  
 Don Bernardo y Don Bermudo ;  
 Aldonza se fué al estrado,  
 la vieja á acechar se puso.

## XIV

(Anónimo)

Quiero dejar de llorar  
 si me dejan mis pesares,  
 y no quiero daros pena  
 si me dan lugar verdades :  
 quiero olvidar pesadumbres ;  
 y por cantar novedades  
 cantaré vidas ajenas ;  
 «que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá la mujer casada  
 sedas, perlas y collares  
 y jardín con varias flores,  
 y marido de buen talle ;  
 y por variar el gusto  
 hoy se huelga con un paje,  
 y mañana con un bruto ;  
 «que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá la monja un devoto  
 que la sirva y la regale,  
 y que en escribir billetes  
 gaste la mañana y tarde ;  
 y trocarle ha á dos días

por quien la pele y estafe,  
y tendráló por mejor ;  
«que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá el señor racionero,  
á costa de sus reales,  
damas de más hermosura  
que cuantas pintó Timantes ;  
y por mudar de manjar  
á su ama vieja Hernández  
dice amores y ternezas ;  
«que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá la dama de corte  
por su respeto algún grande,  
y harta de señorías  
buscará paternidades :  
hoy gustará de Narcisos,  
mañana buscará Martes,  
mudando cada hora el suyo ;  
«que todo lo nuevo aplace.»

Tendrá el soldado rendidas  
mujeres de más donaire  
que la romana Lucrecia  
y la fuerte Bradamante ;  
y cansado de altiveces,  
con cualquier negra de zape  
se entiznará cuerpo y alma ;  
«que todo lo nuevo aplace.»

Estaráse la viuda,  
llena de luto y pesares,  
llorando al marido muerto  
por la falta que le hace ;  
y dentro de un mes ó dos,  
para poder alegrarse,  
galán elige, ó marido ;  
«que todo lo nuevo aplace.»

Y estaráse la doncella

recogida con sus padres  
donde el aire no la toque  
si falta en sus cascos aire ;  
y enfadada de su casa,  
con cualquier alferez de Flandes  
se sale á ver nuevas tierras ;  
«que todo lo nuevo aplace.»

## XV

## El mulato de Andújar

(Anónimo)

Con el Mulato de Andújar  
sollozando está Juanilla,  
porque le han puesto cadena  
para colgarle en su día.  
La decocción de la uva  
hasta la muerte la brinda,  
pues parecerá, colgado,  
un racimo de uvas tintas.  
Si la sacuden el polvo  
á la triste cuitadilla,  
según dicen malas lenguas,  
la mala ha sido la mía.  
Por mi mala lengua sólo  
hoy le condenan, amiga,  
y dejan á los figones  
con tantas malas y frías.  
No llores, Juana, por tío ;  
que te vuelves vieja, mira ;  
qu'es propio de malas lenguas  
hacer mojar á sus niñas.  
¿Qué ha de hacer si le condenan

por unas llaves hechizas ?  
 Que ha sido agua de cerrajas  
 todo cuanto le acriminan.  
 ¡ Dicen qu'es culpa quitarle  
 á un hombre una piedra rica !  
 ¿ Qué saben estos señores  
 si sería mal de orina ?  
 Lo demás que le acumulan  
 todo ha sido niñería,  
 porque una muerte mal hecha  
 en un rosario se mira.  
 Si era corchete, eso propio  
 hace la causa más tibia ;  
 que destripar un corchete  
 suele hacerlo una ropilla.  
 De su muerte, amiga Juana,  
 tuvo culpa su bebida,  
 pues por lo qu'el vino hace,  
 mejor es ahorcar á Esquivias.  
 Si estaba el Mulato entonces  
 calamocano de vista,  
 á un hombre qu'está asomado,  
 ¿ quién le culpa una caída ?  
 Al agarrarle el corchete,  
 él sintió en la zancadilla  
 que á un hombre hinchado de panza  
 no es bien meterle en pretina ;  
 mas ya pienso que le sacan :  
 déjale salir, amiga ;  
 que no se ha de ahorcar un hombre  
 porque le lleven aprisa.  
 Deja el llanto, pues agora  
 esta jácara nos brinda,  
 y bailemos acá abajo  
 mientras él danza allá arriba.  
 —Dices bien : canten y toquen ;

que ya la Gualda y Marica  
 salen diciendo al tablado :  
 allá va la jacarilla.

*Baile.*

«Con lo blanco de la ropa  
 »compitiendo sólo tinto,  
 »miraron Juana y la Chaves  
 »al Mulato en el borrico.  
 »Ponte á caballo derecho,  
 »Juana al mulato le dijo,  
 »porque á quien te viera atado  
 »no parezcas encogido.  
 »Y por postrera el Mulato,  
 »despidiéndose, le dijo :  
 »desde niño temí siempre  
 »el morir de garrotillo.»

## XVI

### La villana y el soldado huésped

(Anónimo)

En una aldea de corte,  
 que hace de la corte aldea,  
 alojóse un capitán,  
 más de paz que no de guerra ;  
 y si de alguna podía,  
 la guerra de amores era ;  
 que era el extremo de gala  
 que tuvo la soldadesca.  
 No hizo oficio de huésped,  
 ni salió como debiera,  
 pues de la casa del suyo  
 se llevó la mejor prenda  
 (no semejante al troyano,

que robó por fuerza á Elena ;  
 que ella se fué de su gusto,  
 si sabello dar no es fuerza):  
 una villana graciosa,  
 del huésped hija doncella,  
 enamorada de verle  
 las borlas de la gineta,  
 y las plumas de un sombrero  
 pajizas, blancas y negras,  
 con una cifra de plata,  
 medalla de la roseta ;  
 como es propio de mujeres  
 dejarse llevar sin rienda,  
 enamoradas de plumas,  
 que es aire de su veleta.  
 Concertaron una noche  
 que por una falsa puerta  
 saliese al cuerpo de guardia  
 á dar el suyo sin ella,  
 vestida en hábito de hombre,  
 bizarro calzón y media,  
 que por lo que de él sabía  
 no lo tuvo á cosa nueva.  
 Caminó toda la noche  
 y gran parte de la siesta,  
 que como sale briosa,  
 no la cansan muchas leguas.  
 Contenta de verse libre,  
 siempre tomando boleta,  
 mientras duerme el capitán  
 cantaba de esta manera.

*Villancico.*

«Seguir al amor me place,  
 »aunque rabie mi madre.  
 Amor dulce y regalado,  
 galán como enamorado,

valiente como soldado,  
 vuestras guerras son mis paces,  
 «aunque rabie mi madre.»

Dejaré por él mi tierra,  
 pues el amor me destierra ;  
 que más quiero aquesta guerra,  
 que paz con tantos azares,  
 «aunque rabie mi madre.»

De verme más se despida ;  
 que no quiero estar metida  
 donde allí acabe mi vida  
 labrando sus ajuares,  
 «aunque rabie mi madre.»

Sus pensamientos son vanos ;  
 que quiero mucho mis manos ;  
 y si allá me honran villanos,  
 acá me estiman Guzmanes,  
 «aunque rabie mi madre.»

## XVII

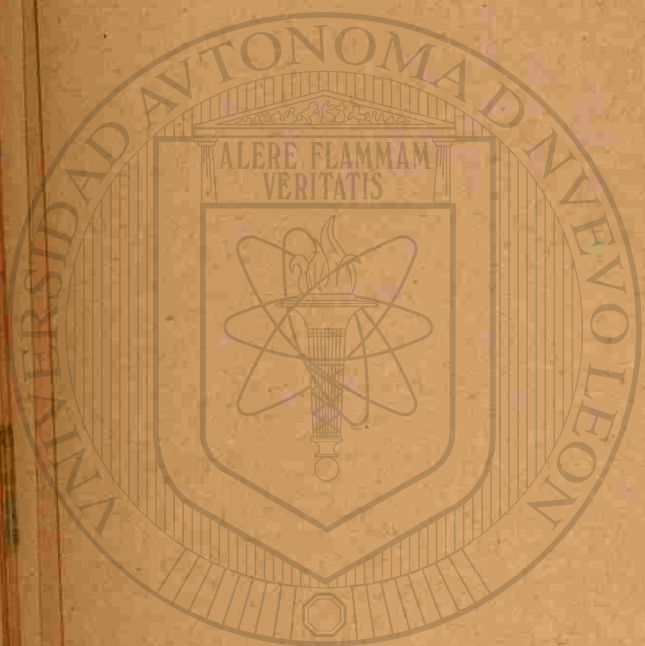
Continuación del anterior

(Anónimo)

La villana de las borlas  
 con la medalla de plata,  
 que se fué con el soldado  
 enamorada de lanzas,  
 ha vuelto ya de la guerra  
 con las armas destrozadas,  
 y de las muchas heridas  
 viene rota y maltratada.  
 El sombrero trae francés,  
 vuelta á la copa la falda,  
 con una pluma de gallo

á la valona terciada ;  
 por roseta un mondadientes,  
 y por toquilla una banda ;  
 una saltambarca rota  
 de puro saltar en barca,  
 y de la brea y resina  
 no poco sucia la saya ;  
 que quien anda por galera  
 ha de limpiar muchas tablas.  
 Una camisa de angeo  
 y un alzacuello de palma,  
 una gorguera de puntas  
 almidonada con grasa ;  
 gran copia de tembladeras,  
 que las más de ellas se rasgan,  
 despojos de la victoria,  
 cautivos de las hilachas ;  
 un zapato alpargatado  
 sin cairel, labor ni gala,  
 porque era fino alpargate  
 teñido en sangre de vaca.  
 Solía traer botines ;  
 mas ya de puro cansada  
 juró de no los traer  
 hasta la vuelta de Francia.  
 Pudiera ponerse ligas,  
 pero faltaban las calzas,  
 y por ahorrar de sobras,  
 empeñólas por las faltas.  
 Las faldas de la camisa  
 bien se pueden llamar faldas,  
 que son de una sarga vieja  
 toda pintada de urracas,  
 y puesta á la delantera  
 una cabeza de fama,  
 que acaso puso el pintor

de Don Amadís de Gaula,  
 más poderosa defensa  
 que todo el cuerpo de guardia,  
 pues unas haldas curiosas  
 están muy cerca de malas.  
 Al fin la villana vino :  
 su buena madre la abraza,  
 puesto que nadie la entienda  
 que viene al uso de Italia.  
 Fratelos llama á los mozos,  
 Sorelas á las criadas,  
 á la ternera, vitela,  
 y á los pucheros, piñatas.  
 Contó de las hosterías,  
 alojamientos y casas,  
 del hurtar de las gallinas  
 y esconder la ropa blanca :  
 dijo nombres de galera,  
 y qué eran mástil y gavias,  
 y del cañón de crujía  
 contó millones de gracias.  
 Con esto el padre y el pueblo  
 la llaman la italiana :  
 el sacristán la visita  
 por saber cosas de Italia ;  
 mas ella, que verse espera  
 segunda vez en la armada,  
 esperando gente nueva,  
 ejercitaba las armas.



ROMANCILLOS AMATORIOS

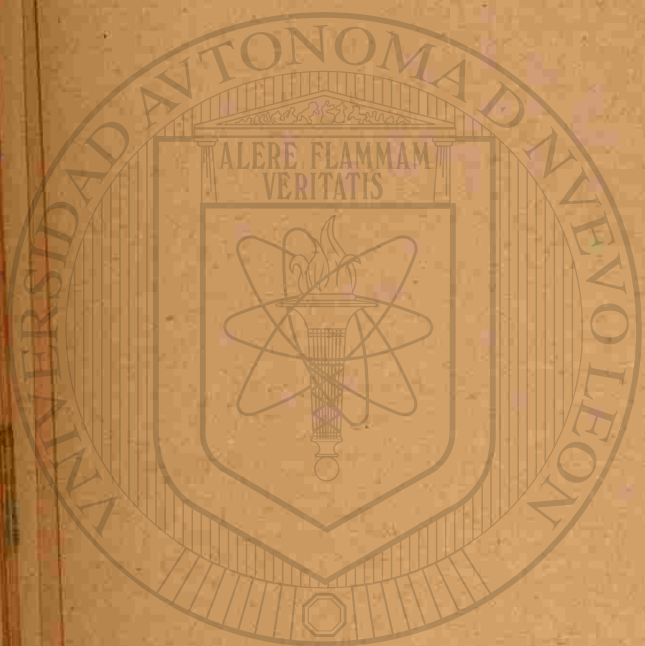
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





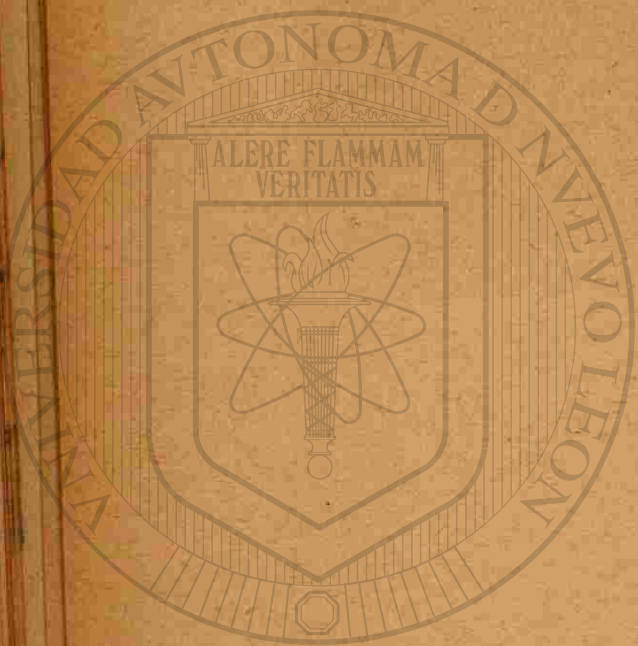
ROMANCILLOS AMATORIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

(Del príncipe de Esquilache)

De las playas, madre,  
donde rompe el mar  
parten las galeras,  
con mi bien se van:  
cuanto más las llamo  
ellas huyen más;  
si las lleva el viento,  
¿quién las detendrá?

El de mis suspiros  
hácelas volar,  
cuando más pretendo  
que vuelvan atrás;  
si forzados quedan,  
forzados irán,  
unos á partirse  
y otros á quedar:  
«Llamo con suspiros  
»el bien que pierdo,  
»y las galerillas  
»baten los remos.»

De casas que huyen  
¿quién podrá fiar  
un amor de asiento  
que tan firme está?  
si ligeras vuelan,  
¿dónde pararán?  
que quien tanto corre  
suele tropezar.

Los azules campos  
vuelven de cristal:  
todo cuanto tocan  
mudándose va.

No está el mar seguro  
ni el viento jamás:  
mis suspiros solos  
en un sér están:  
«Llamo con suspiros  
»el bien que pierdo;  
»y las galerillas  
»baten los remos.»

× II

(Anónimo)

Madre, un caballero  
que á las fiestas sale,  
que mata los toros  
sin qu'ellos le maten,  
más de cuatro veces  
pasó por mi calle  
mirando mis ojos  
porque le mirase.  
«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

Músicas me daba  
para enamorarme,  
papeles y cosas  
que las lleva el aire:  
siguióme á la iglesia,  
siguióme en el baile  
de día y de noche,  
sin querer dejarme.

«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

Y de mis colores  
dió en vestir sus pajes  
al uso moderno,  
qu'es corto de talle.

Si como mis bienes  
¡ay! fueran sus males,  
nunca aquestas cosas,  
madre, fueran tales,  
ni jamás lo fueran  
para enamorarme.  
«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

Viéndome tan dura  
procuró ablandarme  
por otro camino  
más dulce y suave:

dióme unos anillos  
con unos corales,  
zarcillos de plata,  
botillas y guantes;  
dióme unos corpiños  
con unos cristales:  
¡negros fueron ellos,  
pues negros me salen!  
«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

Perdi el desamor  
con las libertades,  
quisele bien luégo,  
bien le quise, madre.  
Empecé á quererle,  
empezó á olvidarme ;  
muérome por él,

no quiere él mirarme.  
«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

Pensé enternecerle.  
¡ Mejor mala landre !  
¡ Halléle más duro  
que unos pedernales !  
Anda enamorado  
de otra de buen talle,  
que al primer billete  
le quiso de balde.

«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

¡ Nunca yo le fuera,  
madre, miserable,  
pues no hay interés  
que al fin no se pague !  
¡ Mal haya el presente  
que tan caro sale !

¡ Y mal haya él,  
que tanto mal sabe !  
«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

Y al correr los toros  
mañana en la tarde,  
no haga las suertes  
que mi alma sabe :  
fáltele la lanza  
y el rejón le falte

con que antaño hizo  
tan vistosos lances ;  
y cuando en las cañas  
más gallardo ande,  
cañazo le dén  
que le descalabre.

«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

Y al correr la plaza  
con otros galanes,  
caída dé él solo  
que no se levante ;  
salga de las fiestas  
tal, que otros le saquen,  
y cuando estas cosas,  
madre, no le alcancen,  
«¡ Rabia le dé, madre,  
»rabia que le mate!»

## III

(Anónimo)

¡ La niña morena,  
que yendo á la fuente  
perdió sus zarcillos,  
gran pena merece !

Diérame mi amado,  
antes que se fuése,  
zarcillos dorados,  
hoy hace tres meses.  
Dos candados eran  
para que no oyese  
palabras de amores  
que otros me dijese.

Perdílos lavando :

¿ qué dirá mi ausente,  
«sino que son unas  
»todas las mujeres?»

Dirá que no quise  
candados que cierren,  
sino falsas llaves,

mudanza y desdenes ;  
dirá que me hablan  
cuantos van y vienen,  
«y que somos unas  
»todas las mujeres.»

Dirá que me huelgo  
de que no parece  
el domingo en misa,  
ni en mercado el jueves ;  
que mi amor sencillo  
tiene mil dobleces,  
»y que somos unas  
»todas las mujeres.»

Diráme: — ¡ Traidora,  
que con alfileres  
prendes de tu cofia  
lo que mi alma prende! —  
Cuando esto me diga  
diréle que miente,  
«y que no son unas  
»todas las mujeres.»

Diré que me agrada  
su pellico el verde  
muy más qu'el brocado  
que visten marqueses ;  
que su amor primero  
primero fué siempre ;  
«que no somos unas  
»todas las mujeres.»

Diréle qu'el tiempo,  
qu'el mundo revuelve,  
la verdad que digo  
verá si quisiere.  
¡ Amor de mis ojos,  
burlada me dejes  
«si yo me mudare  
»como otras mujeres!»

## IV

(Anónimo)

Aqueste domingo,  
no muy de mañana,  
fué Jacinta al prado,  
la recién casada.  
Diéronle aquel día,  
para ir más galana,  
galas de artificio  
y en natural gracia ;  
ella, que salía,  
yo, que la miraba :  
¡ con qué lindos ojos  
salió de su casa !  
y en llegando al campo,  
dijo una gitana,  
hermosa la vista,  
graciosa la habla :  
— « ¡ Linda cara buena,  
»bien seáis llegada! »  
¡ Cara buena linda,  
bien seáis hallada !  
Déme una limosna  
tu cara de pascua ;

que aquestos ojitos  
son de enamorada.  
Tres Juanes y un Pedro  
penan por tu causa:  
casarás dos veces;  
serás bien casada.—  
Ella con cuidado  
sus joyas guardaba:  
teme que la alivie  
de tan noble carga;  
y así recelosa,  
dice que se vaya;  
mas la gitanilla  
volvió á importunalla.  
«Linda cara buena, etc.»  
—¡ Ah cara de rosa!  
ah señora hidalga!  
vuelve acá esos ojos;  
no estés enojada.—  
Dióle al fin limosna,  
y sobre las rayas  
una cruz le hizo  
en la mano blanca.  
—Parirás dos hijos,  
le dice la sabia,  
y diráte el uno  
la misa cantada;  
vendrá á ser el otro,  
si se da á las armas,  
capitán ó alférez:  
querránle las damas.  
Vivirás contenta,  
aunque te amenazan  
dos enfermedades;  
mas ya son pasadas.  
Larga vida tienes;

Dios te la dé larga:  
mucha hacienda heredas;  
vendráte por agua.—  
Fuése, y dijo luégo,  
sin hurtarle nada,  
que tan lindos ojos  
nadie los agravia.  
Volvióse con esto,  
alegre y ufana,  
donde Albanio y Tirsi  
á la puerta cantan:  
«Linda cara buena, etc.»

## V

(De D. Luis de Góngora)

Hermana Marica,  
mañana, que es fiesta,  
no irás tú á la amiga  
ni yo iré á la escuela:  
pondránte el corpiño  
y la saya buena;  
cabezón labrado,  
toca y albanega,  
y á mí me pondrán  
mi camisa nueva,  
sayo de palmilla,  
calza de estameña;  
y si hace bueno,  
traeré la montera  
que me dió la pascua  
mi señora abuela,  
y el estadal rojo  
con lo que le cuelga,

que trajo el vecino  
 cuando fué á la feria.  
 Iremos á misa ;  
 veremos la iglesia :  
 darános un cuarto  
 mi tía la ollera ;  
 compraremos dél,  
 que nadie lo sepa,  
 chochos y garbanzos  
 para la merienda,  
 y en la tardecica,  
 en nuestra plazuela  
 jugaré yo al toro,  
 y tú á las muñecas  
 con las dos hermanas  
 Juana y Madalena,  
 y las dos primillas  
 Marica y la Tuerta ;  
 y si quiere madre  
 dar las castañetas,  
 podrás, tanto dello,  
 bailar en la puerta,  
 y al són del adufe  
 cantará Andregüela:  
 «No me aprovecharon,  
 »Mi madre, las yerbas.»  
 Y yo de papel  
 haré una librea  
 teñida con moras  
 porque bien parezca,  
 y una caperuza  
 con muchas almenas:  
 pondré por penacho  
 las dos plumas negras  
 del rabo del gallo  
 que acullá en la huerta

anaranjeamos  
 las carnestolendas ;  
 y en la caña larga  
 pondré una bandera  
 con dos borlas blancas  
 en sus tranzaderas ;  
 y en mi caballito  
 pondré una cabeza  
 de guadamaeil,  
 dos hilos por riendas,  
 y entraré en la calle  
 haciendo corvetas,  
 yo y otros del barrio,  
 que son más de treinta ;  
 jugaremos cañas  
 junto á la plazuela,  
 porque Bartolilla  
 salga acá y nós vea :  
 Bartola, la hija  
 de la panadera,  
 la que suele darme  
 tortas con manteca ;  
 porque algunas veces  
 hacemos yo y ellas  
 mil bellaquerías  
 detrás de la puerta.

VI

(Anónimo)

Hermano Perico,  
 que estás á la puerta  
 con camisa limpia  
 y montera nueva,

*gorra de panis*

sayo alagartado, *caraca*  
jubón de las fiestas,  
zapatos de dura,  
de lazos y orejas;  
calzas atacalas  
de gamuza, y medias  
de color de vayo  
con sus rodilleras:  
mi hermano Bartolo  
se va á Inglaterra  
á matar al Draque  
y á prender la reina,  
y á los luteranos  
de la Bandomesa;  
tiene de traerme  
á mí de la guerra  
un luteranico  
con una cadena;  
y una luterana  
á señora agüela.  
Vámonos yo y tú  
para la azotea:  
desde allí veremos  
á las lejas tierras,  
los montes y valles,  
los campos y sierras;  
mas, si allá nos vamos,  
diré una conseja  
de la blanca niña  
que tomó la griega.  
Yo tengo una poca  
de miel y manteca;  
turrón de Alicante  
y una piña nueva,  
haremos de todo  
cochaboda y buena.

—Dorotea, vamos  
á pasar la siesta,  
y allá jugaremos  
donde no nos vean:  
harás tú la niña,  
y yo la maestra;  
veré tu dechado,  
labor y tarea;  
haré lo que suele  
hacer la maestra  
con la mala niña  
que su labor yerra.  
Tengo yo un cochito  
con sus cuatro ruedas,  
en que tú rodando  
llevés tus muñecas;  
un peso de limas,  
hecho de dos medias,  
y un corre-verás  
que compré en la feria.  
Cuando yo sea grande,  
señá Dorotea,  
tendré un caballito,  
daré mil carreras;  
tú saldrás á verme  
por entre las rejas,  
y nos casaremos,  
y habrá boda y fiesta.—

## VII

(Anónimo)

—Deja ya el mandil  
y arrima la escoba,



dijo á Constancilla  
 una setentona :  
 la saya de frisa  
 mugrienta y jugosa  
 la gasten gallegas  
 carichatas, romas.  
 ¿ Tu rostro por dicha,  
 por quezuela tonta,  
 sabes lo que vale,  
 rapaza mocosa ?  
 Por mí santiguada,  
 si mi acuerdo tomas,  
 más sedas arrastres  
 que quince señoras.  
 Vente tú conmigo ;  
 que si aquestas tocas  
 dan en cobijarte,  
 tendrás buena sombra ;  
 yo haré con ellas  
 de gente más copia,  
 que doce banderas  
 con sus cajas roncás.  
 Irnos hemos juntas  
 á una y otra boda ;  
 tañerás sonajas,  
 bailarás chacona ;  
 vendrá el tañedor,  
 y por poca cosa  
 te hará mudanzas  
 que te tornen loca.  
 Oiremos comedias,  
 que es gustosa cosa,  
 do habrá colaciones,  
 y andará la loza.  
 Saldremos de mayo  
 las mañanas todas,

del campo al rocío,  
 que alegre y engorda ;  
 irá la cestilla  
 con tocino y bota ;  
 que si bien lo miras,  
 esto es lo que importa.  
 Durante el comer  
 estaremos solas,  
 que en esto, testigos  
 es pesada cosa :  
 cuentan los bocados,  
 si bebéis os notan,  
 y al fin su presencia  
 el almuerzo apoca.  
 Después nos vendremos,  
 Constanza, á la olla,  
 que las guiso yo  
 cual verás, cachorra.  
 Dormirás tras esto  
 la siesta dos horas,  
 y yo velaré ;  
 que así se negocia.  
 Iremos de noche  
 hechas viltrotonas ;  
 darnos han confites,  
 manjar blanco, aloja ;  
 traeremos regalos,  
 dineros en bolsa,  
 y álguien de camino,  
 porque no estés sola.  
 ¡ Gran cosa es oficio,  
 que de gente ociosa  
 no se espera al fin  
 sino hambre odiosa !  
 Por no estar mirando  
 si está la señora,

con sus melarquias,  
 si vela ó reposa,  
 siempre procuré  
 con mi industria corta  
 ganar un real  
 con recato y honra.  
 No soy á la fe  
 como otras guitonas,  
 que de casa en casa  
 se van á la sopa.  
 Un palmo de cara  
 que le miren todas,  
 sin que nadie diga  
 lo que dicen de otras.

VIII

(Anónimo)

Hija Marigüela,  
 estos mozalbillos,  
 si de ellos te pagas,  
 yo te pronostico  
 hambre y desventura,  
 desnudez y frío,  
 y otras mil miserias  
 que agora no digo.  
 De lo que estos sirven  
 es, de que en cabildo  
 se sepa mañana  
 lo que anoche se hizo.  
 No echarán un cuarto,  
 aunque den cien brincos  
 para ir á la plaza:  
 ¡mira bien qué aliño!

De hombres de palacio  
 que huyas te aviso;  
 que á tinelo huelen  
 desde el grande al chico.  
 Todo se les va  
 en andar pulidos;  
 porque en las raciones  
 echan mil subsidios.  
 Cuarte de estudiantes,  
 que son todo pico,  
 y hasta hoy ninguno  
 hemos visto ahíto.  
 También de poetas,  
 cual del malo mismo;  
 que son todos pobres  
 y desvanecidos,  
 y con un soneto  
 piensan que han cumplido,  
 si ya no te piden,  
 de hambre transidos.  
 Diránte del Bembo  
 seis conceptos ricos,  
 y de Garcilaso  
 mil versos divinos.  
 Tienen al Petrarca  
 en la mente escrito:  
 ¡mira tú qué olla  
 hará este tocino!  
 Pues de los soldados  
 harto te he ya dicho,  
 y si no, en mi cara  
 lo verás escrito,  
 donde manifiestan  
 estos rasguñillos  
 su término y pagas  
 cuáles son y han sido.

Todo lo he probado,  
 sea Dios bendito;  
 no hay suerte ni estado  
 que no haya corrido;  
 hablo de experiencia  
 más que no de vicio:  
 no aguardes que el tiempo  
 haga cual conmigo.  
 Siempre me agradó  
 quien del esportillo  
 sabe las costumbres,  
 que estos son los lindos;  
 que la saya y ropa,  
 el manto y corpiños  
 renueven sin tiempo  
 casi en sus principios,  
 y que el alquiler  
 tengan por escrito,  
 para que el casero  
 no sea prolijo:  
 hombres personudos,  
 gordos y rollizos,  
 de anchas pantorrillas  
 y tozuelos lisos,  
 de cuarenta arriba,  
 con muchos anillos,  
 no muy bachilleres,  
 tiesos y engreidos.  
 Da tú al diablo hombre,  
 que verás mil ninfos  
 con unas cinturas  
 que parecen micós;  
 que con limas dulces  
 y seis confititos  
 y un búcaro de agua  
 pasan un estío,

y si los convidan,  
 veinte cigoñinos  
 no engullen más que ellos,  
 ni con más ahinco.  
 Ten de mercaderes  
 siempre cuenta en libro,  
 dó no esté tu nombre,  
 por quitar de ruidos.  
 Cuando á costa agena,  
 mete á dos carrillos,  
 que no sabes cuándo  
 volverás á henchirlos.  
 Ten quedas las manos  
 y rienda en el pico;  
 que mala respuesta  
 aguarda el mal dicho.  
 Con gente de Jauja  
 conversa poquito;  
 que no da provecho  
 y meten ruido.  
 Nunca de *haré*  
 pagues tus oídos;  
 que es una moneda  
 que gastan perdidos.  
 De estos hay mil francos;  
 pero yo te aviso  
 que es mejor un *toma*  
 que dos prometidos.  
 El real en la tierra  
 es el buen amigo,  
 y si no, en faltando  
 mira cuál va el río.  
 Harto me parece,  
 hija, que te he dicho,  
 con lo que tú sabes,  
 que has de mi aprendido.

Si quedares necia,  
 no culpes tu signo;  
 que el maestro tiempo  
 no admite arrepisos.  
 Nunca vi discreto  
 del tiempo ofendido;  
 porque al fin le estima  
 como dón divino.  
 Mata ya por ti;  
 que setenta y cinco  
 traigo só las tocas  
 y algunos que siso;  
 y ya que riquezas  
 darte no he podido,  
 consejos te deajo,  
 dones muy más ricos.  
 Empinó tras esto  
 un jarro de pico  
 y una calabaza  
 de hasta tres cuartillos;  
 abrazó á la niña  
 tras estos suspiros,  
 y acabó diciendo  
 que lo dicho dicho.

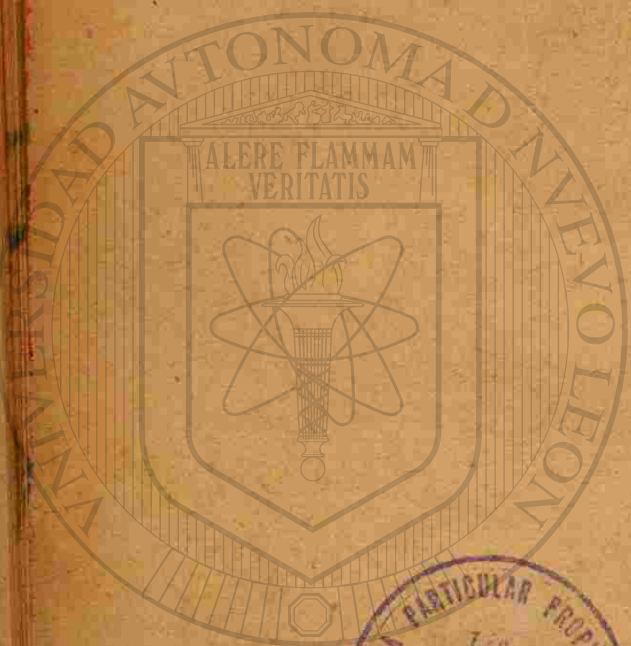
FIN

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
ADVERTENCIA PRELIMINAR. . . . .	v
Romances moriscos. . . . .	7
Romances caballerescos. . . . .	65
Romances históricos. . . . .	161
Romances doctrinales. . . . .	237
Romances amatorios. . . . .	247
Romances jocosos. . . . .	277
Romancillos amatorios. . . . .	321

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

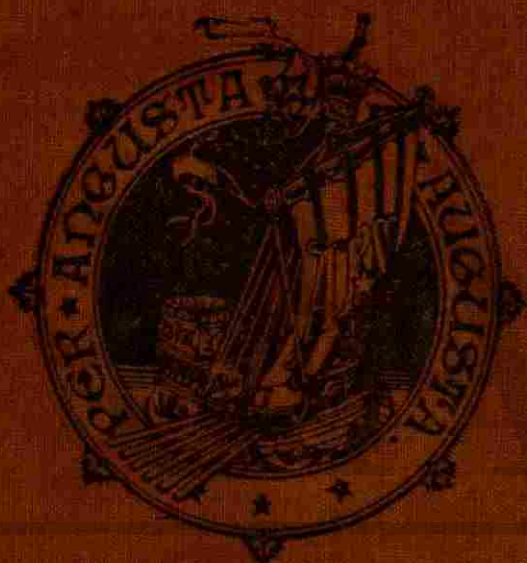


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AD AUTONOMIA  
ION GENERALI DE BIL

